CRITERIO



Nº 1214

24 de Junio 1954
Año XXVII

CRITERIO

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXVII | Buenos Aires, 24 de Junio de 1954 | Nº 1214

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

Iniciativa y Conservación

GUSTAVO J. FRANCESCHI

CUANDO en los últimos años del reinado de Luis XVI un caballero, Mr. de Montgolfier, después de haber estudiado cómo se portaban los globos rellenados de aire caliente, no se contentó con lanzar algunos al aire sino que resolvió treparse a uno, ascender en la atmósfera y saludar desde la altura a la muchedumbre estupefacta, no faltaron entre los espectadores quienes envidiaran su inquietante posición. Pero no fueron muchos los candidatos que se presentaron cuando Montgolfier resolvió pasar de la acción solitaria a la conjunta y ofreció puestos a quienes los desearon: no hubo más que dos individuos en pretender subir al extraño aparato. Montgolfier, que había examinado todos los aspectos de la cuestión, poseía la certidumbre moral de que el globo ni se inflamaría ni se vendría abajo; y los dos individuos —todavía no se decía "ciudadanos"—, dispuestos a acompañarlo eran jóvenes partidarios del progreso, asegurados además de atraerse con su hazaña la benevolente atención de las damas: los tres estaban imbuídos del espíritu de iniciativa. Ciertos admiradores en cambio, bien apegados a la tierra, que hablaban de *esos locos* con lástima severa, y afirmaban que el aire estaba hecho nada más que para los pájaros, representaban el espíritu de conservación. Y muy probablemente habría un crecido número de indecisos, tentados por la aventura pero cuidadosos de la integridad de su persona física, que aplaudirían el vuelo, pero dirían para sus adentros: esperemos que los demás prueben, y si todo va bien nosotros haremos un viajecito en la montgolfiera, que así se llamaba el aparato.

Tanto el espíritu de iniciativa cuanto el de conservación pueden enloquecerse, salir de lo racional, perjudicar sustancialmente al individuo o a la colectividad. Desde Icaro hasta nuestros días son innumerables los que quisieron volar sin medios adecuados, y es precisamente con referencia al primero que se ha hablado de las alas de cera. Conozco en cambio a quienes llevan la conservación de la vida, y consecuentemente el temor absurdo a los microbios, a un punto tal que no tocan el botón de una puerta si no es con un pañuelo, creyendo así evitar inverosímiles contagios. Lo seguro es que el carácter, la índole específica de una comunidad en un momento dado depende en gran parte del espíritu de iniciativa o del de conservación que haya en ella.

Al escribir las líneas que preceden, no he pensado exclusiva pero sí preferentemente en la Iglesia. Cuando en ella el espíritu de iniciativa, es decir el de apostolado adaptado al ambiente, es vigoroso, no sólo compensa sus inevitables pérdidas sino que da muestras progresivas de vitalidad. En cambio si el espíritu de conservación, que se traduce en rutinarismo, llega a apoderarse de los dirigentes, pronto se produce un distanciamiento entre las ideas y la realidad, y se continúa con todo empeño una acción que ya no es adecuada a la hora en que se vive. Reconozcamos con sinceridad que, ateniéndonos a la verdad histórica, entre los hombres de Iglesia suele dominar más el espíritu de conservación que el de iniciativa. La mayor parte de ellos abandona el pasado a regañadientes.

RELEIA yo días atrás un libro que figura en mi biblioteca casi desde comienzos del siglo, *Les souvenirs d'un abbé journaliste*, por el abate Paul Fesch. Hoy día a nadie llama la atención que un sacerdote sea también periodista: hace cincuenta años, fuera de Alemania, célebre por sus *presskaplan* (capellanes de la prensa), el fenómeno era más bien raro... y sospechoso; lo sé por experiencia. El abate Fesch fundó un periódico, *La Croix de l'Oise*, en que por una parte se mostraba republicano, y por otra propiciaba algunas reformas sociales, que hace mucho rato están aceptadas en todos los países. Esto bastó para encender las iras de la "gente bien" que habitaba la región, enemiga de la república a pesar de las exhortaciones de León XIII, y sustentadora de un partido *católico conservador*, o sea burgués en el peor sentido de la palabra. Mientras vivió el obispo, Mons. Peronne, que era inteligente, el abate Fesch pudo continuar su obra; pero muerto aquél la presión ejercida por los mayores contribuyentes a las colectas eclesiásticas fué tal que el sacerdote no sólo hubo de cerrar su periódico sino cambiar de diócesis. Sabido es que hoy esta misma zona es una de las más anticlericales de Francia, y que no existe ya allí sombra de partido *católico conservador*. Hechos como éste podrían narrarse por docenas, y muestran hasta qué punto los hombres en quienes el espíritu de conservación adquiere preponderancia llegan a constituir para la Iglesia un peso muerto.

Pero es de notar un punto capital. Si leemos los Evangelios o las epístolas de San Pablo, o si examinamos la obra de los primeros siglos de la Iglesia, no damos con el predominio del espíritu de conservación más que en algunos herejes, por ejemplo en ciertos judaizantes que quieren que a toda costa se mantengan para los cristianos venidos del gentilismo las prácticas de la ley mosaica. Por lo demás, la Iglesia muestra durante ese período un espíritu de iniciativa verdaderamente admirable. En Roma no vacila en dejar de lado la liturgia griega, usada al comienzo, para adoptar la

latina, mientras en Oriente introduce en ella el uso de las hablas locales; funda *didascaleos* o sea escuelas de formación cristiana superior; crea la institución de los concilios; establece los primeros rudimentos de las futuras órdenes religiosas; organiza el culto de los mártires, que fueron los primeros santos elevados al honor de los altares; crea sociedades para asistencia de pobres que el paganismo había totalmente ignorado; no tarda en idear un arte religioso con simbolismos antes desconocidos. La lista podría fácilmente alargarse, pero lo citado basta para hacernos ver cómo florecen las iniciativas tanto de clérigos cuanto de laicos, ya que éstos desempeñan una función importante y personal en todo ese trabajo que en realidad abarca el conjunto de la vida cristiana. Lo mismo percibiríamos en otros períodos, por ejemplo en el siglo XIII: es suficiente recordar la fundación de las primeras universidades, el florecimiento del canto gregoriano, el nacimiento del franciscanismo y otros movimientos mendicantes, la estabilización de los gremios, las misiones al Oriente pagano o budista. Por su naturaleza sobrenatural, por la virtud de caridad que la informa, por Cristo mismo de que es Cuerpo Místico, hay en la Iglesia como tal un perfecto equilibrio entre el espíritu de conservación y el de iniciativa: aquel controla a éste en el sentido de que preserva a la Iglesia de los errores sustanciales, mientras éste la arranca a la inmovilidad y la lanza cada día hacia nuevas y necesarias empresas.

¿Por qué entonces vemos imponerse el espíritu de conservación en ciertas épocas y ciertos hombres?

Ante todo damos con la tendencia a crear en nosotros *hábitos*, que en algunos llegan a adquirir una fuerza casi irresistible. Aun las personas más independientes tienen algunos que corresponden a la clásica definición: se han convertido en *una segunda naturaleza*. De este modo, los actos que en un comienzo eran reflexivos y conscientes se tornan automáticos e instintivos. En ciertas individualidades esa manera de ser no abarca sólo lo material, sino también lo espiritual: así por ejemplo rezan tales plegarias no por que respondan a su estado de alma sino porque les fueron enseñadas al ser chicos. Cuando el conjunto de los hábitos adquiridos —y ello ocurre a veces en muy temprana edad—, llega a ser grande, impide percibir los cambios realizados en torno a la persona, o por lo menos no los tiene en cuenta. Que el párroco pase a mejor vida o que se cambie el horario de una misa, que se transformen los medios de locomoción o que las niñas introduzcan la moda del cabello corto, todo produce un choque y provoca reacciones: estos hombres aspiran a detener el tiempo. Se comprende con facilidad que si llegan a ocupar en cualquiera institución católica, sea oficial o no, un puesto directivo, no omitirán esfuerzo para impedir que ella se adapte a las necesidades y circunstancias de los tiempos. Entre mis libros poseo un tratado de teología que nombra a Lutero y a Calvino entre *los más recientes* (recentiores) adversarios de ciertas tesis allí expuestas. No crean mis lectores que se trata de un viejo infolio publicado en el siglo XVI. La obra ha sido redactada e impresa a fines del XIX, pero para el autor el tiempo no pasa, la inmovilidad ideológica es absoluta, y cree que el protestantismo de hoy es idéntico al de cuatro siglos atrás. Ponedlo a dirigir una institución apostólica cualquiera: Acción Católica, Centro de Estudios Superiores u otro similar, y obrará lógicamente como piensa: refutará argumentos que ya nadie usa, combatirá enemigos muertos y sepultados hace un tiempo enorme, enseñará doctrinas que, de actualidad hace doscientos años, ya han sido reemplazadas por otras. Esa rigidez casi cadavérica de la inteligencia, esa invasión total de los hábitos adquiridos durante la juventud cuando no la adolescencia, es la que engendra el espíritu de conservación exasperado, y mata totalmente el de iniciativa.

Próximo pariente del estado descrito es el de la pereza mental. Más que apego *positivo* al pasado, constituye una especie de temor a molestarse meditando sobre el presente. Es una posición cómoda, que permite salir de apuros acudiendo a una fórmula casi aprendida de memoria, que para mayor seguridad es apoyada en hechos ocurridos en tiempos que, si se los mira bien, son absolutamente distintos a los nuestros. Existe ahí un fenómeno intelectual preocupante, en que toma parte la voluntad igualmente inerte, una pasividad que llevada al extremo constituye una dolencia psíquica. Llegado a este punto, el que podemos llamar enfermo ya no se ocupa siquiera de los cambios que puedan ocurrir en el mundo: con tal que físicamente no lo alcancen los considera inexistentes, vive en la rutina más completa, no lee un libro acerca de los problemas actuales, se entretiene en sus tareas profesionales o en conversaciones baladíes, hasta que sea sorprendido por una catástrofe si no se anticipa la muerte.

Y por fin, como causa importante de lo que antes indiqué debe tenerse en cuenta la pusilanimidad. ¡Admirable palabra que significa "ánimo pequeño"! Hay almas chicas, que ante todo se azoran, que tiemblan constantemente ante el peligro de comprometerse en algo, que de continuo y por encima de todo buscan la seguridad o lo que creen tal. En nuestro idioma nacional emplean la fórmula *no te metás;* en efecto, para ellas nada hay peor que *meterse*, es decir, jugarse por una causa, arriesgar la tranquilidad, y mucho más la piel o la vida. Entre ellos no se encuentran mártires ni héroes, sino negociadores al por menor. Se creen hábiles pero pierden constantemente terreno y estima, lo único que salvan es la apariencia exterior. Salta a los ojos que para los tales todo cambio significa un peligro, al menos potencial, porque implica un paso de lo practicado a lo parcial o totalmente desconocido. Ello se extiende tanto a la doctrina cuanto a la práctica de la Iglesia: todo aspecto de su vida, toda posibilidad de su acción que no fué puesta en relieve durante los dos o tres últimos siglos, y que ahora, en virtud de circunstancias accidentales, cobra nuevo vigor, se torna sospechoso. Ello no es de hoy, sino que ha ocurrido siempre: los antiguos monjes, que hacían el voto llamado de estabilidad, raras veces salían de sus monasterios, y si llegaban a emprender un camino lo hacían a pie; cuando en el siglo XIII fueron creadas las órdenes mendicantes, sus frailes, en razón del ministerio que ejercían, se trasladaban con más frecuencia y lo hacían en cabalgaduras, que normalmente eran asnos: se los criticó vehementemente. Podría citar innumerables ejemplos más, y algunos muy curiosos; la variedad de los temas causantes de inquietud mostraría hasta qué extremo puede llegar la cobardía. Como de actualidad, agrego el hecho de que en buena parte de las gentes que se dicen católicas, el comunismo provoca temores no por el daño que puede hacer a las almas sino por el perjuicio económico y social que sin duda inferirá a aquéllas: no lloran por la probable pérdida de los sacramentos sino de los pesos; en ellas el terror ante lo rojo no es más que pusilanimidad: la gloria de Dios es el antifaz con que encubren este miedo, propio de los corazones menguados.

NO soy el primero en observar que la época en que vivimos es el terminar de una civilización y el prepararse de otra cuyas características todavía no están perfectamente definidas. De todos modos, más mudanzas sociales, políticas, artísticas, técnicas, literarias, ha visto ahora en el mundo un joven de veinte años que hace cuatro siglos un octogenario. Por lo que atañe a organización, las ciudades inmensas de hoy en nada se parecen a los casi villorrios de antaño; hace doscientos años un centro de cien mil habitantes era grande, hoy es pequeño, con la particularidad de que en aquel entonces casi todos los ciudadanos eran nativos de la urbe, mientras ahora las condiciones de la producción han movilizado las muchedumbres humanas, y los extranjeros son tan numerosos como los oriundos de la ciudad. Hasta fines del Renacimiento el trabajo nocturno y el de la mujer fuera de su casa eran desconocidos, en nuestros tiempos han llegado a ser casi habituales. El proletariado propiamente dicho hace trescientos años no existía, hoy constituye uno de los problemas capitales para el nuevo orden social. Las asociaciones entre asalariados y patrones se basaron un día en una ver-

dadera amistad, hoy son exclusivamente económicas, y nada amistosas. Hace poco más de siglo y medio no existía la conscripción universal para el ejército, ni el sufragio de idéntica extensión para el nombramiento de representantes populares, que por lo demás no existían sino en medida sumamente restringida. No había entonces conferencias que mediante la radio llevaran hasta las masas hechos más o menos deformados ni teorías desquiciadoras, ni tampoco diarios de veracidad mediocre. Por otra parte los progresos científicos que son reales y enormes, y las investigaciones históricas, que nos han revelado civilizaciones antes insospechadas, nos obligan a ver el mundo material y también las relaciones entre nuestro físico y nuestra psiquis de una manera inimaginada hace una centuria. Quienquiera tenga ojos en la cara verá que dentro del ambiente descrito, al que podría agregar muchísimos rasgos, surgen problemas de mentalidad, de vida espiritual y familiar, de organización eclesiástica, de apostolado y aproximación a las masas, que bien poco tienen que ver con los que preocupaban a los hombres del siglo XIX y aún de comienzos del siglo XX.

Reconozcamos que en las autoridades superiores de la Iglesia —y me refiero sobre todo a los últimos Papas—, el espíritu de conservación, que también es necesario, no ahogó el de iniciativa. Las mayores dificultades se han encontrado más en los escalones inferiores. Durante mi vida he visto esa actitud de los pusilánimes ante una serie de casos, de los que citaré sólo algunos. Mentaré las dificultades opuestas a la reforma de la música religiosa, a la comunión de los niños pequeños prescrita por San Pío X, la Democracia Cristiana, las formas republicanas de gobierno admitidas por la Santa Sede, a la Acción Católica, la doctrina del Cuerpo Místico, la vuelta a lo tradicional en el campo litúrgico. En ciertos casos esa resistencia, muda y aparentemente respetuosa pero empeñosa, ha llegado a trabar completamente la acción apostólica o a tornar ineficaces las medidas adoptadas. Es sobre todo en lo local donde este fenómeno se observa: así por ejemplo si en algunos países, en lugar de constituir sociedades, obras que en realidad respondían a un concepto paternalista, cuya ineficacia tiempo ha está reconocida, se hubieran instituído verdaderos sindicatos, la situación sería completamente distinta de la que es, y no se llorarían ahora males que en su tiempo se pudieron prevenir.

Un hecho es seguro: en los tiempos que vamos viviendo, hacen falta hombres de iniciativa, de empuje, de acción, de empresa, hombres que no estén constantemente vueltos hacia atrás para repetir los gestos de sus padres o abuelos. Las circunstancias en que viven la Iglesia y el mundo de veinte años a esta parte han cambiado tanto que sería simultáneamente ridículo y peligroso el atenernos cerradamente a las modalidades del pasado. En manera alguna pretendo que se deje de lado el dogma, los principios de la moral o los fundamentos de la disciplina eclesiástica. Es por lo demás visible que en este artículo no se consideran tales puntos. Me refiero a la vida, al contacto cotidiano con la realidad, al lenguaje que debe hablarse para ser entendido, a no convertir el cristianismo en una serie inacabable de pequeñas devociones sin sustancia, a no empecinarse en prácticas que, justificadas en su tiempo, no tienen ya aplicación. En estos días concurren muchedumbres casi innumerables a las asambleas de un pastor protestante, que pretende curar con imposiciones de manos a los enfermos de más diversa especie. La mayor parte de las concurrentes se compone de gente pía, mujeres que oyen misa los domingos y llevan el escapulario. ¿Por qué se produce este fenómeno? Simplemente porque carecen de verdadera instrucción religiosa, saben que es bueno comulgar nueve viernes seguidos en honor del Sagrado Corazón, pero ignoran las virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad. Aquí también los ejemplos podrían multiplicarse. Hace trescientos años, el ambiente era cristiano: los errores de nuestros antepasados, que algunos se empeñan en tener por tan sabios, nos han llevado al ambiente actual, mucho menos cristiano que el del siglo quinto en Roma. Pero en

EN ESTE NUMERO:

Monseñor GUSTAVO J. FRANCESCHI *escribe sobre el espíritu de iniciativa y el de conservación, preferentemente considerados en el apostolado de la Iglesia. Cuando prevalece el primero, es decir el de adaptación al ambiente, no sólo se compensan las inevitables pérdidas sino que se da prueba de progresiva vitalidad; en cambio, el predominio del espíritu de conservación se traduce en rutinarismo y en distanciamiento de la realidad en que se vive.*

Un cristiano (laico o eclesiástico), dice MICHELE FEDERICO SCIACCA, *que se preocupa nada más que de la misericordia material y no de la espiritual, como si el cuerpo fuera más que el espíritu, o como si la unidad sustancial del hombre pudiera escindirse para considerar tan sólo una parte de ella, deja de ser cristiano y confunde el problema de la* caridad *con el de la simple* asistencia, *que ni siquiera es exclusivamente humana.*

En estos días en que las conversaciones y las investigaciones científicas están netamente orientadas hacia el cosmos, el progreso, la técnica y las artes, es sumamente interesante traer el punto de vista de la filosofía y de la teología cristianas acerca de esas fundamentales cuestiones. Es lo que hace GUSTAVE THILS.

La apologética, aunque trata de convencer por el valor y la fuerza lógica de argumentos objetivos, no puede dejar de tener cuenta de la mentalidad de las personas a las que se dirige. JOHN MURRAY *considera algunos problemas que plantea al apologista católico la atmósfera general y la mentalidad imperantes en la gente de Gran Bretaña y también de países de habla inglesa, con excepción de Irlanda.*

Dos sonetos de Dios: "Es esta luz..." y "Me lo vuelvo a decir...", es la contribución poética de JORGE VOCOS LESCANO.

En la serie de Reportajes a escritores argentinos, la entrevista a Augusto Mario Delfino, por HUGO EZEQUIEL LEZAMA.

En Pensamiento Pontificio, *la transcripción del discurso pronunciado por S. S.* PÍO XII *en la canonización de San Pío X.* MARIO BETANZOS, *en Referencias, dedica su primera nota al Padre Couturier, fallecido a comienzos del año. De Leónidas Gambartes, Rodrigo Bonome y otras exposiciones se ocupa en Artes Plásticas* ROMUALDO BRUGHETTI. *Sobre la temporada del Piccolo Teatro di Milano escribe* JAIME POTENZE. *Crónicas cinematográficas por* SYLVIA Y JAIME POTENZE. *En* Música, *los conciertos y audiciones de la quincena, por* JORGE FONTENLA *y* JUAN ANDRÉS SALA. *En* Información, *la tercera y última parte de la amplia documentación sobre los sacerdotes-obreros. Y la habitual crítica de libros.*

La Misericordia Espiritual

MICHELE FEDERICO SCIACCA

Génova.

MISERICORDIA material, por cierto, y es necesario insistir considerándola en toda su importancia aún moral, pero también misericordia espiritual; misericordia material, sin atenuantes, pero que el *fin* continúe siempre siendo la misericordia con relación al espíritu, por el cual el hombre es hombre y no un hermoso animal que debe educarse por obligación y con todas las solicitudes. La caridad es hecha primeramente al espíritu y luego al cuerpo; y si le es hecha en primer término al cuerpo, porque la urgencia apremia y no espera, siempre es en vista del bien del espíritu y siempre acompañada por la misericordia espiritual.

Este imperativo, fundamental en el cristianismo, que es doctrina del espíritu, nunca como hoy ha sido transgredido y olvidado, tanto es el daño de la brutal identificación de la llamada "cuestión social" con "el bienestar económico". Un cristiano (laico o eclesiástico) que se preocupa nada más que de la misericordia material (humanismo y filantropía, que son la laicización y la pulverización del cristianismo) y no de la espiritual, como si el cuerpo fuera más importante que el espíritu, o como si la unidad sustancial que es el hombre pudiera escindirse para considerar tan sólo una parte, deja de ser cristiano y confunde el problema de la "caridad" cristiana con el de la simple "asistencia", que ni siquiera es obra exclusivamente humana, ya que es propia también de las bestias, a menudo menos feroces que el hombre en la disputa de un hueso. Tal es el cristianismo genérico inferior aun al laicismo, que sin embargo resulta sostenido y practicado por no pocos cristianos, que no desean renunciar a la comodidad de un cristianismo fácil y envilecido.

Evidentemente el cristianismo no está aquí, está más arriba, *en un plano superior*: "parte tu túnica", es verdad; pero también es necesario caldear el corazón, que la túnica sola no puede poner en movimiento para hacerlo palpitar de humanidad y latir de amor. Puede haber (y hay) misericordia espiritual sin misericordia material, porque no todos los hombres están constreñidos por la necesidad y la miseria; pero no hay verdadera misericordia material (me refiero a la de espíritu cristiano) si no está acompañada —y diría precedida— por la misericordia espiritual. De ésta todos tenemos necesidad, porque la necesita el hombre como tal; la necesitan el rico y el pobre, el fuerte y el débil; todavía más el rico y el fuerte que todos los demás, porque a menudo la riqueza es miseria, y la fuerza mezquindad o aridez de corazón. Todos tenemos una desazón, una falla, un remordimiento, un pecado: todos sentimos una falta y una insuficiencia constitucional, humana, nuestra, radical; un inacabado que es tensión, aspiración, vocación hacia un "más" infinito, y como tal no "un más" sino el Todo, nuestro Todo. Por eso todos necesitamos, en cada instante, de la misericordia espiritual, de la ayuda eficaz: yo hacia el otro y hacia mí mismo, el otro hacia mí y hacia él mismo, todos los hombres recíprocamente. Pero hay una misericordia más profunda sin la cual la misericordia humana, de por sí sola, es todavía miseria y no auténtica revelación de nuestra raíz, que se ahonda hasta el Ser; hablo de la misericordia de Dios, que vuelve eficaz y santa la misericordia humana, le otorga la totalidad de su "tono" vital, porque le da una dimensión nueva, la dimensión por la que el espíritu alcanza su altura total; que coincide con la plenitud de la humildad y de la invocación de esa divina Misericordia que lo redime, lo salva, lo completa como la luz, lo vuelve difusivo de misericordia para sí mismo y para los demás, lo vuelve fecundo de amor. El laico si es cristiano, no puede sentir la misericordia espiritual salvo en este nivel: misericordia espiritual con relación al prójimo e invocación de la misericordia de Dios, la única "incandescencia", sin la cual la misericordia, como carbón de pésima calidad, dispersa su calor en el humanitarismo tibio y en la filantropía de limosna de domingo, uno y otra ofensivos para la dignidad del hombre. Sólo este concepto fecundante nos permite tomar, toda la amplitud de la misericordia espiritual desde un punto de vista cristiano.

"MISERICORDIA" no es solamente "compasión", que es desazón o dolor por las penas o el sufrimiento de los otros, sentimiento que no va más allá de si mismo (esto es más allá que el sentir tal desazón o dolor) y que a menudo no está separado de ese egoísmo sutil que se manifiesta en la turbación y el fastidio que nos produce el sufrimiento ajeno, que quisiéramos no ver para ahorrarnos justamente la desazón y el dolor que nos produce el sufrimiento moviéndonos a compasión; o de ese egoísmo malvado, que no puede estar contento de sí mismo sin compadecer a alguien. "Misericordia" no es tampoco piedad, no digo en el sentido peyorativo del término en que significa "lástima" (decimos frecuentemente, "me das lástima"), sino ni siquiera en el mejor sentido, en que la piedad indica sólo una disposición para la misericordia, sin ser, como tal, misericordia; y a fin de que sea asumida como uno de los componentes de ésta, exige ser entendida en toda su plenitud cristiana. Vale decir, piedad no es solamente estar dispuestos a sentir o "dar" amor y misericordia, sino *también* a "recibir" uno y otra. La sola disposición a sentir piedad por otro es ponerse sobre un pedestal, y afirmar la propia "superioridad", que es bastante como para sentirnos autónomos y como tales "apiadarnos" de los otros. Es la piedad laica, como puro sentimiento ético separado de la religión, y por eso propia de la ética autosuficiente (de tipo estoico, spinoziano, kantiano). La piedad del cristiano, en cambio, es cosa distinta: antes que nada es disposición para recibir nosotros misericordia, reconocimiento de estar necesitados de piedad, y por lo tanto humildad; y, en cuanto tal, disposición para tener misericordia y apiadarnos de los otros, no por ser superiores sino por el amor común que nos hermana en el nombre de Dios y en la inmensa misericordia de Dios mismo hacia sus criaturas, necesitadas de su amor y su misericordia. No hay misericordia sin compasión, es decir sin sentir dolor por los sufrimientos ajenos, materiales y espirituales; ni sin piedad, esto es sin la disposición a recibir y dar misericordia y amor; pero la misericordia no es *del todo* la resultante mecánica de la compasión y la piedad, casi su suma aritmética. En la misericordia estos dos sentimientos se funden, se unifican y potencian, se dinamizan, surgen fuera del círculo cerrado del sentir subjetivo y se traducen en acción eficaz; no es más solamente "sentir" y "estar dispuesto", sino también *hacer por el otro*, venirle al encuentro con arrojo, con todo el potencial de la compasión y de la piedad cristianas, que redundan, se derraman, y *hacen*. Esta es la misericordia cristiana, que llamamos espiritual no sólo porque es obra del espíritu (como lo es la misericordia material), sino porque lo es hacia el espíritu, esto es hacia esas necesidades espirituales (¡cuántas!), de las que cada hombre, en cuanto hijo de Adán y *viator*, es el vaso sufriente y doloroso. La misericordia es "compasión" y "piedad" con respecto a la miseria espiritual de los otros, en el conocimiento humilde de que también es grande, inmensa, infinita, nuestra miseria, la del hombre; y que, de todas nuestras necesidades, las que exigen misericordia inmediata y pródiga son, no por cierto las últimas, aquéllas del espíritu, a

---

muchos individuos el espíritu de conservación cree que debe mantenerse lo que dió tan lamentables resultados. Es sin embargo visible que no nos ha de salvar un burguesismo apoltronado y cobarde. No en vano escribía pocos años hace Pieter Van der Meer que "el ideal burgués es para los católicos más catastrófico que la comisión de cualquier pecado".

Más que nunca hace falta hoy el espíritu de iniciativa. ❖

las que debemos salir al encuentro con la eficacia de nuestra acción, de nuestras obras y nuestros pensamientos.

Esta misericordia excluye el "compadecer", que es su opuesto, más aún, que es el "desprecio", como la "limosna" es el desprecio de la caridad. "Compadece" el soberbio, que cree no tener necesidad de compasión y piedad, y por lo mismo de misericordia; compadece el hombre que no conoce su miseria y es por lo mismo verdaderamente mísero, un *dilettante* de la vida, un superficial que no sabe descender en la profundidad de sí mismo. Misericordia no es "compadecer", sino "padecer" nuestra miseria y pedir misericordia por ella; padecer hasta el fondo la miseria espiritual de los otros, esto es padecer *nosotros* todo lo que padece *el otro*, que tiene necesidad de nosotros, como nosotros de él y ambos de Dios, de su Hijo Crucificado y de la Iglesia que custodia la Palabra, que fué dicha a costa de sangre y muerte. Esta es la misericordia espiritual para las miserias humanas del espíritu.

Y este es el primer acto de misericordia espiritual, que conoce el amor pero asimismo la dureza: convencernos a nosotros mismos y a los demás de la indigencia humana, a fin de que nazcan la humildad y el amor; y para eso "convencernos" significa no "pensarnos" indigentes en abstracto, sino "vivir" éste, nuestro *status*. Conciencia de la indigencia no es envilecimiento, sino elevación del hombre; en cuanto la conciencia de nuestra miseria nos eleva por sobre ella; y además la conciencia de la indigencia cura de la negatividad de la soberbia y del consiguiente desprecio por los demás; nos constituye en la positividad de la humildad y del amor del prójimo y nos da también el sentido de la "dignidad" del hombre como tal. Exigir "humildad" no significa "humillar": "la humillación" es el correlativo de la "compasión" en el sentido peyorativo; la humildad lo es de la misericordia y es auténtica afirmación de dignidad humana. Al hombre al que se pide humildad, al mismo tiempo, cristianamente, se le solicita conocer su dignidad y a ella se da nuestro reconocimiento. La unión indisoluble indigencia-dignidad del hombre, que es hijo de Dios, es acto de misericordia espiritual que rechaza la aparente misericordia no cristiana que es el "paternalismo", cuya verdadera alma es laica, y que, cuando es cristiana, es expresión mezquina de un cristianismo al nivel de la mediocridad, de la beneficencia, de la "buena administración del buen patrón" que, en su benignidad provee a todo. Esta forma de misericordia no conoce la humildad y no reconoce la dignidad del hombre con el cual cree ser misericordiosa. Es cierto que también el paternalismo puede ser benéfico, pero es aún o conmiseración o filantropía. No bastan ni siquiera la paciencia, el socorro, la cortesía y, ojalá, la corrección y buenas maneras. La misericordia, en el sentido cristiano, es cosa muy distinta, y la diferencia es *cualitativa*. Quien siente necesidad en su espíritu (y también en su cuerpo) no pide conmiseración y buenas maneras, protección; pide participación, amor operante, quiere sentirse considerado de hombre a hombre; no en la relación de protector a protegido ni en la de socorredor a socorrido, sino en la otra de hermano a hermano. Así como a Dios no pedimos conmiseración sino misericordia, amor y no protección, en cuanto El es el Padre y el Amigo, así pedimos misericordia a los demás, solidaridad, confortación y luz de verdad, que también es fuego de amor.

No se trata de tener misericordia sino de *ser* misericordiosos, esto, *sentir* misericordia; el *tener* es todavía un acto exterior, separado, un gesto o una eventualidad pura; *sentir* es acto interior, participado; sentir misericordia espiritual por otro es participar del dolor de la expiación de sus errores y sus culpas, de la ignorancia de sus extravíos, del mal que comete; y participar aún adosándonos su miseria, que es igualmente la nuestra, porque cada uno de nosotros tiene sus errores, sus culpas, su mal. La misericordia espiritual en este caso es solidaridad en la culpa y el mal; es aceptar como culpables el mal ajeno, y, a través del dolor que experimentamos, hacer sentir al otro la fuerza operante de ésta nuestra misericordia para con él, de modo que ella se vuelva liberadora. Misericordia espiritual es sufrir la miseria ajena, en modo que, sobre la base de esta solidaridad cimentada por el amor y la indigencia en común, pueda abrirse la gran puerta por la que pueda pasar nuestra enseñanza o consejo, la luz de la verdad que conforta positivamente la miseria, rescata y eleva, conquista la dignidad del hombre en la humildad. Por eso es gran misericordia seguir el camino de la verdad, sufriendo el error, tomar en las manos nuestro corazón y mente tanto como los del prójimo y conducirlos, sin que la apretura nos retarde, por el sendero de la luz, que es *veritas* y *charitas*. La misericordia elevada a esta potencia, es asimismo liberadora (aunque sea parcialmente) de las consecuencias del mal y por eso también reparadora, Y obsérvese: se implora misericordia por los males graves, que pesan, oprimen e impulsan a pedir auxilio; la misericordia es plegaria. En cambio, para los males leves, se pide "merced". Pero aún la merced para que sea cristiana debe ser misericordiosa, en cuanto, de por sí es rogar al hombre fuerte que dispone de nosotros. Quien pide merced siente y teme nuestra "fuerza"; el que pide misericordia siente nuestro "amor" y en él espera. Por eso a quien pide merced es preciso responderle con nuestra misericordia, vale decir, no con la fuerza, aunque la tengamos, sino con la fuerza de nuestro amor, la única armadura debelada y debelante con la que Cristo nos ha vestido. Por otra parte la fuerza, a la que se dirige quien pide merced, no llega a ser justicia, porque la justicia es justa cuando incluye el amor, que no excluye el castigo; se puede absolver y no ser de hecho misericordiosos; se puede castigar cumpliendo al mismo tiempo un acto de justicia y de misericordia.

En este sentido, la misericordia espiritual tiene una tarea dura, pero saludable y desde el punto de vista cristiano, perentoria e indeclinable. Esto: no se trata solo de mitigar dolores morales (o aun físicos), de aliviar sufrimientos en las desgracias (muertes, enfermedades penosas), de salir al encuentro de quien se ha perdido en el error, en la ignorancia, etc. Todo eso y demás es necesario hacerlo pero no basta, aunque se haga con impulso cristiano y por amor a Dios. Es necesario hacer sentir el *sentido redentor* del dolor y del sufrimiento, consecuencias del pecado original; que los dolores, los sufrimientos y la muerte nos son dados por Dios para nuestro bien y que es justicia sufrir, de manera de hacer nacer el convencimiento profundo de la *aceptación activa* y, diría, dinámica, que es resignación y hasta alegría, seguridad de que la expiación vale espiritualmente mucho más que el perdón regalado o gratuito, que no redime sino da ánimos para el mal; sólo quien expía aceptando, construye el hombre nuevo dentro de sí. Ahí está: la misericordia espiritual, cualquiera que sea el modo en que se ejercita y cualesquiera que sean las necesidades a las que se dirige amorosa (dolores, sufrimientos, errores, etc.) debe mirar de dar a los demás toda la ayuda posible a fin de que se construya en ellos, con la gracia de Dios, el hombre nuevo, el hombre cristiano de pensamiento y voluntad. Y tal hombre comenzamos a fabricarlo, cada uno dentro de nosotros, solamente cuando agradecemos a Dios por todas las situaciones, inclusive por las de penuria extrema, en que llegamos a encontrarnos; cuando aceptamos de Dios hasta la frustración e imploramos de El y de los demás misericordia para que nos sea dado todo el auxilio espiritual y material para superar la prueba. Una misericordia que se propone hacer la vida "fácil" para todos, y peor todavía, eliminar todos los males y sufrimientos de los hombres, dentro de estos límites, no es cristiana; es todavía nuestro orgullo, el de sostener que el hombre es capaz de vencer por sí solo y definitivamente el mal y su indigencia, esto es, capaz de anular de por sí las consecuencias del pecado. Al contrario, la misericordia primera hacia nosotros y los demás es la de tener siempre presente nuestra indigencia y aceptar las consecuencias: no desafiar despreciativamente el dolor y la muerte, sino amar santamente el dolor y la muerte,

lo cual es amar la Cruz. Correr de inmediato en ayuda de quien tiene necesidad de nuestro socorro espiritual, pero diciéndole también de inmediato: "acepta y haz la voluntad de Dios; unido a ti, cargo sobre mí tus penas". He aquí la misericordia cristiana. ❖

Cristianismo y Cosmos

GUSTAVE THILS

Lovaina.

EN estos días en que las conversaciones y las investigaciones científicas están netamente orientadas hacia el cosmos, el progreso, la técnica y las artes, no deja de tener interés invocar el punto de vista de la filosofía y de la teología cristianas acerca de estas cuestiones fundamentales.

En primer lugar, el cosmos. A los ojos del teólogo, el universo material, con sus energías fantásticas y su inmensidad fascinante, es ante todo un reflejo real del Ser Divino, una traducción subyugante aunque imperpecta de las realidades infinitas que viven en Dios. El ser de toda cosa, explica la teología, se encuentra penetrado de la sabiduría ordenadora que ha presidido su constitución; ese ser expresa la armonía y el resplandor de Aquel que es paradigma de toda belleza, pone de manifiesto la generosidad sin límites de Aquel que es amor y muestra, por su dinamismo, la virtud activa de Aquel que es fuerza perfecta. Así, el cosmos entero representa un valor sagrado: es el Templo de Dios. Y las actividades ordenadas de todos esos seres se desenvuelven en una alabanza universal, en una inmensa liturgia cósmica. Resulta de todo esto —y nos complace destacarlo— que cuanto más se conoce el cosmos, gracias a la contemplación de los sabios de este mundo, cuanto más se lo perfecciona, gracias a los trabajos de los sabios y de los investigadores, tanto más se regocija el teólogo, pues el valor glorificador se ha visto con ellos acrecentado y se ha reforzado el simbolismo sagrado del Universo material.

Aunque refleja los rasgos divinos de la Presencia personal, que le confiere la vida en permanencia, el cosmos sufre también la consecuencia del desorden que los hombres han introducido en su corazón: pues una unidad profunda y misteriosa hace solidarias a la humanidad y a la naturaleza, en el mal como en el bien. Sí, el mal, que ha desfigurado al hombre, está inscrito en trazos siniestros en el mundo. Una fuerza tenebrosa ha irrumpido en el cosmos, comunicando a las creaturas oscurecidas lo que en el Oriente se denomina "aspecto nocturnal". Y el espíritu humano, al contemplar el mundo, recibe desde este momento, con la imagen de Dios, la de una materia informe, agitada y caótica.

Por ello el cosmos —como el hombre y con él— siente una urgente necesidad de redención. La liturgia de los laudes de cuaresma lleva la audacia hasta exclamar: ¡La tierra y los mares, los astros y el universo se lavan en el río purificador, y qué río! Redención que, en primer lugar, restablezca en el universo material el orden, la armonía, el respeto al ritmo de la naturaleza: tal será la obra del progreso auténtico, de la técnica y de las artes. Redención también y sobre todo por la grandiosa obra de una sublimación del universo, de una transfiguración del mundo en la gloria, y no solamente en los tiempos futuros, si no ya, por lo que parece, desde hoy.

No escapará a nadie la importancia que tiene tal actitud doctrinal: en efecto, ella implica que nos es imposible conocer en todos sus aspectos la finalidad íntima de la materia —tanto en su estado actual de evolución como en su estado definitivo— sin la ayuda de la revelación y de la ciencia teológica.

¿QUE significa esto de una transfiguración futura, más prefigurada desde hoy?

En primer lugar, ¿cuál será nuestro universo en su estado definitivo? ¿Será destruído o aniquilado? ¿Permanecerá tal como es? ¿Será transformado? ¿Y cómo?

La hipótesis de un aniquilamiento no seduce mucho al teólogo, y con causa: está fuera de la línea general de la economía providencial —siempre don, crecimiento, progreso—. Crear, reunir en Cristo, transfigurar en la gloria: tales son, aquí abajo, las etapas de la gloria de Dios. Entonces, nada parece justificar la idea de una destrucción del universo material.

¿Permanecerá el mundo sin sufrir cambios? Parece que tampoco será así. Este universo debe cumplir una misión: glorificar a su Creador, servir al hombre. Entonces, ¿cómo encontraría la alabanza al Señor su expresión suprema sino en una transfiguración gloriosa de toda la creación? ¿Cómo podría el mundo estar verdaderamente ordenado para el hombre y proporcionado a él —a su alma espiritual, y sobre todo a su cuerpo glorioso— si no fuera elevado a ese mismo orden de gloria y esplendor?

Con el cuerpo, como él y por él —piénsese en el Verbo encarnado y en Nuestra Señora tanto como en los elegidos—, parece que el universo debe ser transfigurado y establecido en una gloria emparentada con la que afectará al cuerpo resucitado.

¿Tienen fundamento estas especulaciones? En verdad, Cristo no comunicó a los hombres una doctrina bien estructurada de la transfiguración del universo. Pero San Mateo ha hablado de un renacimiento del mundo: παλιγγενεσία (Mateo, XIX, 28). Entonces, se sabe que este término definió precisamente la entrada del hombre en la gracia y gloria celestes. San Pablo nos ha dejado, en trazos fugitivos, el índice de un mismo pensamiento. Las apariencias de este mundo pasarán, escribe a los cristianos de Corinto. No se trata de una supresión —explica poco después a los Romanos—, ya que la creación, aunque sometida a la miseria, como el hombre, no es sin esperanza: espera con impaciencia el ser liberada de la servidumbre de la corrupción, para poder participar de la libertad y de la gloria de los hijos de Dios (*Rom.* VIII, 21).

Y los últimos escritos inspirados se hacen más explícitos: aguardamos nuevos cielos y una tierra nueva, escriben San Pedro y San Juan. Por otra parte, para qué insistir si los exégetas cristianos y no cristianos coinciden en reconocer que existe una corriente teológica favorable a la doctrina de una transfiguración futura del mundo. M. Goguel y Strack-Billerbeck lo admiten tanto como los Padres Lagrange y Huby.

SI el hecho de una transfiguración del cosmos está dentro de la línea del pensamiento cristiano, el modo de esta transformación debe determinarse por medio de un trabajo teológico, cuyas principales fases consideraremos aquí.

El cosmos será glorificado, para el hombre y como él. Entonces, ¿qué sucederá en el hombre, y principalmente en el cuerpo humano? Los escritos inspirados del cristianismo prometen al hombre una resurrección corporal. Los cuerpos renacerán, bajo nuevas calidades, espirituales. San Pablo no teme yuxtaponer los dos términos, a primera vista inconciliables: "cuerpos espirituales", σῶμα πνευματικόν (I Cor. XV, 44). Pero por espiritual o por espiritualidad entiende lo que está "completamente bajo el dominio del Espíritu". ¿Qué quiere decir? ¿Cómo representarse un cuerpo enteramente impregnado de la virtud del Espíritu? De nuevo, la Revelación vendrá en nuestra ayuda. En el monte Tabor, tres apóstoles pudieron ver una humanidad transfigurada, un cuerpo todo resplandeciente de la luz divina. Este cuerpo —explicaron después— era brillante como el sol, centelleante como la nieve, deslumbrante y glorioso. Los Evangelios han conservado el recuerdo de su testimonio. De esto se puede inferir legítimamente que el cuerpo de los "elegidos", bajo el signo del Espíritu, será parecido al del Señor resucitado. Entonces, ¿por qué no pensar en una transfiguración del mismo orden para todo el universo? Lo que es posible para el cuerpo rige evidentemente también para el cosmos. Y si la materia

corporal puede ser luminosa, resplandeciente, la materia cósmica, por los mismos motivos, puede también alcanzar el mismo estado. Dado que ésta ha sido ordenada con vista a la beatitud del hombre y a la armonía con él, sería singular que no fuese glorificada como él y no recibiera —a su manera— la plena adopción de los hijos de Dios.

Todo esto hace que presintamos qué ha de ser el cosmos en su futuro estado; ¿pero qué es hoy? La teología responde siguiendo el proceso reflexivo que conocemos. El Espíritu Santo —explica— se da al hombre desde aquí, en la tierra. Ejerce desde ya su dominio sobre él, transformando realmente su alma, transfigurando ya su cuerpo en los límites mismos de su materialidad. Sin duda, esta transfiguración ontológica no se manifiesta todavía en nosotros tal como apareció en el Tabor. Por lo menos no de manera habitual, pues en ciertos casos de alta espiritualidad, en algunos místicos por ejemplo, la manifestación de su santidad gloriosa iluminó visiblemente sus cuerpos, como si el misterio de la transfiguración de Cristo en el Tabor requiriera de tiempo en tiempo humildes pero reales prolongamientos. Así, desde aquí abajo, la materia comienza a ser transfigurada en nuestro cuerpo, y quizá en el universo material entero, en virtud de la misteriosa unidad del mundo de la materia.

En un próximo artículo, procuraremos determinar la naturaleza de uno de los preludios de la transfiguración cósmica, definiendo la auténtica significación del progreso. ❖

Traducción de Edgar Ruffo

Nota bibliográfica. — Sobre la significación cristiana del cosmos se leerá E. Rideau, *Consécration. Le christianisme et l'activité humaine*, Desclée, 1945, 122, cuyos capítulos son: *I. Philosophie chrétienne de la création; II. La mystique profane de la terre; III. La mystique chrétienne de la terre.* Allí se encontrarán abundantes notas y referencias.

En su hermosa obra *Sens chrétien de l'homme*, Aubier, 1945, el canónigo J. Mouroux ha consagrado un importante capítulo al sentido cristiano del universo. Bajo el título general *Mystique de la Terre*, V. Poucel escribió una serie de volúmenes, de los cuales nombraremos el tomo segundo, *Parabole du monde*, Plon, París, 1939. Allí se encontrarán interesantes consideraciones, pero en un género literario complejo, que participa a la vez del simbolismo, de la filosofía y de la teología.

Por su lado, el P. Teilhard de Chardin ha escrito artículos cuya intención era bautizar, si así puede decirse, la interpretación vital y evolucionista del universo. Destaquemos, entre sus artículos: *Comment se pose aujourd'hui la question du transformisme* (*Études*, 5-20 junio 1921, t. 167); *La crise présente. Réflexions d'un naturaliste* (*Études*, 20 de octubre de 1937, t. 233); *La mystique de la science* (*Études*, marzo de 1939, t. 238). El R. P. Charles, S. J., bajo el título *Créateur des choses visibles* (*Nouvelle Revue Théologique*, marzo de 1940, editado por Casterman, 1946), muestra cómo el dogma de la creación de la materia por Dios se opone al acosmismo idealista de los gnósticos y de los neoplatónicos y determina entre los cristianos una actitud totalmente nueva referente al mundo: en síntesis, es el cristianismo que ha salvado al mundo.

Habría que remontarse también a los grandes teólogos escolásticos, sean del siglo XVII, sean del siglo XIII, y estudiar lo que dicen acerca de *Los fines últimos del hombre y del mundo*: es asombroso comprobar el optimismo profundo que anima sus posiciones doctrinales. He aquí, como primer ejemplo, el título de una obra (alemana): *La doctrina teológica del mundo material de Alberto el Grande*, por A. Sauer, Wurzbourg, 1935. También en alemán, un corto opúsculo: *Christus und der Kosmos*, por E. Walter.

Algunos Problemas de Apologética Católica en el Mundo Anglo-Sajón

JOHN MURRAY

Londres.

LA ciencia apologética, si es que puede ser así llamada con propiedad, podría describirse como la ciencia que proporciona un modo *razonable* de encarar la fe católica. Esta ciencia prepara y predispone la mente del investigador, le brinda las razones por las que debe aceptar, por ejemplo, realidades como la revelación de Dios, las demandas únicas de Jesucristo, la necesidad y el carácter de la Iglesia Católica.

Esta ciencia de apologética, aunque trata de convencer por el valor y la fuerza lógica de argumentos objetivos, no debe dejar de tener en cuenta la mentalidad de las personas o gentes a quienes se dirige. Antes de aplicar la *lógica* y como medida preventiva, se impone la realización de un estudio *psicológico*. Muchos de los argumentos dotados de valor intrínseco y que por ello deberían convencer, fallan, sin embargo, y esto es porque la persona a quien van dirigidos no está aún preparada para apreciarlos en todo su valor objetivo. No se puede rechazar este resultado como si fuera completamente perjudicial. Más bien se trataría de una ausencia de condiciones psicológicas propias o favorables debidas a la tradición, a los hábitos de pensamiento colectivos o personales y al subjetivismo y relatividad de tantos pensamientos modernos.

En el país en donde yo he realizado la mayor parte de mi trabajo, es decir en Gran Bretaña, el apologista católico sufre la confrontación de problemas que son una forma diferente de los problemas tradicionales. Lo que digo de Gran Bretaña es igual y principalmente cierto para todos los países de habla inglesa con la sola y gloriosa excepción de Irlanda.

LOS PROBLEMAS

POR lo tanto, la cuestión que me propongo tratar es aquella que se refiere a los problemas creados para los católicos por la atmósfera general y la mentalidad que prevalece en la gente de Gran Bretaña.

Es evidente que aún sobreviven algunos prejuicios anticatólicos. Aunque son ahora mucho menos violentos y fuertes que, digamos cien o aún cincuenta años atrás. Pero, sin embargo, es todavía un factor previsible y con el que debemos sin duda contar. De tanto en tanto brotan inesperadamente cuando menos puede uno imaginarse. La letra impresa insistirá en que Inglaterra es un país particularmente *protestante*, aún cuando un número considerable de sectas hacen lo posible por olvidar este hecho histórico y se muestran reacias a usar el término protestante.

En algunas ocasiones es posible batir el viejo tambor anti-papista pero el sonido es más fácil de desvanecerse de lo que solía ser antes y ese tipo anticuado e ignorante del protestantismo se va extinguiendo rápidamente. No obstante en cierto sentido todavía es posible decir "escarba en un inglés y hallarás un protestante".

No obstante, no es esa clase de actitud la principal dificultad. Sin embargo hay pocas posibilidades de acercarse a una mente tan radicalmente opuesta al catolicismo y con tantos prejuicios en contra de sus enseñanzas.

La primera dificultad con que se tropieza frente a la mentalidad inglesa, es que la religión es un asunto para lo individual. "Mi religión es asunto mío", es un típica respuesta inglesa.

Aquí se nos confronta con los resultados de un *juicio privado*. Siguiéndolo hasta su conclusión lógica esto significaría que cada hombre tendría que decidir por sí mismo lo concerniente a asuntos religiosos, sobre lo que ha de creer o lo que no ha de creer. Cada hombre sería su propio sacerdote, profeta y maestro: lo que es pedir bastante. Así esta es la consecuencia lógica si se sigue la premisa al pie de la letra. En ese caso no habría en absoluto razón para que existieran las iglesias protestantes.

Pero, en resumen, estos innovadores del SIGLO XVI no dejaron sentadas estas conclusiones lógicas. Por lo menos muy pocos de ellos las esbozaron. Los protestantes se agruparon en iglesias nacionales o regionales que se esforzaban por ser ediciones más pequeñas de la Iglesia Católica universal, de la que se habían separado, o bien se constituían en sectas. El proceso de desintegración continuó con la formación de más y más sectas hasta que alcanzaron la abrumadora variedad de sectas que existen en la Gran Bretaña de hoy y, aún más marcada la que se da en EE. UU.

Cristianismo y Cosmos

GUSTAVE THILS

Lovaina.

EN estos días en que las conversaciones y las investigaciones científicas están netamente orientadas hacia el cosmos, el progreso, la técnica y las artes, no deja de tener interés invocar el punto de vista de la filosofía y de la teología cristianas acerca de estas cuestiones fundamentales.

En primer lugar, el cosmos. A los ojos del teólogo, el universo material, con sus energías fantásticas y su inmensidad fascinante, es ante todo un reflejo real del Ser Divino, una traducción subyugante aunque imperpecta de las realidades infinitas que viven en Dios. El ser de toda cosa, explica la teología, se encuentra penetrado de la sabiduría ordenadora que ha presidido su constitución; ese ser expresa la armonía y el resplandor de Aquel que es paradigma de toda belleza, pone de manifiesto la generosidad sin límites de Aquel que es amor y muestra, por su dinamismo, la virtud activa de Aquel que es fuerza perfecta. Así, el cosmos entero representa un valor sagrado: es el Templo de Dios. Y las actividades ordenadas de todos esos seres se desenvuelven en una alabanza universal, en una inmensa liturgia cósmica. Resulta de todo esto —y nos complace destacarlo— que cuanto más se conoce el cosmos, gracias a la contemplación de los sabios de este mundo, cuanto más se lo perfecciona, gracias a los trabajos de los sabios y de los investigadores, tanto más se regocija el teólogo, pues el valor glorificador se ha visto con ellos acrecentado y se ha reforzado el simbolismo sagrado del Universo material.

Aunque refleja los rasgos divinos de la Presencia personal, que le confiere la vida en permanencia, el cosmos sufre también la consecuencia del desorden que los hombres han introducido en su corazón: pues una unidad profunda y misteriosa hace solidarias a la humanidad y a la naturaleza, en el mal como en el bien. Sí, el mal, que ha desfigurado al hombre, está inscrito en trazos siniestros en el mundo. Una fuerza tenebrosa ha irrumpido en el cosmos, comunicando a las creaturas oscurecidas lo que en el Oriente se denomina "aspecto nocturnal". Y el espíritu humano, al contemplar el mundo, recibe desde este momento, con la imagen de Dios, la de una materia informe, agitada y caótica.

Por ello el cosmos —como el hombre y con él— siente una urgente necesidad de redención. La liturgia de los laudes de cuaresma lleva la audacia hasta exclamar: ¡La tierra y los mares, los astros y el universo se lavan en el río purificador, y qué río! Redención que, en primer lugar, restablezca en el universo material el orden, la armonía, el respeto al ritmo de la naturaleza: tal será la obra del progreso auténtico, de la técnica y de las artes. Redención también y sobre todo por la grandiosa obra de una sublimación del universo, de una transfiguración del mundo en la gloria, y no solamente en los tiempos futuros, si no ya, por lo que parece, desde hoy.

No escapará a nadie la importancia que tiene tal actitud doctrinal: en efecto, ella implica que nos es imposible conocer en todos sus aspectos la finalidad íntima de la materia —tanto en su estado actual de evolución como en su estado definitivo— sin la ayuda de la revelación y de la ciencia teológica.

¿QUE significa esto de una transfiguración futura, más prefigurada desde hoy?

En primer lugar, ¿cuál será nuestro universo en su estado definitivo? ¿Será destruído o aniquilado? ¿Permanecerá tal como es? ¿Será transformado? ¿Y cómo?

La hipótesis de un aniquilamiento no seduce mucho al teólogo, y con causa: está fuera de la línea general de la economía providencial —siempre don, crecimiento, progreso—. Crear, reunir en Cristo, transfigurar en la gloria: tales son, aquí abajo, las etapas de la gloria de Dios. Entonces, nada parece justificar la idea de una destrucción del universo material.

¿Permanecerá el mundo sin sufrir cambios? Parece que tampoco será así. Este universo debe cumplir una misión: glorificar a su Creador, servir al hombre. Entonces, ¿cómo encontraría la alabanza al Señor su expresión suprema sino en una transfiguración gloriosa de toda la creación? ¿Cómo podría el mundo estar verdaderamente ordeñado para el hombre y proporcionado a él —a su alma espiritual, y sobre todo a su cuerpo glorioso— si no fuera elevado a ese mismo orden de gloria y esplendor?

Con el cuerpo, como él y por él —piénsese en el Verbo encarnado y en Nuestra Señora tanto como en los elegidos—, parece que el universo debe ser transfigurado y establecido en una gloria emparentada con la que afectará al cuerpo resucitado.

¿Tienen fundamento estas especulaciones? En verdad, Cristo no comunicó a los hombres una doctrina bien estructurada de la transfiguración del universo. Pero San Mateo ha hablado de un renacimiento del mundo: παλιγγενεσία (Mateo, XIX, 28). Entonces, se sabe que este término definió precisamente la entrada del hombre en la gracia y gloria celestes. San Pablo nos ha dejado, en trazos fugitivos, el índice de un mismo pensamiento. Las apariencias de este mundo pasarán, escribe a los cristianos de Corinto. No se trata de una supresión —explica poco después a los Romanos—, ya que la creación, aunque sometida a la miseria, como el hombre, no es sin esperanza: espera con impaciencia el ser liberada de la servidumbre de la corrupción, para poder participar de la libertad y de la gloria de los hijos de Dios (*Rom.* VIII, 21).

Y los últimos escritos inspirados se hacen más explícitos: aguardamos nuevos cielos y una tierra nueva, escriben San Pedro y San Juan. Por otra parte, para qué insistir si los exégetas cristianos y no cristianos coinciden en reconocer que existe una corriente teológica favorable a la doctrina de una transfiguración futura del mundo. M. Goguel y Strack-Billerbeck lo admiten tanto como los Padres Lagrange y Huby.

SI el hecho de una transfiguración del cosmos está dentro de la línea del pensamiento cristiano, el modo de esta transformación debe determinarse por medio de un trabajo teológico, cuyas principales fases consideraremos aquí.

El cosmos será glorificado, para el hombre y como él. Entonces, ¿qué sucederá en el hombre, y principalmente en el cuerpo humano? Los escritos inspirados del cristianismo prometen al hombre una resurrección corporal. Los cuerpos renacerán, bajo nuevas calidades, espirituales. San Pablo no teme yuxtaponer los dos términos, a primera vista inconciliables: "cuerpos espirituales", σῶμα πνευματικόν (I Cor. XV, 44). Pero por espiritual o por espiritualidad entiende lo que está "completamente bajo el dominio del Espíritu". ¿Qué quiere decir? ¿Cómo representarse un cuerpo enteramente impregnado de la virtud del Espíritu? De nuevo, la Revelación vendrá en nuestra ayuda. En el monte Tabor, tres apóstoles pudieron ver una humanidad transfigurada, un cuerpo todo resplandeciente de la luz divina. Este cuerpo —explicaron después— era brillante como el sol, centelleante como la nieve, deslumbrante y glorioso. Los Evangelios han conservado el recuerdo de su testimonio. De esto se puede inferir legítimamente que el cuerpo de los "elegidos", bajo el signo del Espíritu, será parecido al del Señor resucitado. Entonces, ¿por qué no pensar en una transfiguración del mismo orden para todo el universo? Lo que es posible para el cuerpo rige evidentemente también para el cosmos. Y si la materia

---

lo cual es amar la Cruz. Correr de inmediato en ayuda de quien tiene necesidad de nuestro socorro espiritual, pero diciéndole también de inmediato: "acepta y haz la voluntad de Dios; unido a ti, cargo sobre mí tus penas". He aquí la misericordia cristiana. ❖

corporal puede ser luminosa, resplandeciente, la materia cósmica, por los mismos motivos, puede también alcanzar el mismo estado. Dado que ésta ha sido ordenada con vista a la beatitud del hombre y a la armonía con él, sería singular que no fuese glorificada como él y no recibiera —a su manera— la plena adopción de los hijos de Dios.

Todo esto hace que presintamos qué ha de ser el cosmos en su futuro estado; ¿pero qué es hoy? La teología responde siguiendo el proceso reflexivo que conocemos. El Espíritu Santo —explica— se da al hombre desde aquí, en la tierra. Ejerce desde ya su dominio sobre él, transformando realmente su alma, transfigurando ya su cuerpo en los límites mismos de su materialidad. Sin duda, esta transfiguración ontológica no se manifiesta todavía en nosotros tal como apareció en el Tabor. Por lo menos no de manera habitual, pues en ciertos casos de alta espiritualidad, en algunos místicos por ejemplo, la manifestación de su santidad gloriosa iluminó visiblemente sus cuerpos, como si el misterio de la transfiguración de Cristo en el Tabor requiriera de tiempo en tiempo humildes pero reales prolongamientos. Así, desde aquí abajo, la materia comienza a ser transfigurada en nuestro cuerpo, y quizá en el universo material entero, en virtud de la misteriosa unidad del mundo de la materia.

En un próximo artículo, procuraremos determinar la naturaleza de uno de los preludios de la transfiguración cósmica, definiendo la auténtica significación del progreso. ❖

Traducción de Edgar Ruffo

Nota bibliográfica. — Sobre la significación cristiana del cosmos se leerá E. Rideau, *Consécration. Le christianisme et l'activité humaine*, Desclée, 1945, 122, cuyos capítulos son: *I. Philosophie chrétienne de la création; II. La mystique profane de la terre; III. La mystique chrétienne de la terre.* Allí se encontrarán abundantes notas y referencias.

En su hermosa obra *Sens chrétien de l'homme*, Aubier, 1945, el canónigo J. Mouroux ha consagrado un importante capítulo al sentido cristiano del universo. Bajo el título general *Mystique de la Terre*, V. Poucel escribió una serie de volúmenes, de los cuales nombraremos el tomo segundo, *Parabole du monde*, Plon, París, 1939. Allí se encontrarán interesantes consideraciones, pero en un género literario complejo, que participa a la vez del simbolismo, de la filosofía y de la teología.

Por su lado, el P. Teilhard de Chardin ha escrito artículos cuya intención era bautizar, si así puede decirse, la interpretación vital y evolucionista del universo. Destaquemos, entre sus artículos: *Comment se pose aujourd'hui la question du transformisme* (*Études*, 5-20 junio 1921, t. 167); *La crise présente. Réflexions d'un naturaliste* (*Études*, 20 de octubre de 1937, t. 233); *La mystique de la science* (*Études*, marzo de 1939, t. 238). El R. P. Charles, S. J., bajo el título *Créateur des choses visibles* (*Nouvelle Revue Théologique*, marzo de 1940, editado por Casterman, 1946), muestra cómo el dogma de la creación de la materia por Dios se opone al acosmismo idealista de los gnósticos y de los neoplatónicos y determina entre los cristianos una actitud totalmente nueva referente al mundo: en síntesis, es el cristianismo que ha salvado al mundo.

Habría que remontarse también a los grandes teólogos escolásticos, sean del siglo XVII, sean del siglo XIII, y estudiar lo que dicen acerca de *Los fines últimos del hombre y del mundo*: es asombroso comprobar el optimismo profundo que anima sus posiciones doctrinales. He aquí, como primer ejemplo, el título de una obra (alemana): *La doctrina teológica del mundo material de Alberto el Grande*, por A. Sauer, Wurzbourg, 1935. También en alemán, un corto opúsculo: *Christus und der Kosmos*, por E. Walter.

Algunos Problemas de Apologética Católica en el Mundo Anglo-Sajón

JOHN MURRAY

Londres.

LA ciencia apologética, si es que puede ser así llamada con propiedad, podría describirse como la ciencia que proporciona un modo *razonable* de encarar la fe católica. Esta ciencia prepara y predispone la mente del investigador, le brinda las razones por las que debe aceptar, por ejemplo, realidades como la revelación de Dios, las demandas únicas de Jesucristo, la necesidad y el carácter de la Iglesia Católica.

Esta ciencia de apologética, aunque trata de convencer por el valor y la fuerza lógica de argumentos objetivos, no debe dejar de tener en cuenta la mentalidad de las personas o gentes a quienes se dirige. Antes de aplicar la *lógica* y como medida preventiva, se impone la realización de un estudio *psicológico*. Muchos de los argumentos dotados de valor intrínseco y que por ello deberían convencer, fallan, sin embargo, y esto es porque la persona a quien van dirigidos no está aún preparada para apreciarlos en todo su valor objetivo. No se puede rechazar este resultado como si fuera completamente perjudicial. Más bien se trataría de una ausencia de condiciones psicológicas propias o favorables debidas a la tradición, a los hábitos de pensamiento colectivos o personales y al subjetivismo y relatividad de tantos pensamientos modernos.

En el país en donde yo he realizado la mayor parte de mi trabajo, es decir en Gran Bretaña, el apologista católico sufre la confrontación de problemas que son una forma diferente de los problemas tradicionales. Lo que digo de Gran Bretaña es igual y principalmente cierto para todos los países de habla inglesa con la sola y gloriosa excepción de Irlanda.

LOS PROBLEMAS

POR lo tanto, la cuestión que me propongo tratar es aquella que se refiere a los problemas creados para los católicos por la atmósfera general y la mentalidad que prevalece en la gente de Gran Bretaña.

Es evidente que aún sobreviven algunos prejuicios anticatólicos. Aunque son ahora mucho menos violentos y fuertes que, digamos cien o aún cincuenta años atrás. Pero, sin embargo, es todavía un factor previsible y con el que debemos sin duda contar. De tanto en tanto brotan inesperadamente cuando menos puede uno imaginarse. La letra impresa insistirá en que Inglaterra es un país particularmente *protestante*, aún cuando un número considerable de sectas hacen lo posible por olvidar este hecho histórico y se muestran reacias a usar el término protestante.

En algunas ocasiones es posible batir el viejo tambor anti-papista pero el sonido es más fácil de desvanecerse de lo que solía ser antes y ese tipo anticuado e ignorante del protestantismo se va extinguiendo rápidamente. No obstante en cierto sentido todavía es posible decir "escarba en un inglés y hallarás un protestante".

No obstante, no es esa clase de actitud la principal dificultad. Sin embargo hay pocas posibilidades de acercarse a una mente tan radicalmente opuesta al catolicismo y con tantos prejuicios en contra de sus enseñanzas.

La primera dificultad con que se tropieza frente a la mentalidad inglesa, es que la religión es un asunto para lo individual. "Mi religión es asunto mío", es un típica respuesta inglesa.

Aquí se nos confronta con los resultados de un *juicio privado*. Siguiéndolo hasta su conclusión lógica esto significaría que cada hombre tendría que decidir por sí mismo lo concerniente a asuntos religiosos, sobre lo que ha de creer o lo que no ha de creer. Cada hombre sería su propio sacerdote, profeta y maestro: lo que es pedir bastante. Así esta es la consecuencia lógica si se sigue la premisa al pie de la letra. En ese caso no habría en absoluto razón para que existieran las iglesias protestantes.

Pero, en resumen, estos innovadores del SIGLO XVI no dejaron sentadas estas conclusiones lógicas. Por lo menos muy pocos de ellos las esbozaron. Los protestantes se agruparon en iglesias nacionales o regionales que se esforzaban por ser ediciones más pequeñas de la Iglesia Católica universal, de la que se habían separado, o bien se constituían en sectas. El proceso de desintegración continuó con la formación de más y más sectas hasta que alcanzaron la abrumadora variedad de sectas que existen en la Gran Bretaña de hoy y, aún más marcada la que se da en EE. UU.

EL PRINCIPIO DE SELECCION

AQUI surge un punto importante que descansa en la base de la posición protestante: ¿Por qué, podría preguntarse, un protestante pertenece a esta o a la otra denominación? A menudo, naturalmente por su nacionalidad, por la iglesia establecida en Inglaterra o por estar de acuerdo con su educación, tradición o temperamento. Pero debajo de estos planos existe una razón más. Este hombre pertenece a una iglesia u otra porque la elige o porque habiendo nacido y habiéndose educado en ella está completamente satisfecho dentro de su órbita. El no proclama que su iglesia es la única y exclusiva sino que, simplemente, la prefiere: *está de acuerdo consigo mismo, le gusta.* Es imperioso advertir este punto de partida que es esencialmente objetivo. El selecciona un punto de vista religioso, una iglesia o secta, porque siente que ella satisface sus necesidades espirituales y facilita su acercamiento a Dios. Se considera obligado a cambiar de religión para colocarse bajo una denominación distinta si más tarde se le ocurre hacerlo. Si se le preguntara cuál es exactamente la posición y el rol de su denominación él casi contestaría que es parte de la Iglesia de Cristo, que expresa la vida cristiana desde un punto de vista particular. Los congregacionalistas y los bautistas constituyen un ejemplo, se defienden diciendo que representan la vida de los primeros cristianos en una forma simple. Para ellos su religión es una manera legítima de aprovechar las enseñanzas de Cristo, pero ellos no excluyen otra forma de ser discípulos. Los protestantes son, por lo general, tolerantes unos con otros como naturalmente tienen que serlo por sus propios principios de *juicio privado.* Como ellos tienen, de acuerdo con estos principios, el perfecto derecho de ser congregacionalistas o bautistas, otros cristianos tienen igual derecho a ser metodistas o presbiterianos. En verdad, siguiendo ese principio, los protestantes no tienen derecho a mostrarse intolerantes con los católicos, quienes, juzgados dentro del principio protestante, tienen completo derecho a ser católicos si ellos prefieren este tipo de acercamiento a Dios Todopoderoso.

Ahora bien, he advertido la aplicación de este principio selectivo aún en aquel sector de la iglesia de Inglaterra que se conoce con el nombre de Alta Iglesia y que prefiere ser llamada Anglo-Católica, Me refiero a este sector de la iglesia establecida que imita el ritual católico y las prácticas católicas hasta en la celebración de la Misa aunque ésta es normalmente rezada en inglés. He llegado a la conclusión de que estos anglo-católicos están tratando de ser católicos con principios protestantes. En otras palabras, ellos han adoptado el anglo-catolicismo por las mismas razones que un miembro de la Baja Iglesia es atraído a la variante del protestantismo que se llama la Baja Iglesia. El ritual católico los seduce, reconocen la belleza de las oraciones católicas, literatura y prácticas; y frecuentemente, han concluído por apreciar la doctrina católica. Pero todo esto tiene origen en el principio de *selección.* Ellos eligen estos elementos católicos; ellos los quieren y hacen sus gestiones para tenerlos.

Frente a esta mentalidad el apologista católico debe apoyar el mayor énfasis en la objetividad de la verdad religiosa. Debe demostrar que la función de la mente es descubrir la verdad allí presente, *a parte rei,* como insisten los escolásticos. Esta verdad no depende de nosotros pero nosotros debemos estar allí para reconocerla. Pero el *reconocimiento* es la palabra operante en el sentido de reconocer lo que está allí, nosotros no podemos recoger y elegir cuando se trata de la verdad religiosa. No podemos adaptarla a nosotros, tenemos que adaptarnos a ella. Al final, la única actitud valedera *vis a vis* de la verdad es la de aceptación humilde. Puedo repetir que, con muchos hombres y mujeres inglesas es necesario insistir una y otra vez sobre esta forma de acercarse a la verdad religiosa.

EL PROBLEMA DEL SUBJETIVISMO

LA actitud del juicio privado se hace más complicada en muchos casos por el incremento del subjetivismo. En el SIGLO XVI los protestantes tenían un objetivo, si bien no del todo seguro, por lo menos uniforme; la rígida y literal interpretación de las Escrituras. El escepticismo, el modernismo, la "alta crítica" personal, han dado por tierra con los textos de las Escrituras tanto como con su interpretación excepto donde ha habido una iglesia autorizada —la Iglesia Católica— para salvaguardarlas e interpretarlas. Como los modelos subjetivos disminuyeron, las normas subjetivas empezaron a suplantarlos, entre ellas la que es conocida como la "experiencia religiosa". El relajamiento de la autoridad externa en religión y el de la creencia objetiva o dogma, ha recluído a muchos sinceros protestantes en las ciudadelas de su propio espíritu. La religión se ha vuelto para ellos algo interior, y solamente interior. Para muchos de ellos puede resumirse en dos elementos: una conciencia reverente de Dios y la aceptación de un código ético. No va más allá de la aceptación tradicional de la fe. Cuando se emplea el término "fe", más que otra cosa significa lo que los católicos entienden por "esperanza", un sentimiento de confianza en la bondad y asistencia de Dios Todopoderoso. Lo que se subraya es la experiencia de la fe más que algún objeto de creencia. Por consiguiente al considerar esta mentalidad, es necesario insistir sobre el poder de la mente humana para descubrir a Dios y para comprender, al menos, algunas verdades sobre él. Existía una vez la moda de tachar a los católicos de irrazonables en los terrenos en que aceptaban ciertos misterios de su religión, los cuales ellos ni siquiera pretendían comprender o explicar plenamente. Hoy día, me parece que los católicos son los únicos racionalistas en asuntos de religión, porque ellos —y sólo ellos— aceptan en realidad la natural capacidad de la mente para llegar hasta la verdad religiosa. Discutiendo este punto con los ingleses, es forzoso recargar el énfasis en esta habilidad de la mente que, a través de las filosofías dominantes del escepticismo y del fenomenismo, era fácilmente oscurecida.

LA FE Y LA BUENAS OBRAS

ABORDAMOS ahora un tercer punto. Los innovadores del SIGLO XVI, particularmente los luteranos, enseñaban que sólo la fe era necesaria para salvarse. Las buenas obras eran superfluas y hasta altamente perjudiciales. Un hombre se salvaba tan solo por la fe. Porque Santiago apóstol se atrevió en su epístola a estar en desacuerdo con Martin Lutero, sobre este asunto, su epístola fué suprimida del cánon protestante del Nuevo Testamento. "Una epístola insignificante", fué el término que empleó Lutero para designarla. Sin embargo, en la Inglaterra moderna se ha desarrollado una rama del cristianismo que concede toda la importancia a las buenas obras, declarando que la fe importa poco o nada. Esta actitud puede ser resumida en las siguientes frases: "En realidad, no importa lo que creas, importa que seas una persona decente". Esto se podría llamar cristianismo práctico, tan distinto de las doctrinas cristianas como las variantes que existen entre un cuerpo religioso y otro. "El cristiano es lo que el cristiano hace", es otra manera de expresarlo. Los cristianos estarían de acuerdo con la mitad de esto; es decir, con que las buenas obras deben dar testimonio de la fe. "No todo aquel que me diga ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos", estas son las palabras de Dios, "sino aquel que hace la voluntad de Mi Padre que está en el cielo, ese entrará en el reino de los cielos". El Nuevo Testamento es una escuela práctica del espíritu, advierte a los hombres por la parábola de que deben hacer pleno uso y dar cuenta del empleo que dieron a sus talentos; censura la falta de prudencia y previsión de las vírgenes necias, nos advierte que seremos conocidos "por nuestros frutos". Pero un católico insistirá, conforme al espíritu del Nuevo Testamento en que así como sin las buenas obras la fe puede ser inútil, del mismo modo sin la fe las buenas obras no tendrían ni dirección ni al final, significado espiritual alguno. La creencia es necesaria para la continuación saludable de las buenas obras.

SONETOS DE DIOS

ES ESTA LUZ...

Es esta luz, es esta luz que toca
los árboles y vibra en el follaje.
Son los días abiertos, el paisaje.
Es todo, todo lo que el alma evoca.

¡Oh, los nombres, los rostros, esa boca
donde se vuelve música el lenguaje!
Es la sangre, la prisa por el viaje.
Es la vida, la vida que es tan poca.

Con avidez, lo mismo que una llama,
siento que todo es mío y me reclama
y a todo voy, llenándome los ojos.

Mas no te olvido, no, que por perdido
que pueda estar, si buscas mi latido
donde lo busques lo hallarás de hinojos.

ME LO VUELVO A DECIR...

Me lo vuelvo a decir: si tú me diste,
con los ojos, el bien de la mirada:
¿Por qué entonces no puedo mirar nada?
¿Por qué mirar ha de ponerme triste?

Me repito: si todo lo que existe
para mirar no es más que una llamada,
si tanta es la hermosura derramada,
tiene que ser, será que tú quisiste.

Pero es el caso que aunque me lo digo,
por más que me lo diga no consigo
poner los ojos en lo que deseo.

Porque en poniendo en algo la mirada,
su forma se me va, queda borrada,
y eres tú, tu tristeza lo que veo.

J O R G E   V O C O S   L E S C A N O
BUENOS AIRES

UN CONTRASTE CURIOSO

Es interesante comparar a este respecto dos expresiones inglesas con su connotación en inglés moderno: por ejemplo, las expresiones "un hombre dogmático" y "un hombre de principios". La primera es poco halagüeña y significa que el hombre en cuestión está seguro de sí mismo y trata de imponerse e imponer sus opiniones a los demás hasta el punto de convertir esta inclinación en una modalidad cansadora y obstinada; la última es halagadora, insinúa que el hombre ha estructurado ciertos patrones morales por los cuales regula su comportamiento. Con todo la diferencia entre las dos expresiones es simplemente ésta: que la primera, de acuerdo con el dogma, se refiere a lo que es falso y a lo que es verdadero, en tanto que la segunda, concierne a lo que es bueno o malo. Así muchos ingleses se interesan en lo que es bueno y malo, pero no están francamente interesados, en lo que respecta a religión, en lo que es verdadero o falso. "Una religión es tan buena como otra", también esto es un refrán común que traiciona una posición relativista. Pero tenemos que ser justos con el inglés común. Este escucha a su alrededor voces diferentes, que se proclaman a sí mismas como cristianas y que, frecuentemente proclaman verdades diferentes o diferentes interpretaciones del mensaje cristiano. Este inglés se escandaliza por la falta de unidad cristiana en su país, y su conclusión es a menudo que la verdad no puede ser descubierta ni siquiera ocasionalmente y que no vale la pena buscarla; entonces, tiende a volver sobre la ética. Los principios éticos, por lo menos parecen razonables, concretos y ciertos.

CRISTIANISMO BASICO

Es posible encontrar una semejanza considerable entre las diversas iglesias protestantes. Es una característica definida presente en los últimos veinte años y hoy en día, todas ellas, para sus fines concretos, se hallan asociadas con el Consejo Británico de Iglesias, el cual, a su vez, está relacionado con el más amplio Consejo Mundial de Iglesias. Empresas como las convenidas recientemente entre los anglicanos y los miembros de las Iglesias Libres de diversas partes del sur de la India, tienen por fin acercar entre sí a esas iglesias aun cuando este acercamiento implique algunas concesiones en cuanto a las creencias. Sería injusto hablar de un cristianismo básico y asumir que las iglesias protestantes buscaban algún común denominador más bajo. Eso sería simplificar el problema. Ciertamente uno o dos ejemplos demuestran cuán rápidamente esta idea sería imposible. Porque si significara, como tendría que significar, la eliminación de doctrinas que no todos pueden aceptar, entonces sería considerablemente poco lo que quedaría como denominador. Tendría que suprimirse la Misa, naturalmente, aunque los anglo-católicos declaran que ellos celebran la Misa, porque la Misa es un anatema para el protestante auténtico. El episcopado tendría que desaparecer, porque lo rechazan los presbiterianos. Lo mismo el sacerdocio, porque las iglesias libres no lo toleran. Y lo mismo, también, tendría que suprimirse el bautismo de los niños, porque los baptistas no quieren saber nada con él.

Para contrarrestar estas tendencias, el apologista católico tiene que insistir en ciertos puntos concretos. Tiene que demostrar que Dios se puso en contacto con la humanidad y que este contacto es de mente con mente, de la Mente Divina manifestándose a la mentes creadas. Tiene que demostrar también que la revelación de Dios, especialmente la que nos llegó a través de Jesucristo, se refiere, en primer lugar, a la verdad —*la verdad sobre Dios, la verdad sobre la vida humana, y su fin*— en otras palabras, tiene que demostrar que esta revelación es dogmática por naturaleza, en el sentido en que se relaciona con la verdad objetiva. Las doctrinas reveladas por Cristo tienen un significado concreto. Cristo se propuso que fueran entendidas de una manera muy clara y definitiva. Y es necesario que se las entienda como Cristo se propuso que fueran comprendidas. Es un absurdo sugerir que cualquier hombre puede pensar de ellas como le plazca o interpretarlas como le guste. Nuestra tarea es descubrir exactamente como Cristo las estudió.

EL PROBLEMA DE LA AUTORIDAD

La confusión que se manifiesta entre las iglesias protestantes contribuye a que muchos se vuelvan con una especie de nostalgia hacia la Iglesia Católica. Ven su unidad, a pesar de que acusen a la Iglesia de asegurar su unidad a costa de la libertad. Reconocen su carácter universal y observan cómo diferentes naciones

Reportajes a Escritores Argentinos

Augusto Mario Delfino, cronista subjetivo de la ciudad



Augusto Mario Delfino.

AL lado del viejo tintero que usara José Toríbio Medina —aquel fabuloso historiador chileno— la antigua máquina de escribir de Augusto Mario Delfino nos parece graciosa y aérea como un avión supersónico. Sobre esta portátil se han enrollado y desenrollado infinitos papeles que consignan la turbulenta vida de un periodista.

Desde la ágil nota deportiva hasta la dificilísima semblanza póstuma de figuras de honda y revolucionaria resonancia nacional, Delfino ha hecho diaria y anónimamente en las columnas de "La Nación" —de la que es redactor desde hace años— la crónica de la vida visible e invisible del país —y sobre todo de este Buenos Aires que tanto ama— en la que el dinamismo del periodista no pudo ahogar nunca la profundidad y penetración del cuentista.

Delfino, sentado junto a su portátil, la cual no sabríamos decir por qué pero ha de llamarse simplemente Luisa, aguarda nuestras preguntas.

---

han aportado su contribución a la herencia común de la Iglesia. Comprenden que sus raíces se hallan muy lejos en el pasado de la historia. Por encima de todo, el protestante ve que contiene un principio del que tristemente carece el protestantismo. A la provocación de "¿Con qué autoridad?, por lo general no encuentran respuesta. Hace cincuenta años habrían contestado "por la autoridad de la Biblia". Ahora estudian y emplean mucho menos las Escrituras. Actualmente, probablemente responderían "por la autoridad de mi conciencia o de mi experiencia religiosa".

Nuestro argumento católico tiene que extenderse. Cristo, continuamos diciendo, debió tomar alguna medida para que los hombres que no fueran de su época y por cierto los hombres de todas las épocas, pudieran llegar al conocimiento de lo que quiso decir y del verdadero sentido de las doctrinas que enseñaba. También tienen que estar en condiciones de adquirir la certeza de que han llegado a esas doctrinas y a sus significados correctos. De hecho, Cristo tomó esa precaución al establecer la Iglesia histórica que se ha extendido a lo largo de los siglos y que prosigue todavía siendo la continuidad de los apóstoles que fueron sus primeros miembros y del mismo Jesucristo que la fundó.

UN DILEMA

AHORA, surge aquí un dilema para el protestante. O bien esta Iglesia histórica —que es la Iglesia Católica— enseña, como pretende enseñar, las verdaderas doctrinas de Cristo, o bien estas doctrinas no pueden hallarse en ninguna parte. Porque si la Iglesia histórica establecida por Cristo y que cuenta con Su garantía de que las potencias del mal no prevalecerán contra ella se ha descarriado, como sostenían los protestantes primitivos entonces el cristianismo ha fracasado y fracasado muy trágicamente. Si eso fuera cierto, nuestra posición sería extremadamente trágica. Porque no hay posibilidad de volverse atrás. No es posible volver al Nuevo Testamento porque es únicamente la Iglesia histórica la que proporciona esos documentos y la que ha hablado de su carácter especial. No es posible hacer una reconstrucción imaginaria de la Iglesia primitiva. De no aceptar esta Iglesia histórica, todo lo que queda son grupos de personas inspiradas por el recuerdo de la vida de Cristo y conocedoras de muchos de sus hechos y palabras, pero carentes de todo método seguro para descubrir lo que El quiso realmente significar. El dogma es necesario; la autoridad es necesaria y esto solamente puede proporcionarlo una Iglesia y encontrarse en una Iglesia históricamente ininterrumpida.

LIBERTAD DE RELIGION

HAY un último punto. Los protestantes ingleses frecuentemente profesan libertad de religión aduciendo que el hombre tiene derecho de practicar cualquiera religión que elija. He hablado ya de esto con cierta extensión. Manifiestan que los católicos no pueden ser libres porque han renunciado a su independencia de juicio al aceptar la enseñanza de la Iglesia. Es cierto que el católico leal y convencido en cierta forma *no es libre* de rechazar la enseñanza católica, aunque siempre le es posible hacerlo. Pero tal rechazo no sería una manifestación de auténtica libertad lo mismo que no es una manifestación de auténtica libertad el hecho de cometer un crimen. La licencia no es libertad, y tiene muchas probabilidades de concluir en la pérdida completa de toda libertad. Tampoco puede considerarse seria la libertad de ambular sin rumbo y sin ataduras y sin un fin preciso en un mundo de ensueño donde no existe nada suficientemente sólido como para imponer una convicción.

Sin ideales y sin directivas, ningún hombre es verdaderamente libre porque queda a merced de deseos y caprichos casuales. Además, ¿en qué sentido puede decirse que el conocimiento limita la libertad?

En un sentido lo hace. Una vez que se sabe la verdad sobre algo, se deja de ser libre de creer lo opuesto o lo contrario a la verdad. Pero ahora, que posee la verdad, en nombre de todos los planetas, ¿por qué querría creer otra cosa que la verdad? Decir que el conocimiento limita indebidamente la libertad es sugerir que la condición ideal para los seres humanos es el estado de completa ignorancia, ignorancia de "la libertad", de la ciencia, de la competencia y de la destreza. Una persona que deliberadamente se mantiene sin ataduras, posee la libertad negativa del escéptico y del diletante. Pero ¿qué valor tiene esa libertad? No se tiene una libertad auténtica mientras no se haya descubierto un cauce dentro del cual dirigir y ejercer esa libertad, un cauce de principios y de convicciones. ❖

Tradujo Elizabeth Azcona Cranwell

Nota del autor: Este artículo fué puesto en el papel y leído por el autor en francés, ante un congreso de apologistas que tuvo lugar en Vich, cerca de Barcelona, en honor del gran escritor español Jaime Balmes.

—Venimos a pedirle su opinión sobre algunos aspectos de la cuentística.

—Lo siento, pero me expreso por medio del relato, no por opiniones —responde Delfino afablemente. Y es así. Delfino, cuentista nato, responde, habla, piensa, contando; así cuando le preguntamos qué autores influenciaron su infancia, su metafísica infancia en Montevideo, nos contesta: —Vea, seguramente Salgari y De Amicis. El primero significó la aventura, el sueño con las palabras y De Amicis la materia humana puesta por primera vez ante el descubrimiento infantil, en equivalencia con la situación aventurera. Luego, a los 9 ó 10 años, fué Dumas que me leía en alta voz una hermana todas las noches. Claro que en este momento no sabría decirle si la perdurabilidad intensa del recuerdo se debe realmente a los libros o a toda esa sugestión y misterio en la que entra la voz de mi hermana y la hora nocturna. Otro personaje importante de mi infancia fué Horacio Quiroga, no porque yo lo leyera a esa edad, sino porque me hablaban de él y su evocación es una mezcla de lo fabuloso y lo geográficamente inmediato.

Delfino adolescente, Delfino joven viene a Buenos Aires, y cuando la ciudad literaria estaba dividida en los de Boedo y los de Florida, él ingresa al movimiento Martín Fierro como uno de los miembros más jóvenes. Traba rápidamente amistad con Ricardo Güiraldes y se destaca por su penetración y personalidad. En 1925 escribe Güiraldes: "...Augusto Mario Delfino, de quien espero el libro valeroso y fuerte que promete su ingenio". Esas proféticas palabras son una realidad en 1936 cuando publica *Márgara, que venía de la lluvia*, libro del que dijo Mallea: "...Tiene todas las virtudes de un excepcional escritor, profundidad y certeza de visión, excelente prosa y, lo que es más raro en las letras latinas, sentido del movimiento, que es tener sentido de la vida misma."

—En aquellos días —sigue diciendo Delfino— andábamos cotidianamente con un libro de cuentos en el bolsillo (¡qué cómodos los volúmenes de la Colección Universal de tapas amarillas!), pero llegado el momento de hablar o de entregar a una revista de aquel tiempo un original, sólo aparecían los versos o el poema en prosa. La crítica de vanguardia había decretado la muerte de la novela y buscaba la fórmula del relato nuevo. El grupo de Boedo contaba con un equipo de narradores (L. Barletta, N. Olivari y tantos otros) en cuyas narraciones aparecían mezclados el naturalismo crudo y la intención social. Se habían propuesto poner el arte al servicio de la revolución, mientras que los de Florida sólo pensábamos en revolucionar el arte. Dos libros significativos surgidos en nuestro medio modificaron nuestro gesto público ante la narrativa. Fueron *Los cuentos para una inglesa desesperada* y *Don Segundo Sombra*.

—¿No ha intentado nunca una novela?

—No, porque pienso, imagino en función de cuento.

—¿Qué nos puede decir de la reacción del público ante la cuentística?

—Mire, se produce un fenómeno muy extraño. El cuento es el más desamparado de los géneros. Nuestro país, por ejemplo, que ya tiene un público para poesía y un público para novela, recién ha comenzado a gestar un público para cuentos. Hay una convicción colectiva de que el cuento es una manifestación menor de la novela, es decir, la gente no cree que el cuento sea importante. Sin embargo, el cuento ha cumplido funciones importantísimas en la historia de la humanidad. Fíjese usted, ¿para qué cuenta Scherezada? Para evitar su propia muerte. ¿Para qué cuenta Jesucristo? Para evitar la muerte de los demás.

Nos quedamos un momento en silencio. Desde una fotografía nos mira, "sobrador", un viejo paisano de los pagos de Areco, llamado Segundo Ramírez Sombra.

—¿Cree usted que en el cuento cabe una dilucidación de fondo y forma?

—No, el cuentista, sin postergar sus maneras estilísticas en ningún caso, sirve a la expresión de la anécdota con la palabra justa, necesaria e irremplazable, casi como si fuera el alma de la anécdota, su elemento más entrañable. Cuando esto no ocurre, estamos ante un hecho de oficio y no de creación.

—¿Cree en la adultez de la cuentística argentina?

—Oh, sí, y creo que un cuentista argentino actual puede decir que pertenece a muy buena familia, porque trae en su sangre una antigua estirpe de narradores juglares, como podemos llamar a los gauchos, y en sus formas más cultas los inolvidable nombres de Roberto J. Payró, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Benito Lynch, R. Arlt y muchos más.

—¿Qué opina del género policial en nuestro medio?

—Creo que puede existir sin sometimientos ni imitaciones, y sin que el autor trate de aprovechar los sobreentendidos impuestos en otros ambientes. Debe utilizarse a Buenos Aires no sólo como escenario, sino como atmósfera. Como toda gran ciudad, Buenos Aires resulta convincente. Creo que debe usarse palabras nuestras, porque siempre los hombres hablan el idioma de su tierra, fuman según la costumbre adquirida a la edad temprana, desayunan de acuerdo con los gustos locales, tienen, en cierta medida, la psicología de lo que beben. No basta la trama. El problema puede corresponder a un ingenio chino, la solución puede parecer el fruto de una inteligencia británica. Uno y otro son valores comunes a la humanidad. Mas la campanilla del teléfono que suena en la habitación donde está el muerto alrededor del cual girará toda la historia, vibra con una soledad distinta en Buenos Aires que en Santiago de Chile. Quienes intenten el género policial entre nosotros, deberán conocer los grandes maestros del género, pero también deberán conocer la calle en que viven.

Le hablamos de la gente joven de nuestro país. No le preguntamos si le interesa el tema porque ya conocemos su reacción de intensa simpatía ante los escritores jóvenes. Delfino, al revés de otros escritores, no nos teme, por eso nos trata con gran afabilidad, aunque cuando es preciso "retarnos" por algo lo hace sin demora, como cuando publicó en la revista "Adán", en 1948, aquel tirón de orejas a los cuentistas jóvenes, demasiado asépticos, demasiado intelectualizados, aquel artículo que tituló: "Milonga, carreras y fútbol en donde detrás de la risueña superficie hay un hondo llamado al conocimiento entrañable de la ciudad y los hombres".

—Delfino, una última pregunta.

—Sí, ¿cuál?

—¿Cuánto tarda generalmente para escribir un cuento?

—Dos horas. Lezama, dos horas y cuarenta años.

Y lo dejamos agrediendo con una lapicera el inviolable bronce del tintero patricio del pariente chileno, ese José Toribio Medina a quien pensamos un poco personaje de cuento y de cuento de *Fin de Siglo*. ❖

Hugo Ezequiel Lezama.

Obras de Augusto Mario Delfino

Márgara que venía de la lluvia, *Cuentos de Nochebuena*, *Fin de Siglo*.

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Discurso de su Santidad Pío XII en la Canonización de San Pío X

(29 de mayo de 1954)

ESTA hora de espléndido triunfo, que Dios, exaltador de los humildes, ha preparado y como adelantado, para sellar la ascensión maravillosa de su fiel siervo Pío X a la gloria suprema de los altares, colma nuestra alma de gozo, del cual, venerables Hermanos y amados hijos, participáis vosotros tan abundantemente con vuestra presencia. Damos, pues, fervientes gracias a la divina bondad por habernos concedido el vivir este acontecimiento extraordinario; tanto más, cuanto que, por vez primera quizá en la historia de la Iglesia, la formal canonización de un Papa, es proclamada por quien tuvo en otro tiempo el privilegio de estar a su servicio en la Curia Romana.

Fausto y memorable es este día no sólo para Nos, que lo contamos entre los más felices de nuestro Pontificado, a quien por otra parte la Providencia había reservado tantos dolores y preocupaciones, sino también para la Iglesia entera, que, reunida espiritualmente en torno a Nos, exulta al unísono con una intensa emoción religiosa.

El nombre tan querido de Pío X atraviesa, en este radiante atardecer, de un extremo al otro toda la tierra, pronunciado con los acentos más diversos y despertando por doquier pensamientos de celestial bondad, fuertes impulsos de fe, de pureza, de piedad eucarística, y resuena como testimonio perenne de la presencia fecunda de Cristo en su Iglesia. Con generosa recompensa, al exaltar a su siervo, Dios atestigua la santidad eminente por la cual, más aún que por su cargo supremo, Pío X fué durante su vida el campeón ilustre de la Iglesia y, por lo mismo, es hoy el Santo dado por la Providencia a nuestra época.

Por eso deseamos que contempléis precisamente desde este punto de vista la gigantesca y dulce figura del Santo Pontífice, para que, cuando las sombras de la noche hayan caído sobre esta jornada memorable y se hayan apagado las voces del inmenso hosanna, el rito solemne de su canonización permanezca como una bendición en vuestras almas y como prenda de salvación para el mundo.

1. El programa de su Pontificado lo anunció él mismo solemnemente con su primera Encíclica (*E Supremi* del 4 de octubre 1903), en la que declaraba ser su único propósito *instaurare omnia in Christo* (Efesios 1, 10), es decir, recapitular, volver a llevar todo a la unidad en Cristo. Pero ¿cuál es el camino que nos franquea el acceso a Jesucristo?, se preguntaba él, mirando con amor a las almas descarriadas y vacilantes de su tiempo. La respuesta, válida ayer como hoy y en los siglos venideros, es: ¡la Iglesia! Por eso su primera solicitud, mantenida sin cesar hasta la muerte, fué el hacer que la Iglesia fuese en concreto cada vez más apta y más dispuesta para llevar a los hombres hacia Jesucristo. A este fin concibió la atrevida empresa de renovar el cuerpo de las leyes eclesiásticas, para conferir así al entero organismo de la Iglesia un funcionamiento más regular y mayor seguridad y agilidad de movimientos, según lo requería nuestro mundo externo, lanzado hacia un dinamismo y una complejidad cada día mayores. Es muy cierto que esta empresa, definida por él mismo *arduum sane munus*, estaba en consonancia con su sentido eminentemente práctico y con su carácter vigoroso; con todo, no parece que la sola consideración de su temperamento pueda dar la explicación última de la difícil empresa. La fuente profunda de la obra legislativa de Pío X hay que buscarla, sobre todo, en su santidad personal, en aquella persuasión íntima que la realidad de Dios, por él sentida en una incesante comunión de vida, es el origen y la base de todo orden, de toda justicia, de todo derecho en el mundo. Donde está Dios, allí reina el orden, la justicia y el derecho y viceversa, todo orden justo, tutelado por el derecho, manifiesta la presencia de Dios.

Ahora bien ¿qué institución en la tierra debía manifestar más eminentemente esta fecunda relación entre Dios y el derecho, que la Iglesia, cuerpo místico del mismo Cristo? Dios bendijo copiosamente la obra del santo Pontífice, de modo que el Código de derecho canónico continuará siendo siempre el gran monumento de su Pontificado y a él se le podrá considerar como al Santo providencial del tiempo presente.

¡Ojalá que este espíritu de justicia y de derecho, del que fué Pío X, para el mundo contemporáneo, testigo y modelo, penetre en las salas de las conferencias de los Estados, donde se discuten problemas gravísimos de la familia humana, en particular el modo de desterrar para siempre el temor de espantosos cataclismos y de asegurar a los pueblos una era duradera y feliz de tranquilidad y de paz!

2. Pío X se reveló también campeón invicto de la Iglesia y Santo providencial de nuestros tiempos en la segunda empresa que caracterizó su obra y que, por sus episodios a veces dramáticos, se asemejó a una lucha entablada por un gigante en defensa de un tesoro inestimable: la unidad interior de la Iglesia en su fundamento íntimo: la fe. Ya desde la niñez, la Providencia divina había preparado a su elegido en una humilde familia, fundada sobre la autoridad, las sanas costumbres y la fe misma escrupulosamente vivida. Sin duda, cualquier otro Pontífice, en virtud de la gracia de estado, habría combatido y rechazado aquellos asaltos lanzados contra el fundamento de la Iglesia. Con todo, hay que reconocer que la lucidez y firmeza con que Pío X dirigió la lucha victoriosa contra los errores del *modernismo* atestiguan en qué grado ardía en su corazón de Santo la virtud de la fe. Solícito únicamente de que la grey confiada a sus desvelos conservase intacta la herencia de Dios, el gran Pontífice no conoció debilidades ante cualesquiera dignatarios o personas de autoridad, ni titubeos frente a doctrinas falsas, por más que fuesen atrayentes, dentro o fuera de la Iglesia, ni temor alguno de procurarse ofensas contra su persona o injusto desconocimiento de la pureza de sus intenciones. Tuvo clara conciencia de que luchaba por la más santa de las causas, la causa de Dios y de las almas. Literalmente se verificaron en él las palabras del Señor a San Pedro: "Yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca y tú... confirma a tus hermanos" (*Lucas* 22, 32). La promesa y el mandato de Cristo suscitaron una vez más en la roca indefectible de un Vicario suyo el temple indómito del atleta. Es justo que la Iglesia, al decretarle hoy la gloria suprema, en el mismo lugar donde desde hace siglos resplandece sin ofuscarse nunca la de San Pedro, uniendo a ambos en una misma apoteosis, entone a Pío X un canto de reconocimiento e invoque al mismo tiempo su intercesión, para que aleje de ella otras batallas semejantes. La conservación de la unión íntima entre la fe y la ciencia, que fué en rigor la cuestión entonces debatida, es un bien tan grande para la humanidad entera, que también la importancia de esta segunda grande empresa del santo Pontífice va mucho más allá del mundo católico.

Doctrina, cual la del *modernismo*, que separa, oponiéndolas la fe la ciencia en su origen y en su objeto, opera en estos dos campos vitales una escisión tan deletérea, "que poco más es muerte". Se han visto prácticamente sus efectos: en el siglo que corre, el hombre, dividido en lo profundo de su ser, y sin embargo ilusionado aún con poseer su unidad por una frágil apariencia de armonía y felicidad, basadas en un progreso puramente terreno, ha visto quebrarse esta unidad bajo el peso de una realidad bien diversa.

Pío X con mirada escrutadora vió el aproximarse de esta catástrofe espiritual del mundo moderno, esta amarga decepción especialmente en los ambientes cultos. Intuyó que una fe aparente, es decir, una fe que no se funde en la revelación divina, sino que arraigue en un terreno puramente humano, para muchos se disolvería en ateísmo. Entrevió igualmente el destino fatal de una ciencia, que, contra la naturaleza y con voluntaria limitación, se cerraba el paso hacia la Verdad y el Bien absolutos, dejando así al hombre sin Dios, frente a la oscuridad invencible en que yacería para él todo ser, solamente una posición de angustia o de arrogancia.

El Santo contrapuso a tanto mal la única posible y verdadera salvación: la verdad católica, bíblica, de la fe, aceptada como *"rationabile obsequium"* (*Romanos* 12, 1) hacia Dios y su revelación. Coordinando de tal manera fe y ciencia, aquélla, como sobrenatural extensión y confirmación de ésta, y ésta como camino que lleva a la primera, restituyó al cristiano la unidad y la paz del espíritu, que son premisas imprescriptibles de vida.

Si hoy muchos, volviendo de nuevo los ojos a esta verdad, casi empujados por el vacío y por la angustia de su abandono, tienen la suerte de poderla encontrar firmemente poseída por la Iglesia, deben agradecerlo a la mirada previsora de Pío X. Por haber preservado la verdad pura de todo error,

él se ha hecho benemérito tanto para con los que gozan de esa verdad a plena luz, es decir, los creyentes, cuanto para con los que la buscan sinceramente. A los demás su firmeza contra el error puede tal vez que sea aún como piedra de escándalo; en realidad no es otra cosa que un supremo servicio de caridad, hecho por un Santo, como Jefe de la Iglesia, a la humanidad entera.

3. La santidad, que se revela como fuente de inspiración y guía de las empresas de Pío X ya recordadas, brilla aún más directamente en los hechos cotidianos de su misma persona. Él actuó en sí mismo, antes que en los otros, el citado programa: recapitular y llevar todo a la unidad en Cristo. Como humilde párroco, como Obispo y como Sumo Pontífice, estimó que la santidad a que Dios le destinaba era la santidad sacerdotal. ¿Qué otra santidad puede ser más agradable a Dios en un sacerdote de la Ley Nueva, que aquella que conviene a un representante del Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo, el cual dejó a la Iglesia, como perenne recuerdo, la perpetua renovación del sacrificio de la Cruz en la Santa Misa, hasta el día en que venga para el juicio final (1 *Corintios* 11, 24-26); y que con este Sacramento de la Eucaristía se dió a Sí mismo como alimento de las almas: "quien come este pan, vivirá eternamente"? Io. 6, 59).

Sacerdote ante todo en el ministerio eucarístico, he aquí el retrato más fiel del santo Pío X. En el servir como sacerdote al misterio de la Eucaristía y en el cumplir el precepto del Señor "Haced esto en memoria mía" (*Lucas* 22, 19), se compendia su vida toda. Desde el día de su ordenación sacerdotal hasta su muerte como Pontífice, no conoció otro camino posible para llegar al amor heroico de Dios y a la generosa correspondencia con el Redentor del mundo el cual por medio de la Eucaristía "derramó las riquezas de su divino amor hacia los hombres" (*Concilio Tridentino* sess. XIII, cap. 2). Una de las manifestaciones más expresivas de su conciencia sacerdotal fué su ardiente solicitud por renovar la dignidad del culto y especialmente por vencer los prejuicios de una práctica desviada. Promovió resueltamente la frecuencia, aun diaria, de los fieles a la mesa del Señor y condujo a ella, sin vacilar, a los niños como en brazos para ofrecerlos al abrazo del Dios escondido en los altares. Brotó así una nueva primavera de vida eucarística para la Esposa de Cristo.

En la profunda visión que poseía de la Iglesia como sociedad, Pío X conoció el poder que tiene la Eucaristía para alimentar sustancialmente su vida íntima y para elevarla por encima de cualquier otra asociación humana. Sólo la Eucaristía, en la cual Dios se da al hombre, puede fundar una vida social digna de sus miembros, cimentada antes en el amor que en la autoridad, rica en obras y enderezada al perfeccionamiento de los individuos; en una palabra, una vida "escondida con Cristo en Dios".

¡Ejemplo providencial para el mundo de hoy, en el que la sociedad terrena, que se está convirtiendo cada día más en una especie de enigma para sí misma, busca con ansia una solución sobre cómo volverse a dar un alma! Que ese mundo tome por modelo a la Iglesia reunida en torno a sus altares. Allí, en el misterio eucarístico, el hombre descubre y reconoce realmente su pasado, su presente y su porvenir, como unidad en Cristo (ver *Concilio Tridentino* 1. c.). Consciente de esta solidaridad con Cristo y con sus hermanos y fortalecido por ella, cada uno de los miembros de entrambas sociedades, la terrena y la sobrenatural, estará en condiciones de recibir del altar la vida interior de dignidad y valor personal, vida que al presente está a punto de ser arrollada por la tecnificación y por la organización excesiva de toda la existencia, tanto del trabajo como también del descanso. Sólo en la Iglesia, parece repetir el santo Pontífice, y por la Iglesia en la Eucaristía, que es "vida escondida con Cristo en Dios", se encuentra el secreto y la fuente de renovación de la vida social.

De aquí se sigue la grave responsabilidad de aquellos a quienes, como a ministros del altar, compete el deber de abrir a las almas el manantial salvífico de la Eucaristía. Multiforme es ciertamente la acción que puede desarrollar un sacerdote para salvar el mundo moderno; pero existe una, sin duda la más digna, la más eficaz, la más duradera en sus efectos: hacerse distribuidor de la Eucaristía, una vez que él mismo se ha nutrido abundantemente de ella. Su obra no sería sacerdotal, si él mismo, aun llevado por el celo de las almas, pusiese en segundo lugar su vocación eucarística. Conformen, pues, los sacerdotes su mente a la inspirada sabiduría de Pío X y orienten confiadamente hacia el sol eucarístico toda su actividad de vida y de apostolado. Igualmente, los religiosos que viven con Jesucristo bajo el mismo techo y que se alimentan diariamente con su carne, tengan como segura norma lo que el santo Pontífice declaró en ocasión importante, a saber, que los vínculos que los unen a Dios por medio de los votos religiosos no deben posponerse a ningún otro servicio, por más legítimo que sea, en provecho del prójimo (*Ep. ad Gabrielem M., Antist. Gen. Fr. a Scholis Christ;* 23 Apr. 1905, *Pii X P. M. Act.*, v. II pág. 87-88).

El alma debe ahondar sus raíces en la Eucaristía, para extraer de ella la savia de la vida interior, la cual no es sólo un bien fundamental de los corazones consagrados al Señor, sino una necesidad de todo cristiano, a quien Dios llama a la salud eterna. Sin la vida interior, cualquier actividad por más preciosa que sea, se degrada a la categoría de acción casi mecánica, ni puede tener tampoco la eficacia propia de una operación vital.

Eucaristía y vida interior; he ahí la predicación suprema y más general que Pío X dirige en la hora presente a todas las almas desde la altura de la gloria. Como apóstol de la vida interior, él se sitúa en la era de la máquina, de la técnica y de la organización, como el Santo y el guía de los hombres de hoy.

Sí, oh Santo Pío X, gloria del sacerdocio, esplendor y ornamento del pueblo cristiano; tú, en quien la humildad parecía hermanarse con la grandeza, la austeridad con a mansedumbre, la sencilla piedad con la profunda doctrina; tú, oh Pontífice de la Eucaristía y del Catecismo, de la fe íntegra y de la impávida entereza; vuelve tu mirada hacia la Iglesia Santa, a quien tanto amaste y a la que consagraste lo mejor de los tesoros que con mano pródiga depositara en tu alma la divina Bondad; obtiene para ella la incolumidad y la constancia, en medio de las dificultades y persecuciones de nuestros tiempos; sostén esta pobre humanidad, de cuyos dolores tanto participaste y que acabaron por detener las palpitaciones de tu gran corazón; haz que en este mundo agitado triunfe aquella paz, que debe ser armonía entre las naciones, acuerdo fraterno y sincera colaboración entre las clases sociales, amor y caridad entre los hombres, a fin de que, de esta suerte, los anhelos que agotaron tu vida apostólica, lleguen a ser, gracias a tu intercesión, una feliz realidad, a gloria de nuestro Señor Jesucristo, que con el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. ¡Así sea!

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Discurso de su Santidad Pío XII en la Canonización de San Pío X

(29 de mayo de 1954)

ESTA hora de espléndido triunfo, que Dios, exaltador de los humildes, ha preparado y como adelanto, para sellar la ascensión maravillosa de su fiel siervo Pío X a la gloria suprema de los altares, colma nuestra alma de gozo, del cual, venerables Hermanos y amados hijos, participáis vosotros tan abundantemente con vuestra presencia. Damos, pues, fervientes gracias a la divina bondad por habernos concedido el vivir este acontecimiento extraordinario; tanto más, cuanto que, por vez primera quizá en la historia de la Iglesia, la formal canonización de un Papa, es proclamada por quien tuvo en otro tiempo el privilegio de estar a su servicio en la Curia Romana.

Fausto y memorable es este día no sólo para Nos, que lo contamos entre los más felices de nuestro Pontificado, a quien por otra parte la Providencia había reservado tantos dolores y preocupaciones, sino también para la Iglesia entera, que, reunida espiritualmente en torno a Nos, exulta al unísono con una intensa emoción religiosa.

El nombre tan querido de Pío X atraviesa, en este radiante atardecer, de un extremo al otro toda la tierra, pronunciado con los acentos más diversos y despertando por doquier pensamientos de celestial bondad, fuertes impulsos de fe, de pureza, de piedad eucarística, y resuena como testimonio perenne de la presencia fecunda de Cristo en su Iglesia. Con generosa recompensa, al exaltar a su siervo, Dios atestigua la santidad eminente por la cual, más aún que por su cargo supremo, Pío X fué durante su vida el campeón ilustre de la Iglesia y, por lo mismo, es hoy el Santo dado por la Providencia a nuestra época.

Por eso deseamos que contempléis precisamente desde este punto de vista la gigantesca y dulce figura del Santo Pontífice, para que, cuando las sombras de la noche hayan caído sobre esta jornada memorable y se hayan apagado las voces del inmenso hosanna, el rito solemne de su canonización permanezca como una bendición en vuestras almas y como prenda de salvación para el mundo.

1. El programa de su Pontificado lo anunció él mismo solemnemente con su primera Encíclica (*E Supremi* del 4 de octubre 1903), en la que declaraba ser su único propósito *instaurare omnia in Christo* (Efesios 1, 10), es decir, recapitular, volver a llevar todo a la unidad en Cristo. Pero ¿cuál es el camino que nos franquea el acceso a Jesucristo?, se preguntaba él, mirando con amor a las almas descarriadas y vacilantes de su tiempo. La respuesta, válida ayer como hoy y en los siglos venideros, es: ¡la Iglesia! Por eso su primera solicitud, mantenida sin cesar hasta la muerte, fué el hacer que la Iglesia fuese en concreto cada vez más apta y más dispuesta para llevar a los hombres hacia Jesucristo. A este fin concibió la atrevida empresa de renovar el cuerpo de las leyes eclesiásticas, para conferir así al entero organismo de la Iglesia un funcionamiento más regular y mayor seguridad y agilidad de movimientos, según lo requería nuestro mundo externo, lanzado hacia un dinamismo y una complejidad cada día mayores. Es muy cierto que esta empresa, definida por él mismo *arduum sane munus*, estaba en consonancia con su sentido eminentemente práctico y con su carácter vigoroso; con todo, no parece que la sola consideración de su temperamento pueda dar la explicación última de la difícil empresa. La fuente profunda de la obra legislativa de Pío X hay que buscarla, sobre todo, en su santidad personal, en aquella persuasión íntima que la realidad de Dios, por él sentida en una incesante comunión de vida, es el origen y la base de todo orden, de toda justicia, de todo derecho en el mundo. Donde está Dios, allí reina el orden, la justicia y el derecho y viceversa, todo orden justo, tutelado por el derecho, manifiesta la presencia de Dios.

Ahora bien ¿qué institución en la tierra debía manifestar más eminentemente esta fecunda relación entre Dios y el derecho, que la Iglesia, cuerpo místico del mismo Cristo? Dios bendijo copiosamente la obra del santo Pontífice, de modo que el Código de derecho canónico continuará siendo siempre el gran monumento de su Pontificado y a él se le podrá considerar como al Santo providencial del tiempo presente.

¡Ojalá que este espíritu de justicia y de derecho, del que fué Pío X, para el mundo contemporáneo, testigo y modelo, penetre en las salas de las conferencias de los Estados, donde se discuten problemas gravísimos de la familia humana, en particular el modo de desterrar para siempre el temor de espantosos cataclismos y de asegurar a los pueblos una era duradera y feliz de tranquilidad y de paz!

2. Pío X se reveló también campeón invicto de la Iglesia y Santo providencial de nuestros tiempos en la segunda empresa que caracterizó su obra y que, por sus episodios a veces dramáticos, se asemejó a una lucha entablada por un gigante en defensa de un tesoro inestimable: la unidad interior de la Iglesia en su fundamento íntimo: la fe. Ya desde la niñez, la Providencia divina había preparado a su elegido en una humilde familia, fundada sobre la autoridad, las sanas costumbres y la fe misma escrupulosamente vivida. Sin duda, cualquier otro Pontífice, en virtud de la gracia de estado, habría combatido y rechazado aquellos asaltos lanzados contra el fundamento de la Iglesia. Con todo, hay que reconocer que la lucidez y firmeza con que Pío X dirigió la lucha victoriosa contra los errores del *modernismo* atestiguan en qué grado ardía en su corazón de Santo la virtud de la fe. Solícito únicamente de que la grey confiada a sus desvelos conservase intacta la herencia de Dios, el gran Pontífice no conoció debilidades ante cualesquiera dignatarios o personas de autoridad, ni titubeos frente a doctrinas falsas, por más que fuesen atrayentes, dentro o fuera de la Iglesia, ni temor alguno de procurarse ofensas contra su persona o injusto desconocimiento de la pureza de sus intenciones. Tuvo clara conciencia de que luchaba por la más santa de las causas, la causa de Dios y de las almas. Literalmente se verificaron en él las palabras del Señor a San Pedro: "Yo he rogado por tí, a fin de que tu fe no perezca y tú... confirma a tus hermanos" (*Lucas* 22, 32). La promesa y el mandato de Cristo suscitaron una vez más en la roca indefectible de un Vicario suyo el temple indómito del atleta. Es justo que la Iglesia, al decretarle hoy la gloria suprema, en el mismo lugar donde desde hace siglos resplandece sin ofuscarse nunca la de San Pedro, uniendo a ambos en una misma apoteosis, entone a Pío X un canto de reconocimiento e invoque al mismo tiempo su intercesión, para que aleje de ella otras batallas semejantes. La conservación de la unión íntima entre la fe y la ciencia, que fué en rigor la cuestión entonces debatida, es un bien tan grande para la humanidad entera, que también la importancia de esta segunda grande empresa del santo Pontífice va mucho más allá del mundo católico.

Doctrina, cual la del *modernismo*, que separa, oponiéndolas la fe la ciencia en su origen y en su objeto, opera en estos dos campos vitales una escisión tan deletérea, "que poco más es muerte". Se han visto prácticamente sus efectos: en el siglo que corre, el hombre, dividido en lo profundo de su ser, y sin embargo ilusionado aún con poseer su unidad por una frágil apariencia de armonía y felicidad, basadas en un progreso puramente terreno, ha visto quebrarse esta unidad bajo el peso de una realidad bien diversa.

Pío X con mirada escrutadora vió el aproximarse de esta catástrofe espiritual del mundo moderno, esta amarga decepción especialmente en los ambientes cultos. Intuyó que una fe aparente, es decir, una fe que no se funde en la revelación divina, sino que arraigue en un terreno puramente humano, para muchos se disolvería en ateísmo. Entrevió igualmente el destino fatal de una ciencia, que, contra la naturaleza y con voluntaria limitación, se cerraba el paso hacia la Verdad y el Bien absolutos, dejando así al hombre sin Dios, frente a la oscuridad invencible en que yacería para él todo ser, solamente una posición de angustia o de arrogancia.

El Santo contrapuso a tanto mal la única posible y verdadera salvación: la verdad católica, bíblica, de la fe, aceptada como *"rationabile obsequium"* (*Romanos* 12, 1) hacia Dios y su revelación. Coordinando de tal manera fe y ciencia, aquélla, como sobrenatural extensión y confirmación de ésta, y ésta como camino que lleva a la primera, restituyó al cristiano la unidad y la paz del espíritu, que son premisas imprescriptibles de vida.

Si hoy muchos, volviendo de nuevo los ojos a esta verdad, casi empujados por el vacío y por la angustia de su abandono, tienen la suerte de poderla encontrar firmemente poseída por la Iglesia, deben agradecerlo a la mirada previsora de Pío X. Por haber preservado la verdad pura de todo error,

él se ha hecho benemérito tanto para con los que gozan de esa verdad a plena luz, es decir, los creyentes, cuanto para con los que la buscan sinceramente. A los demás su firmeza contra el error puede tal vez que sea aún como piedra de escándalo; en realidad no es otra cosa que un supremo servicio de caridad, hecho por un Santo, como Jefe de la Iglesia, a la humanidad entera.

3. La santidad, que se revela como fuente de inspiración y guía de las empresas de Pío X ya recordadas, brilla aún más directamente en los hechos cotidianos de su misma persona. Él actuó en sí mismo, antes que en los otros, el citado programa: recapitular y llevar todo a la unidad en Cristo. Como humilde párroco, como Obispo y como Sumo Pontífice, estimó que la santidad a que Dios le destinaba era la santidad sacerdotal. ¿Qué otra santidad puede ser más agradable a Dios en un sacerdote de la Ley Nueva, que aquella que conviene a un representante del Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo, el cual dejó a la Iglesia, como perenne recuerdo, la perpetua renovación del sacrificio de la Cruz en la Santa Misa, hasta el día en que venga para el juicio final (1 *Corintios* 11, 24-26); y que con este Sacramento de la Eucaristía se dió a Sí mismo como alimento de las almas: "quien come este pan, vivirá eternamente"? Io. 6, 59).

Sacerdote ante todo en el ministerio eucarístico, he aquí el retrato más fiel del santo Pío X. En el servir como sacerdote al misterio de la Eucaristía y en el cumplir el precepto del Señor "Haced esto en memoria mía" (*Lucas* 22, 19), se compendia su vida toda. Desde el día de su ordenación sacerdotal hasta su muerte como Pontífice, no conoció otro camino posible para llegar al amor heroico de Dios y a la generosa correspondencia con el Redentor del mundo el cual por medio de la Eucaristía "derramó las riquezas de su divino amor hacia los hombres" (*Concilio Tridentino* sess. XIII, cap. 2). Una de las manifestaciones más expresivas de su conciencia sacerdotal fué su ardiente solicitud por renovar la dignidad del culto y especialmente por vencer los prejuicios de una práctica desviada. Promovió resueltamente la frecuencia, aun diaria, de los fieles a la mesa del Señor y condujo a ella, sin vacilar, a los niños como en brazos para ofrecerlos al abrazo del Dios escondido en los altares. Brotó así una nueva primavera de vida eucarística para la Esposa de Cristo.

En la profunda visión que poseía de la Iglesia como sociedad, Pío X conoció el poder que tiene la Eucaristía para alimentar sustancialmente su vida íntima y para elevarla por encima de cualquier otra asociación humana. Sólo la Eucaristía, en la cual Dios se da al hombre, puede fundar una vida social digna de sus miembros, cimentada antes en el amor que en la autoridad, rica en obras y enderezada al perfeccionamiento de los individuos; en una palabra, una vida "escondida con Cristo en Dios".

¡Ejemplo providencial para el mundo de hoy, en el que la sociedad terrena, que se está convirtiendo cada día más en una especie de enigma para sí misma, busca con ansia una solución sobre cómo volverse a dar un alma! Que ese mundo tome por modelo a la Iglesia reunida en torno a sus altares. Allí, en el misterio eucarístico, el hombre descubre y reconoce realmente su pasado, su presente y su porvenir, como unidad en Cristo (ver *Concilio Tridentino* l. c.). Consciente de esta solidaridad con Cristo y con sus hermanos y fortalecido por ella, cada uno de los miembros de entrambas sociedades, la terrena y la sobrenatural, estará en condiciones de recibir del altar la vida interior de dignidad y valor personal, vida que al presente está a punto de ser arrollada por la tecnificación y por la organización excesiva de toda la existencia, tanto del trabajo como también del descanso. Sólo en la Iglesia, parece repetir el santo Pontífice, y por la Iglesia en la Eucaristía, que es "vida escondida con Cristo en Dios", se encuentra el secreto y la fuente de renovación de la vida social.

De aquí se sigue la grave responsabilidad de aquellos a quienes, como a ministros del altar, compete el deber de abrir a las almas el manantial salvífico de la Eucaristía. Multiforme es ciertamente la acción que puede desarrollar un sacerdote para salvar el mundo moderno; pero existe una, sin duda la más digna, la más eficaz, la más duradera en sus efectos: hacerse distribuidor de la Eucaristía, una vez que él mismo se ha nutrido abundantemente de ella. Su obra no sería sacerdotal, si él mismo, aun llevado por el celo de las almas, pusiese en segundo lugar su vocación eucarística. Conformen, pues, los sacerdotes su mente a la inspirada sabiduría de Pío X y orienten confiadamente hacia el sol eucarístico toda su actividad de vida y de apostolado. Igualmente, los religiosos, que viven con Jesucristo bajo el mismo techo y que se alimentan diariamente con su carne, tengan como segura norma lo que el santo Pontífice declaró en ocasión importante, a saber, que los vínculos que los unen a Dios por medio de los votos religiosos no deben posponerse a ningún otro servicio, por más legítimo que sea, en provecho del prójimo (*Ep. ad Gabrielem M., Antist. Gen. Fr. a Scholis Christ;* 23 Apr. 1905, *Pii X P. M. Act.*, v. II pág. 87-88).

El alma debe ahondar sus raíces en la Eucaristía, para extraer de ella la savia de la vida interior, la cual no es sólo un bien fundamental de los corazones consagrados al Señor, sino una necesidad de todo cristiano, a quien Dios llama a la salud eterna. Sin la vida interior, cualquier actividad por más preciosa que sea, se degrada a la categoría de acción casi mecánica, ni puede tener tampoco la eficacia propia de una operación vital.

Eucaristía y vida interior; he ahí la predicación suprema y más general que Pío X dirige en la hora presente a todas las almas desde la altura de la gloria. Como apóstol de la vida interior, él se sitúa en la era de la máquina, de la técnica y de la organización, como el Santo y el guía de los hombres de hoy.

Sí, oh Santo Pío X, gloria del sacerdocio, esplendor y ornamento del pueblo cristiano; tú, en quien la humildad parecía hermanarse con la grandeza, la austeridad con la mansedumbre, la sencilla piedad con la profunda doctrina; tú, oh Pontífice de la Eucaristía y del Catecismo, de la fe íntegra y de la impávida entereza; vuelve tu mirada hacia la Iglesia Santa, a quien tanto amaste y a la que consagraste lo mejor de los tesoros que con mano pródiga depositara en tu alma la divina Bondad; obtiene para ella la incolumidad y la constancia, en medio de las dificultades y persecuciones de nuestros tiempos; sostén esta pobre humanidad, de cuyos dolores tanto participaste y que acabaron por detener las palpitaciones de tu gran corazón; haz que en este mundo agitado triunfe aquella paz, que debe ser armonía entre las naciones, acuerdo fraterno y sincera colaboración entre las clases sociales, amor y caridad entre los hombres, a fin de que, de esta suerte, los anhelos que agotaron tu vida apostólica, lleguen a ser, gracias a tu intercesión, una feliz realidad, a gloria de nuestro Señor Jesucristo, que con el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. ¡Así sea!

REFERENCIAS

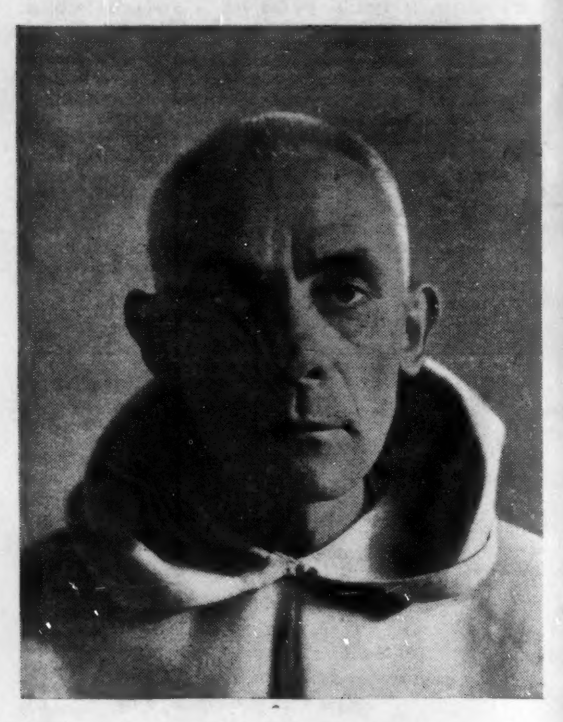
R. P. Couturier († 9 de febrero de 1954)

HACE algunos días llegó a nuestra mesa el número marzo-abril de *L'Art Sacré*, cuyas primeras páginas están destinadas a dar un primer esbozo de la personalidad de quien fuera su co-director hasta el día de su muerte. El P. Couturier, pintor amigo de pintores, contemporáneo amigo de lo contemporáneo, amigo del arte pero más amigo de Dios, entregó su alma al Señor el 9 de febrero último. En "The Pillar of Fire", Karl Stern lo describe así:

"Era muy alto y delgado; tenía la cabeza pequeña, mejillas sumidas y grandes ojos vivacísimos, de color gris-azulado. Su pelo, cortado casi al rape, era gris. Sus manos eran grandes y expresivas; las movía lentamente o las escondía dentro de sus amplias mangas blancas".

En el número que acabamos de recibir, Jean Bazaine agrega:

"Todos los que lo juzgaban un poco a la ligera, porque volvían a encontrar a veces su alta figura ascética en *vernissages* y reuniones, esos, no sabían que era el más pobre, el más desposeído de los monjes, el más implacable consigo mismo".



El Padre Couturier, 1949.

En las mismas páginas, Braque, Léger, Le Corbusier, y otros, añaden el testimonio de su conmovida admiración. Porque no era tan sólo un sacerdote que se ocupó del arte sino que su preocupación última consistió en rescatar las almas por el arte, mostrándoles que el arte, el más alto, le pertenece a Dios. Todo arte es religioso. Pero arte es únicamente el verdadero, el extremo, solitario, supremo, éstremecido relámpago que deslumbra la forma hereditaria, siempre única y siempre transformada, en que se aposenta. El arte es testimonial, su esencia anterior, su dimensión superior a todo lo que toma. No hay arte en sí, no hay arte sin una resonancia humana, y cuanto más grande es, más capaz es de perdurar conmoviéndonos. No importa que esa emoción nos lleve a la calma. La emoción calma del arte... he ahí su característica más intensa, más verdaderamente humana, más próxima a la felicidad, ese perfecto y eterno estado de Dios. Todo arte es religioso. El arte de todo artista auténtico lo es. De ahí que el P. Couturier acudiera a Matisse, a Braque, a Léger, a Bazaine, a todo aquél que a su juicio era verdadera, auténticamente, un artista. "El sentimiento religioso —dijo con otras palabras alguna vez— está hoy en nuestros artistas que no lo son". Si atendemos al doble sonido íntimo de esa sola palabra, religioso —religiosos—, deberemos decir que siempre ha sido así en los últimos tiempos. El arte es siempre religioso; siempre, pues, el sentido religioso ha estado en el verdadero artista. Y no tiene porque estarlo en lo que malamente suele llamarse muy a menudo arte religioso, simplemente porque no es arte, y no puede por tanto, en cuanto arte, ser religioso. Para serlo se necesita todo el arte, el arte quizá de un artista que no sabe que lo es, pero que es, hasta sus últimas fibras, un hombre que se quema en su arte, capaz de colocarse todo en él, porque lo siente mayor, aunque no sepa en su oscuro esfuerzo que testimonia a través de enigmas la luz. Cuando se leen las frases que han escrito sus amigos, los pintores ateos, "los duros de largo aliento", como dice en sus líneas testimoniales Le Corbusier, el modo punza una y otra vez. ¿Qué duda cabe de que el sacerdote muerto para el arte —al cual sólo volvió en ocasiones— vivió para la mejor alabanza de Dios, rescatando las almas de los artistas? Las líneas de Stern que antes citábamos, son un fragmento de la escena que decidió el ingreso de su esposa en la Iglesia Católica. Por él, otros habrán encontrado el camino; por el arte, habrán hallado a Dios.



Le Sacré-Coeur, Namur, 1948 (Mural del P. Couturier).

Las iglesias de Assy-Passy y Audincourt, dos realizaciones que han suscitado la querella del arte sagrado, una disputa que ha tocado al mundo entero: he ahí lo más conocido de sus obras. Esta magnífica revista que es *L'Art Sacré*: he aquí una de sus iniciativas que rendirá frutos y que lo ha rendido ya. Pero el P. Couturier era también un pintor, y aun un buen pintor; héte aquí el fundamento só-

lido de todos sus juicios. No interesa ahora juzgar sus valores como artista; interesa, sí, que sublimó su impulso dirigiéndolo al Hacedor y que fué con los demás lo que nos dice Braque:

"En él todo era amor.

Las trazas profundas que ha dejado avanzado en su propósito y nuestro afecto bastarán para mantener en nosotros este fervor que había esparcido en torno de él".

Exposición del libro católico francés

BAJO los auspicios del *Comité pour le rayonnement Français en Argentine* y con el concurso de los *Servicios culturales de la Embajada de Francia*, el viernes 11 se inauguró (*Priere de présenter cette carte a l'entrée du salon*) la exposición del libro católico francés en el Salón Peuser, de la calle Florida. Una buena lista de libros con cerca de 1.200 volúmenes —no se dice si de distintos títulos— abundantes fotografías de lugares, autores, iglesias y figuras de la Iglesia; catálogos, una monjita anciana vencida por el cansancio, dormitando erguida al borde de un sillón, algunos curas, un capelo prelaticio, un conde de vieja estirpe provenzal, un muchacho con un escudo de la Acción Católica en la solapa, el cronista de Referencias recorriendo casi al trote las mesas con libros —a las 18, inauguración en Florida 750; a las 18.30 en Alsina 840, cita con el Secretario del Consorcio de Médicos Católicos para convenir detalles sobre la distribución de Problemas de Higiene Sexual, que CRITERIO acaba de editar; a las 19, visita de una distinguida escritora argentina, que seguirá sin publicar, y bien que lo lamento, hasta que no diagramemos mejor la revista— al trote, al trote, casi a la carrera, trotando, el cronista ve dos libros que lo detienen en seco: el primero, por lo inesperado del tema filosófico: "El foot-ball", por F. J. J. Buytendijk; el segundo por la inesperada presencia del autor que lo escribió: Bertrand Russell; *Les dernières chances de l'homme*, por Bertrand Russell. ¿Bertrand Russell? Sí, Bertrand Russel. Pero, ¿cómo Bertrand Russell? Bueno, Bertrand Russell; acaso, ¿Pilatos no está en el Credo?

Comunistas, ¿estáis locos?

SI alguien se permite apreciar las obras con un criterio que no sea exactamente el vuestro, se ve puesto de inmediato en la categoría de los intelectuales "flic" o de los filósofos de Saint-Germain-des Près. ¿Es que estáis locos? ¿Es que no habéis aprendido nada? ¿Sacrificaréis una vez más las alianzas a esa morgue imbécil que pretendéis mantener frente a vuestros aliados? ¡Ese soplón de Jean Kanapa... ese cretino... ése, puro cáscara más auténtico de todos los partidos comunistas europeos!... ¡Si yo soy un "flic", vosotros sois unos cretinos!

Indudablemente, Sartre polemista no es el Sartre más desdeñable, y las últimas páginas de la entrega de Marzo de *Les Temps Modernes* dan una idea del ardor de la boca del dragón guardián de la verdad existencialista. Sartre replica con algo más que las frases anteriores a un violento artículo de *L'Humanité*, el órgano comunista francés donde se le acusa —nada menos— que de hacer frente común con *Preuves*, la revista de *Le Congrés pour la Liberté de la Culture*, uno de cuyos presidentes honorarios es Jacques Maritain.

Preuves comenta en el número de Abril donde da la noticia anterior, que es notable que el mismo Sartre tan indeciso, tan desconcertado, tan sin opinión, cuando debe opinar sobre los campos de concentración soviéticos, sobre los procesos donde indefectiblemente cada uno de los acusados hace oír su mea culpa, o sobre el asunto Midszenty, tenga esa lengua llameante y ese aliento de fuego cuando le rozan siquiera con una pluma la más vaga de sus cosas.

MARIO BETANZOS



ARTES PLASTICAS

Leónidas Gambartes

Al tratar de la pintura santafesina, en mi preocupación por hallar un arte que nos comprenda y trascienda en el país que habitamos, dije de Leónidas Gambartes —joven pintor casi desconocido, pero que hoy la Galería Bonino acaba de consagrarlo una importante monografía con textos valorativos de Mujica Láinez, Córdova Iturburu y Roger Pla, y al par exhibir su obra—, palabras que me permito transcribir por cuanto definen ellas al artista.

Estudioso de distintas expresiones —arcaicas, griegas y etruscas, pompeyanas y americanas precolombinas—, Gambartes al inquirir por el mundo que lo circunda penetra en la materia colorística y en la técnica por la cual esa materia hallará su signo estético.

Siento que los argentinos nos encontramos en arte en una pretérita hora europea: aquella en que las formas bizantinas resultaban ya impotentes para contener el universo humano contradictorio y complejo que culminaría siglos después en el Renacimiento. En el taller de Gambartes esta idea adquirió en mí fisonomía precisa. Piénsese que el movimiento de la pintura moderna data en Rosario de pocos lustros, como continuidad razonada. Gambartes, reflexivo y austero en su concepción de la vida y el arte, conoce a cuanto asciende la importancia de la preparación de una tabla, preparación específica de pases sutiles y entrecruzadas pinceladas para el logro de una calidad artística, grata al fresco; o a la transparencia del óleo. Pinta figuras, y con su disciplina intelectual y sensible las colma de vibraciones en las que la pigmentación funda en el cuadro un "clima" y un "tono". El clima lo ofrecen sus figuras de mujeres y niños tristes, gentes opacas y doloridas cuyo vínculo con la tierra es harto visible. Esas figuras se agrupan en ángulo recto, con la llanura o el barranco a su espalda. De raíz tucumana y riojana, no es extraño que el pintor evoque —en la provincia de Santa Fe— costumbres de los antiguos aborígenes guaraníes cuando pinta el "payés" o el "conjuro" de la lluvia o del sapo, haciendo surgir el batracio sobre un fondo selvático, rodeado de cardos floridos, por los que humaniza el animal en su medio natural. Las figuras humanas —mujeres en sus labores o en reposo, junto a típicas casas, o bajo un cielo de nubes en movimiento—, aunan lo lírico a lo dramático. Gambartes trabaja sobre el transfondo anímico del paisaje, sustentado en una severa simplificación geométrica, en una firme estructuración de líneas y una transposición en que lo ancestral busca lo telúrico y lo cósmico, términos superlativos. Su mayor peligro reside en que esas figuras, aparecidos, amuletos y talismanes, pueden convertirse en caricatura o "folklore", estratos que el pintor sabe que urge superar cuando se alude a la plástica. Estimo, no obstante, que la labor de Gambartes —técnica y artística— hace de él un investigador auténtico, que no otro debe ser el artista en este momento mundial en que las escuelas agonizan en el dédalo de refinamientos engañosamente modernos.

Esto escribí en febrero de 1952 en "La Nación"; ahora estamos ante la exposición Gambartes: sus treinta y tres cromos al yeso confirman lo apuntado. Se ven allí pinturas en los que el color vibra con vivo esplendor, mas nunca en exceso brillante, predominando el tono mate. Poéticas presencias, de condición melancólica, como



"Conjuro de la lluvia", cromo al yeso de Leónidas Gambartes.

"soledad", o "Tareas cotidianas", friso bidimensional con figuras que evocan a Diego Rivera, así como "Figuras y paredes", suscitan la comparación con los pompeyanos y el moderno Campigli, éste en especial en la figura de espaldas de "Lavanderas". Precisas líneas y un hondo color aducen "Los conjurantes" al par que "La confidencia", con su matiz diferencial de honda intimidad. La fusión del paisaje y de las figuras, ese noble contacto del que emerge un clima de profundo lirismo dramático, está presente en "La piedra hechizada", del mismo modo que el matiz sensible califica a "Maternidad", de esfumadas formas sustentadas sobre escasas líneas constructivas. Lo constructivo da carácter a toda pintura de Gambartes, la define, como puede verse ostensiblemente en "Gran payé" (nº 14), que evoca a un hombre-huaco. El ángulo recto preside la composición "La promesa", como el puro misterio, acaso la magia, adensa "Nocturno agorero". Pero donde Leónidas Gambartes alcanza sus más bellas expresiones es en las tablas del tipo de "Figuras en el paisaje" (nos. 23 y 24); aquí se alían la claridad de los sugestivos tonos con la delicadeza de la atmósfera colorida, ambiente de extrema calidad pictórica que califica las obras más logradas del pintor rosarino.

¿Que el peligro de la deformación caricatural persiste en ciertos extraños rostros y que el "folklore" a veces disminuye la potencia de ciertas composiciones con figuras elementales? Sí, ello es evidente una vez más; empero cabe reconocer legítimamente que el artista se ha creado un original repertorio de signos y formas, un tono personal y matices diferenciales de la entidad plástico-pictórica, que otorgan categoría a señaladas pinturas que lo distinguen entre quienes en nuestro país buscan resueltamente en la realidad local —abierta u oculta— un mensaje de raíz universal: lo válido en el tiempo.

ROMUALDO BRUGHETTI

RODRIGO BONOME

A quienes asisten con creciente pasión al desarrollo de nuestro joven arte sorprenderá agradablemente la muestra de Rodrigo Bonome en Velázquez. Este pintor nos había acostumbrado a sus paisajes de limpia superficie, como un adosado tapiz de gamas sutiles pero estáticas, ejerciendo su función limitada a un contrapunto de escasas vibraciones plásticas y cromáticas. Dos paisajes de Alta Gracia, de plena luminosidad, y un nutrido conjunto que integra su serie de Pino Hachado, sitúan ahora a Bonome como un vibrante artista de su generación, lo cual nos place dejar apuntado en esta nota.

En la organización del cuadro, ya típica en él, en el cual actúan las tonalidades cálidas y frías, con preferencia aquéllas en su nueva exposición, asumen en la tela un particular dominio de la materia consustanciada a la forma y el color, una forma y un color aplicados con libertad y cabal conocimiento de su ordenada estructura y tonalidad en la pintura.

La exaltación de la luz, típica de una región cordobesa a la que el pintor asistió con real fidelidad y gozo pictórico, o la calidad en la espontánea y justa pincelada, sin falso decorativismo ni preconcepto, en su visión patagónica, ornan telas altamente significativas por su declarado lirismo. Bellos y hondos azules, sensibles verdes, afinadas luces y sombras sobre el paisaje abierto o cerrado, de vegetación, calveros y montañas, rescatan una región argentina a la que el artista otorga por instantes sugestión mística. Véase su "Rapto de Europa", graciosamente ubicado entre pinos y formas pétreas neuquinas, o su "Numen de la Patagonia", de grave presencia, con "Figuras en el paisaje", o "La hondonada", y también "Después de la lluvia" y "La luna en el paisaje", telas que fijan las aportaciones de Rodrigo Bonome en una propicia hora de madurez de su expresión pictórica.

EXPOSICIONES (Hansen, Castagnino, de Simone, Bruzzone, Grandi, y otros pintores).

Son numerosas las exposiciones que, ya en plena temporada artística, se realizan quincenalmente en Buenos Aires. Algunas de ellas queremos anotar en este apartado.

Ideal Sánchez, Leopoldo Presas y Torres Agüero exhiben telas en una sala de Krayd. Estudioso del color y de la

TEATRO

IL PICCOLO TEATRO DI MILANO En un artículo publicado hace siete años en Buenos Aires, Silvio D'Amico decía textualmente: "En Italia, lugar donde ha nacido la comedia "dell'arte", antecedente inmediato de la moderna escena europea, las compañías dramáticas continúan siendo vagabundas, como hace tres o cuatro siglos. El porqué de este fenómeno ha sido indagado y discutido por los estudiosos italianos con un apasionamiento que todavía no ha podido ser satisfecho; pero lo cierto es que todos los intentos que se han hecho, de cincuenta años a esta parte, en Roma, en Milán, en Turín y en otras ciudades para dar a los actores una residencia fija, han fracasado". Hacemos la transcripción porque precisamente, en el momento simultáneo al de la aparición de ese artículo, se fundaba en Milán el Piccolo Teatro, denominación modesta y simpática, que es hoy una magnífica realidad y que por lo visto dará más material de discusión a los estudiosos que se desmenuzarán ahora los sesos para explicar cómo después de medio siglo un elenco estable, dedicado al repertorio más serio posible, ha triunfado rotundamente, paseando sus realizaciones por toda Europa primero y por la América Latina luego.

Sin ánimo de terciar en la discusión, se nos permitirá señalar un lugar común que, aparentemente, explica el éxito: disciplina, amor al arte, inteligencia y eclecticismo. Todo eso es el Piccolo Teatro, que después de sus primeras cinco funciones ha revelado ser uno de los conjuntos más homogéneos e interesantes que se hayan visto jamás en Buenos Aires.

Integrado por gente joven y estudiosa, lo que más llama la atención en este elenco es el extraordinario sentido de responsabilidad que lo anima, y la auténtica vocación de servicio a una causa —que es la del Arte— por parte de sus integrantes. Sea en Goldoni, Sófocles, Shakespeare o Buzzati, el Piccolo Teatro adopta posiciones estéticas definidas, con las que se podrá o no estar de acuerdo, pero que

---

forma, Ideal reafirma su calidad de organizador de cuidadas composiciones servidas por hermosos tonos acentuadamente plásticos. El color, en cada una de las pinturas que presenta, varía, lo cual es un buen síntoma, aunque coincidan las formas recreadas. En "La mujer de Lhot", su imaginación logra una imagen agudamente poética. En "Figura", Presas pintó una fisonomía arcaica de rico y trabajado color.

Notable artista alemán, actualmente en Brasil, Kari-Heinz Hansen, en Bonino, esgrime un seguro oficio en la plenitud de sus xilografías, y pasa alternativamente con dominio expresivo de lo lírico a lo dramático en la variedad de sus temas. Ellos abarcan la serie del "Calvario", de rigurosos blancos y negros, una "Crucifixión" patética, en su tortura lineal y la busquedad de la forma-color, o los asuntos brasileños finamente evocadores.

Juan Carlos Castagnino presenta en la Sociedad Hebraica Argentina tres pinturas de caballete y los respectivos trabajos preparatorios. La experiencia de este insigne pintor argentino, retrotrae a ciertos momentos de la pintura italiana del seiscientos o de fin del siglo diez y nueve, en que la pintura sometida a ciertos cánones barrocos o realistas, hallaba su expresiva y categórica contraparte en bocetos admirables. Los intensos carbones y sepias que aducen las expresivas maternidades, obtenidas con trazos que abonan una indiscutible maestría, y las tinta china y acuarelas pastel, rescatan su calidad señera. Ello sea dicho sin menosprecio de sus tres óleos, especialmente "Madre proletaria" y "El amansador", composición con caballos.

Pedro de Simone en Sala V de Van Riel afina su instrumento comunicativo por una pintura y un dibujo afín. Señalamos sus sensibilísimas naturalezas muertas, las indicadas con los números 16, 17 y 19, por su materia de selecta transposición poética, de misterioso gozo oriental.

En Van Riel, óleos de Alberto Bruzzone, informan de un pintor que gusta de las densas tonalidades grises y las oposiciones tonales de su materia significativa. Predomina en Bruzzone el acento dramático, cada uno de sus cuadros parecen un solo cuadro en el que resalta un sentido amargo de la vida. Algunos estudios (21, 23), y breves naturalezas, definen su modo de comunicación plástica, pero deberá estar alerta ante su forma y color, afinarla, darle un tono no repetido y monótono sino vibrante en la difícil razón de la obra.

Miguel Dávila exhibe en Viau algunos óleos de años recientes. Discípulo de Spilimbergo, en Tucumán, se aparta hoy del maestro y logra breves piezas de sabor pictórico. La cálida entonación de "La Plaza", "Gallinero" o los óleos 18, 20, 21 y 23 muestran un temperamento culto y emotivo y esclarecen su lenguaje.

Paisajes presenta Luis Borraro en Galería Argentina. En "Después de la lluvia", una fresca nota manchada con habilidad, es acaso la más definidora de sus pinturas. El camino constructivo y densamente plástico por la vivencia del color, en "Impresión", señala a la vez en el pintor un camino que, si lo aparta del plenairismo que cultiva, en cambio ahonda su oficio en la estructura y lo acerca a las preocupaciones artísticas modernas.



Oleo de Ideal Sánchez

Los ejercicios plásticos de De Vicenzo, en Krayd, de particular modo las misteriosas composiciones en blanco y negro, y algunas en color, superan la mera proyección decorativa. Sus monocopias realzan su oficio y fijan imágenes en donde lo abstracto hinca u raíz en lo real, una realidad que participa no poco del sueño.

Ritmos y formas coloridas agrupa Emori; planos de color y líneas, en el plano abstractoconcreto, atestiguan los óleos de Manuel Alvarez, ambos en Krayd. Monocopias expone Luis Vernet Basualdo en Alcora. Gori Muñoz evoca a París en Galatea, con finas témperas de 1939.

Destacamos de Maurice Menardeau "Le port d'Auray", de limpio pincelar impresionista; de A. Yunyer el paisaje número 6, dentro de sus limitaciones, en Müller. Un espíritu similar preside el óleo "El carro en la playa", feliz síntesis plenairista de Maltol Suazo, artista español contemporáneo, en el conjunto "Pintura española" en Velázquez.

Cabe mencionar de modo singular a Horacio Berreta en Plástica. Sus tonos bajos y sus empastes espesos de materia cromática monocorde se conectan con sus figuras ingenuas, de cargada expresividad. Acaso su paleta depurada ofrezca más sensibles efectos en cuanto el pintor resuelva encenderla de más vivos tonos, dejando el preconcebido "muñeco" por la figura viviente. "Tres gracias" prueba que Barreta puede emprender esta ruta airosamente.

Pueden verse en "Plástica" monocopias de artistas argentinos. En la Sociedad de Artistas Plásticos óleos de prestigiosos creadores nacionales. En la Sociedad Argentina de Escritores obras de Venier y Sánchez. En Ducreux, nueva galería que abre sus puertas a nuestro joven arte, pinturas y esculturas pertenecientes a la nueva generación, de Badii a Batlle, de Onetto a Torrallardona, de Forte a Garavaglia, de Noemí Gerstein a Presas y Svanascini. Dibujos infantiles en Kraft. Pinturas de F. de la Fuente en Los Independientes. En Comte, la síntesis de "Magnolia", ha sido obtenida con un decorativismo certero por Bibí Zogbe. También véase al notable Daneri, en Sierra.

Para concluir, Mario Darío Grandi, en Wilenski, emerge cerrando este panorama plástico. Sus finísimos dibujos, apenas esbozados, de leves toques de color al pastel, y un nuevo experimento, el del uso del pastel que lo caracteriza, ahora sobre tela, en "Naturaleza muerta", abre posibilidades de afinamiento en el artista. Y el término artista no aparece aquí vanamente.

revelan larga meditación e indudable espíritu investigador. El *Arlecchino servitore di due padroni*, por ejemplo, revela una orientación firme y personal. Hasta ahora, estábamos un poco acostumbrados a Goldonis que tenían más de Marivaux que del original. La tendencia a la comedia-ballet se había adueñado de los escenarios bonaerenses, y en nombre de la estilización se traicionaba lo más auténtico del autor.

Giorgio Strehler nos ha presentado un Goldoni goldoniano, que, paradojalmente, es la excepción. Hay en su versión una fidelidad al espíritu del autor y de la época que debe ser agradecida por el espectador. Desde la disposición del tablado hasta el movimiento de los personajes, se nota en el director un deseo de vuelta a la espontaneidad más natural, a la sencillez máxima, sin olvidar, claro está, el espíritu del personaje principal, hecho de matices internos y exteriores. Y así vemos un Arlequín elástico y vibrante, pero al mismo tiempo dúctil y maleable, que no sólo es fiel a los tradicionales cánones de agilidad y movimiento escénico, sino que comprende a la perfección la intimidad de su personaje, zumbón y desatinado pero al tiempo sustancial, fiel reflejo de una psicología determinada, versátil y liviana, danzarina y frívola, pilar de la dramaturgia universal que bajo múltiples encarnaciones se ha continuado hasta hoy.

La dirección creó un clima dieciochesco, lo que es su mayor mérito, porque como decíamos arriba, el punto más débil de las versiones goldonianas suele ser la adaptación al siglo XX de personajes y situaciones que pertenecen a otra era. Los movimientos de los intérpretes carecieron de todo artificio, y el Arlequín de Marcello Moretti, fué en su multiplicidad, un prodigio de sobriedad. Sin desvirtuarse del espíritu del protagonista, evitó toda exageración, que acechaba tras cada movimiento, jugando su rol con gracia de la mejor ley dentro de un clima de dignidad asaz plausible. El resto de los personajes lo secundó con uniforme excelencia, pareciendo todos estampas salidas de los deliciosos grabados de la época. Contribuyó a esta favorabilísima impresión la escenografía de Gianni Ratto y los preciosos trajes de Ebe Colciaghi.

El segundo espectáculo nos puso frente a una dirección extraordinaria que a pesar de sus esfuerzos no logró sobreponerse a la sólo discreta interpretación de la protagonista Sarah Ferrati. La sugestión del coro, de voces maravillosas, armoniosamente moduladas y movimientos en los que el sentido plástico de Rosita Lupi mantuvo un equilibrio visual que se combinó a la perfección con el texto; la extraordinaria interpretación de Tino Carraro y el hábil manejo de las luces más la adecuada música, no lograron disimular la anticuada labor de Sarah Ferrati, que además de no poseer el físico para el papel, lo encarnó monocordemente, sin ninguna poesía, dentro de moldes pasados de moda y hasta con defectos de maquillaje (había un claro de dos centímetros amarillos entre su peluca y su cabellera) que evidenciaron hasta una falta de respeto al público. Tampoco se lució Lía Angeleri, opaca Clitemnestra, ni Giorgio De Lullo, discreto y sólo discreto Orestes. Entre ellos, el coro compuesto por Lydia Gheducci, Gabriella Giacobbe, Rosita Lupi, Marisa Perciavalle, Nicoletta Remorino y Romana Righetti, y el magnífico Tino Carraro, sobresalieron de modo inapelable, definitivo y quizá contraproducente.

Jaime Potenze

CINE

EL HOMBRE DEL TRAJE BLANCO Bajo su ligera apariencia de elegante absurdidad, las comedias inglesas del sello Ealing, estrenadas en Buenos Aires, encierran una alusión más o menos vaga a un problema social. En *Los ocho sentenciados*, John Dighton y Robert Hamer señalaban jocosamente las consecuencias extremas a que puede llevar un rígido concepto de la nobleza de sangre, y T. E. B. Clarke en *Su primer millón*, se refería a la inferior situación económica y social de empleados que manejan continuamente sumas crecidísimas, y al resentimiento consiguiente. Este principio de desequilibrio o injusticia provocaba en ambas la reacción grotescamente desmedida del protagonista, y, naturalmente, la comedia dominaba todo en definitiva y los problemas eran pronto olvidados para regocijo de todos.

El hombre del traje blanco (The man in the white suit, 1951) de Alexandre Mackendrick no logra o no quiere desembarazarse tan fácilmente de los pensamientos serios. El prodigioso invento de una tela que no se gasta ni se ensucia tiene proyecciones sociales y económicas que los argumentistas (Mac Dougall, Dighton y Mackendrick) no eluden. Los patrones temen por sus enormes ganancias y los obreros por sus reducidos salarios. Unos y otros, otrora en pugna se alían para tratar de aniquilar al invento indeseable, y, por una vez, dueños de fábricas y dirigentes sindicales, codo con codo en el mismo Rolls-Royce, se lanzan en una apremiante persecución del inventor y su fórmula.

El tema de las relaciones entre el capital y el trabajo, y el más trascendente de la resistencia del hombre a abandonar su mísera condición, han interesado a Mackendrick tanto como los recursos cómicos o el lucimiento de Alec Guinness. Lo serio no es relegado a favor de lo cómico, como ocurría en los films de Hamer y Crichton, sino que el drama de una sociedad, de una clase y de un hombre subyacen en cada una de las peripecias jocosas del relato.

Pero es evidente que, a pesar de su lucidez, el realizador no ha logrado el difícil equilibrio buscado, equilibrio que algunas veces consiguieron Chaplin y René Clair. Su comedia es la menos cómica del terceto Ealing nombrado, y a pesar de su excelente humor no contiene una sola secuencia de la irresistible fuerza reidera del descenso de la Torre Eiffel o la persecución final de *Su primer millón*, ni un comentario o un diálogo de la fineza humorística del de *Los ocho sentenciados*. Tampoco la denuncia social, pese a la continua alusión, se concreta en forma coherente y vigorosa, como en *A nous la liberté*, por ejemplo. Y en cuanto al personaje del inventor —en quien Carlos Coldaroli en la revista Sur ve la figuración de un moderno Cristo laico— está trazado con mucha superficialidad, pues si bien la ausencia de rasgos personales podrían indicar un valor de símbolo, es lamentable que no tenga una conciencia más lúcida de las consecuencias de su invento, y que, como un niño con su juguete, sólo atine a defenderlo con la huída.

Pero es el lenguaje cinematográfico, expresivo y flexible, que utiliza Mackendrick, el que suple las faltas de precisión del libreto con imágenes tan iluminadoras como aquélla sugestiva del acorralado inventor, armado de modo irrisorio y doméstico, con una tapa de tacho de basura y una estaca, pero resplandeciente en su blanca e invulnerable vestidura, como un héroe homérico o un caballero medieval, librando desigual batalla, orgullosamente solo. Imagen que habla de la grandeza de su misión con más elocuencia que el mejor de los diálogos. Y no olvidemos la utilización verdaderamente humorística de la banda de sonido, rica en hallazgos de los más diversos matices, y bien complementada por una música inteligente.

Si consideramos que ésta es sólo la segunda película de Mackendrick, convengamos en que *El hombre del traje blanco*, con todos sus defectos y su gran potencial de riquezas, es un film que no sólo debe interesar por su atrayente realidad, sino también por lo que promete de un joven talento sensible y personal.

Sylvia Potenze

MAS ALLA DE LAS REJAS "Vuelve el Jean Gabin de *El muelle de las brumas*, *Amanece*, *Pepe le Moko*...," anunció a raíz del estreno de esta película la propaganda de Difa. Y, en efecto, volvió aquel personaje legendario del cine francés. Gris la cabeza, y unas cuantas arrugas en el rostro, pero siempre prófugo, perseguido por la mala fortuna (que bien puede ser un cargo probado de asesinato) y buscando tenazmente escapar a su destino. Las mujeres, maduras o adolescentes, lo aman, y él las protege contra tipos siniestros que las hacen desdichadas. Pero al aceptar ese amor que se le brinda ansioso, el fugitivo cae en la trampa que le tiende el destino, o la policía, y sucumbe a sus perseguidores, dejando a la amada muy triste y muy sola. El escenario es, naturalmente, una ciudad-puerto, a la que, en este caso, las cicatrices de la guerra añaden una nota decorativa muy fotogénica. El argumento lo firmó, entre otros a quienes favorece el olvido, Cesare Zavattini, neorrealista *à outrance*, campeón esforzado del reportaje cinematográfico, sacrificando todo, incluso el interesante personaje que pudo haber sido la hija adolescente de la protagonista, a una bien conocida retórica preverti ana que ahoga los débiles amagos neorrealistas que las ruinas de Génova bombardeada parecían exigir.

René Clément dirigió esta coproducción franco-italiana (au delá des grilles o Le mure de Malapaga, 1949) con gran soltura y hasta maestría técnica, sacando gran partido de los decorados y de sus dos actrices principales, Isa Miranda y Vera Talchi. Pero la frialdad y falta de sinceridad de su labor se hacen muy evidentes a cinco años de su realización, cuando el viejo realismo "a la francesa" (realismo poético) es un amaneramiento, y el nuevo realismo "a la italiana" (neorrealismo) se ha lanzado en un tren de audacias que las timideces de esta película no permiten sospechar. En defi-

nitiva Clément, que ya había hecho una obra interesante en Francia, y culminó posteriormente, en 1952, con *Jeux interdits*, un film enteramente personal de extraordinarios valores, es en este caso la víctima de los errores de una coproducción vacilante, ni italiana ni francesa y de una programación tardía que nunca favorece a los films mediocres.

Sylvia Potenze

TRES HISTORIAS PRHIBIDAS Cuando se estrenó esta película en Montevideo, un crítico se hizo la siguiente pregunta: "¿Quién le filmó a Augusto Genina, *Cielo sobre el pantano?*". El interesado contestó con una carta muy compungida, diciendo que todas sus películas tienen el mismo estilo, y que, en definitiva, la vida cinematográfica de Santa María Goretti la había filmado él.

Nuestra pregunta difiere un poco: "¿Por qué Augusto Genina ha filmado una película tan mala como *Tres historias prohibidas?*". Podrá argüírsenos que porque el argumento era propio y nadie que no fuera padre de esa criatura podía animarse a presentarla en público. Con todo, a pesar del lógico respeto que tenemos hacia el amor paterno, no podemos comprender cómo es posible idear una serie de tonteras tan deleznables y gastar celuloide en ellas. Desde la primera escena —en la que la mala fe del director al presentar a todas las víctimas del derrumbamiento con idénticos rasgones en los vestidos e idénticos escotes exagerados, es evidente— hasta el episodio final en el hospital, la película es una sucesión de cuadros muy poco interesantes en los que la obsesión por la ropa interior de Antonella Lualdi, el símbolo de mal gusto en la escena del estupro o la delectación con que el director pasea la cámara por la habitación donde un grupo de cocainómanos da rienda suelta a sus impulsos, ocupa el primer plano. Genina ha querido hacer una película de fuerte tono erótico y por ello ha echado a perder una serie de anécdotas que mejor llevadas —sobre todo la primera— podrían haber resultado interesantes, pero su búsqueda de lo sicalíptico ha sido móvil único y *Tres historias prohibidas* resulta a la postre una fatigosa sucesión de escenas que deberían haber sido prohibidas, y cuyo único mérito radica en el oficio del director y la excelente interpretación de Enrico Luzi.

Jaime Potenze

GRAGEA Copiamos de "Film", de Montevideo: "La revista española "Cine Mundo", con redacciones en Madrid y Barcelona, se llama a sí misma "la mejor revista española de cinematografía de información mundial", y a fin de evitar competencia comunica que "prohibe la reproducción total o parcial de cualquiera de sus originales, literarios o gráficos, de no citar claramente al pie de ellos su procedencia y el nombre de su autor". Esta sabia política editorial no le impide transcribir literalmente (en su Nº 96, 16 de enero de 1954) una nota crítica sobre *Rashomon* que había aparecido anteriormente en "Film" 6 (agosto 1952), con la firma G. B. P. en una extensión de tres páginas. La transcripción de "Cine Mundo" no cita, ni oscura ni claramente, la procedencia y el nombre del autor. Es posible, pero harto improbable, que exista una total identidad de criterio y estilo entre el redactor de "Film" y el nuevo firmante de la nota de "Cine Mundo", un señor llamado "S", cuya identidad como persona, crítico o recopilador era desconocida hasta ahora".... Gustos españoles: los autores que cobran más en la Península son Muñoz Román, libretista de espectáculos de revistas; Carlos Llopis y el maestro Alguero, compositor dedicado también al género de la revista. Cada uno de ellos cobró en 1953 un millón de pesetas. Como prueba de gusto público refinado... Sección correspondencia: *Talía* (Viamonte 560, 1º D) publica obras completas en sus páginas. La redacción de *Film* queda en Colonia 1176, Montevideo, y su corresponsal en Buenos Aires es Nicolás Mancera, Santa Fe 1509. No damos opiniones sobre colegas por elementales razones de buen gusto. La redacción de *Cinema* queda en vía Serio 1, Milán. Se pueden pedir boletines de muestra sobre calificaciones morales a Ramiro de Lafuente, Corrientes 767 Buenos Aires... La película *Y se hizo justicia*, que había sido calificada como "mala", ha pasado a ser "reservada" después de una exhibición especial con debate a la que asistieron los calificadores oficiales de la Acción Católica, el Sr. Asesor de Moralidad, R. P. Devoto y el Obispo de Aulón, Mons. Tato. Especialmente invitados asistieron también los dos críticos de CRITERIO... En múltiples reportajes, dirigentes del cine argentino abogan por un inmediato aumento de precio en las localidades. Hugo del Carril ha llegado a decir que deben ir a diez pesos en el centro y a siete en los barrios. Agregó que mientras ello

MUSICA

Actividad Sinfónica

LA *Orquesta Sinfónica del Estado* inició su anunciado ciclo de abono a doce conciertos con un programa totalmente consagrado a obras de Juan Sebastián Bach, que contó con el concurso del Coro Lagun Onak y solistas, bajo la dirección de Mariano Drago. El programa incluía en primer término, la *Suite Nº 4 en re mayor* para orquesta, partitura de comprometedora dificultad estilística y de no menor hermosura, que fué seguida por la Cuarta Cantata, *Christ, Lag in Todesbanden,* (Cristo en los brazos de la muerte). Esta obra, rara vez ejecutada en nuestros conciertos —como la generalidad de la producción de este tipo, debida al Cantor de Santo Tomás de Leipzig— presenta una factura de estupenda genialidad; más aún, bastaría por sí sola para justificar el lugar que su autor ocupa en la historia de la música. Es en verdad, un compendio de los recursos elaborativos de Bach, acondicionados en todo los casos a las necesidades de orden expresivo que rigen toda su música. Para el estudioso, —y tal como sucede con muchas de estas maravillosas Cantatas— esta partitura se revela como una "Summa" abreviada del mensaje bachiano; tanto su pequeña obertura como los siete fragmentos siguientes confiados al coro y la orquesta, están compuestos sobre un único tema que circula a lo largo de toda la obra, ora revestido de una ornamentación de fantasía imponderable, ora metamorfoseado en trozos del más diverso carácter, para presentarse a manera de epílogo en su forma original de simple coral luterano. Cada estrofa del aleluyático himno pascual es objeto de un enfoque particular que sin afectar la unidad, confiere a la obra en su conjunto, una diversidad de sentimientos ciertamente imprevisibles y ello logrado con una naturalidad tal, que el oyente inadvertido difícilmente podrá imaginar tal prodigiosa variedad de procedimientos y tal desborde de caudal emocional, originado en su totalidad por un motivo generador de doce compases. Primitivamente confiada la parte vocal al coro solo, fué ofrecida n la oportunidad de acuerdo a una tradicional costumbre, encomendando algunos trozos de la obra a varias voces solistas.

Cerró el concierto el conocido *Magnificat,* pequeño oratorio por el que profesamos una sincera admiración, en virtud de la inefable belleza de sus arias, y la exultante grandeza de sus coros.

No se nos escapa que la realización de un programa de esta índole, constituye un problema de muy difícil superación, pero justo es reconocer que la misma fué llevada a cabo dentro de una línea de dignidad aceptable. Podemos considerar objetables el estilo no siempre cuidado de algunos solistas vocales e instrumentales, cierta falta de equilibrio orquestal y excesiva uniformidad dinámica imputables al director Mariano Drago, quien logró pese a ello, momentos de real calidad, principalmente en los pasajes en que tuvo por colaboradores a la contralto Franca Golob, y a las flautas, oboes y solistas de arco de la orquesta. Completaron la nómina de intérpretes, Mirtha Garbarini, Isabel Casey, Virgilio Tavini y Juan Carlos Ortiz, haciéndose acreedor el *Coro Lagun Onak,* al más cálido elogio por una labor a todas luces excelente y a cuyos merecimientos no es ajena la capacidad de su director, el R. P. Luis de Mallea.

Jean Martinon hizo su presentación al frente de la *Orquesta de Amigos de la Música,* en la misma fué posible apreciar al citado artista en su carácter de intérprete y creador. En el primer aspecto, el programa no permitió obtener una impresión definitiva, pese a lo cual podemos afirmar que se trata de un músico de buena formación y excelente "metier". Lo más convincente de su "debut" resultó su versión de la *Sinfonía Nº 99,* de Haydn, que alcanzó tanto en la faz técnica como interpretativa, un nivel inobjetable; todo el encanto, la gracia chispeante y la espiritualidad del verbo haydniano fueron comunicados por este conductor con admirable precisión, fluidez y cuidada estilística. Otro acierto lo constituyó la ejecución de la suite del ballet *Falarka, de* José María Castro, que en esta nueva ejecución afirmó la impresión que nos causara en su estreno; creemos que, no sólo se trata de la mejor obra de su autor —al menos de aquellas que le conocemos— sino que es una partitura de las pocas que pueden codearse dignamente en un programa con las mejores expresiones del arte musical contemporáneo.

Y ya que nos referimos a los "nuestros" corresponde el franco elogio a la actuación cumplida por Rodolfo Caracciolo, como solita en el *Piccolo Concerto per Muriel Couvreux* de Luigi Dallapicola, que se escuchaba por primera v z entre nosotros. Este concierto, de corte "camerístico" y proporcionadas dimensiones se aparta de los cánones tradicionales en cuanto a su espíritu y tal como se observa en varias composiciones de este tipo, se aproxima más al "divertimento" aunque conserva en su escritura los lineamientos de un planteo convencional, administrado, no obstante, con entera libertad. Pero, lo importante y más que tal o cual particularidad arquitectónica, es que Dallapicola es un músico cabal y "hace música", lo que en nuestros días no deja de ser un artículo de lujo.

Visiblemente influenciado por los "sortilegios infantiles" de Ravel, su primer tiempo es de belleza conmovedora; inmaculada pureza de líneas y un constante interés expresivo en su discurso sonoro, desarrollado con admirable fluidez; vigorosos acentos en su Cadenza, poesía inenarrable en su Nocturno y jubilosas danzas medievales en su Final, confieren a esta obra las características de una verdadera joya en el género. Caracciolo supo vertirla con adecuado carácter, alternando los episodios "concertantes" con los brillantes "solos", en total identificación con el texto y las intenciones interpretativas manifestadas con extrema minuciosidad por Dallapicola. Tuvo en Martinon un eficaz colaborador, quien supo extraer del pequeño conjunto orquestal un adecuado rendimiento.

Completaron el programa, una Suite de Rameau, *"Les palladins"* (en una orquestación algo sofisticada), ofrecida en versión menos convincente y la *Sinfonietta Op.* 16 para cuerdas, arpa, piano y timbales del propio director. Confesamos nuestro escaso entusiasmo por esta obra, cuyo mayor valor se halla en el excelente partido obtenido de la combinación instrumental utilizada; piano, arpa y timbales son utilizados

---

no suceda, no estrenará *La Quintrala,* lo que revela todo un alzamiento contra la ley de fomento cinematográfico. Nuestar opinión coincide en un todo con la de quienes han congelado los precios actuales. Los exhibidores se quejan de que pierden dinero, y son célebres por la vida fastuosa que llevan y los millones que pierden a la ruleta en Mar del Plata. Los productores desean triplicar el precio de las entradas para seguir dando *Por cuatro días locos, Casada y señorita* o *Somos todos inquilinos.* El valor llave de cualquier cine, se cotiza hoy en cifras siderales. No obstante, en una evidente revolución contra los esfuerzos de quienes no desean una vuelta a la más desenfrenada inflación, se buscan pretextos para que el espectador modesto deje de ir al cine, o se prive de elementos indispensables para engrosar las arcas de los dueños de los circuitos y los productores. Aumentar el precio de las entradas sería alzarse contra el grueso del pueblo. Si hay exhibidores que pierden dinero, sugerimos que pongan en venta sus cines. Y si lo pierden los productores se debe a su incultura, desorganización y espíritu aventurero. Para la salud moral del pueblo, es mejor que quiebren quienes filman *Romeo y Julita, El pecado más lindo del mundo* o *Ue Paisano.*

Vagabond Jim

CALIFICACION MORAL DE LA ACCION CATOLICA ARGENTINA

A la buena de Dios. (28-V-54). Aceptable para mayores. — *Campeones de ébano.* (20-V-54). Aceptable para niños. — *Carne de horca.* (20-V-54). Excesivo realismo en una historia de crímenes y depredaciones. Aceptable para mayores. — *Castillo maldito, El.* (27-V-54). Aceptable para adolescentes. — *Cielo negro.* (20-V-54). Con algunos reparos en diálogos y situaciones. Aceptable para mayores. — *En las redes del amor.* (20-V-54). Aceptable para adolescentes. — *Grito de la victoria.* (20-V-54). Aceptable para adolescentes. — *Grito sagrado, El.* (24-V-54). Aceptable para adolescentes. — *Horas de espanto.* (20-V-54). Un suicidio frustrado con sus prolegómenos y desenlace crea intensa expectativa. Aceptable para mayores. — *Lago de mis ensueños, El.* (20-V-54). Los deberes conyugales de una mujer no ceden frente a la recordación de pasados amores. Aceptable para mayores. — *Mujer de mis ensueños, La.* (28-V-54). Numerosos desnudismos en pasajes revisteriles. Aceptable para mayores. — *Ronda española.* (24-V-54). Aceptable para adolescentes). — *Somos todos inquilinos.* (24-V-54). Frivolidad, picardías, exagerados desnudismos femeninos. Aceptable para mayores. — *Sucedió en Buenos Aires.* (18-V-54). Escenas revisteriles inconvenientes. Un incidente escabroso sin mayor trascendencia. Reservada. — *Tres historias prohibidas.* (24-V-54). Grave delito de índole privada que incide en la vida de la víctima. Adulterio, ambiente depravado, vicios innobles, desnudismos. Mala. — *Venganza de Montecristo, La.* (24-V-54). Aceptable para niños.

generalmente como instrumentos solistas, presentan —fusionándose con la orquesta de cuerdas—, curiosas aleaciones de particular refinamiento y oportunidad. Empero, la obra no ofrece mayor interés en cuanto a su substancia; hábil encadenamiento de lugares comunes y recetas que en conjunto no van más allá de lo que se denomina "música bien escrita". La ausencia de un objetivo estético personal, lleva a Martinon a la explotación de ciertos exotismos afro-americanos, los cuales son estilizados con una peligrosa aproximación a la manera de los compositores de música ligera norteamericana, ello atemperado por rasgos en lo que no es difícil evocar la sombra de un Debussy o un Roussel. Interesante hubiera sido, en cambio, conocer alguna de sus obras posteriores, entre las que figuran páginas de reciente data.

El segundo concierto del abono de la *Sinfónica del Estado*, fué confiado a su subdirector, maestro Roberto Kisnky. En él se escuchó una deliciosa *Suite inglesa del siglo XVI* de Henri Rabaud, partitura de refinada escritura y elegancia, junto al *Concierto para oboe y orquesta* de Benedetto Marcello que permitió al solita Pedro Di Gregorio lucir su dominio del instrumento y su tan probada musicalidad.

De nuestro compatriota Felipe Boero, se estrenó *"Jesus ambulat super acquas"*, partitura a la que su autor ha concedido algo generosamente la denominación de oratorio.

Escrita dentro de las características modalidades del autor de "El Matrero", esta cantata comenta el pasaje evangélico dentro de un sentimiento estético más próximo al género teatral que al religioso. Cerró el programa *"Matías el Pintor"*, sinfonía extraída de la ópera homónima, obra tan hermosa como importante de la literatura sinfónica contemporánea, que fué animada por el maestro Kisnky con convicción, obteniendo elogiosos resultados de la orquesta a sus órdenes.

Lucido desempeño tuvo, asimismo, el *Coro Lagun Onak* en la obra de Boero, en la que intervinieron como solistas los cantantes Sante Rosolén, R. Sentis Galindo y Víctor de Narké.

La Misa en Sol Mayor de Poulenc

EXCELENTEMENTE preparado y conducido por Carmen Gómez Carrillo de Gorostiaga, el *Coro Sursum Corda* ofreció una nueva muestra de música polifónica en el ciclo que se desarrolla en el Smart. Esta eficaz agrupación brindó un atrayente concierto en el que es necesario destacar dos importantes primeras audiciones: *Cinco Cánones* de Mozart y la *Misa en sol* de Poulenc. Los primeros, que siguieron a una serie de canciones corales de medioevo, revelaron nuevos aspectos del genio mozartiano, transformando una seca especulación contrapuntística en una diversión más encantadora, más ingeniosa y no por ello, menos conmovedora. Páginas de Gómez Carrillo y Cimaglia-Espinosa y las interesantes *Canciones españolas* de Nin —en las que colaboró con real musicalidad Silvia Domínguez— precedieron a la citada *Misa* de Poulenc, partitura noble, hábilmente escrita y reveladora de una elevación de pensamiento acorde con el sujeto abordado. Curioso desdoblamiento de este "enfant terrible", que paralelamente a sus habituales humoradas, deliciosamente intrascendentes, ha enriquecido la música de inspiración religiosa con una serie de obras de real importancia.

De las diversas obras del género —aún poco escuchadas en nuestro medio— la Misa, es sin duda, junto al *Stabat Mater*, el más auténtico acto de fe de un artista extraordinariamente dotado, que se expresa con emocionante naturalidad. Poulenc, se ha dicho con justicia, "concibe sus obras religiosas como una oración y no como una pieza de carácter decorativo y espectacular".

Al *Grupo Coral Sursum Corda* debemos la regocijante primera audición de esta maravillosa partitura, escrita con habilidad polifónica suprema y justo sentido prosódico por el autor de las *Litanies a la Vierge Noire de Rocamadour*, y vertida con real penetración espiritual y artística.

Jorge Fontenla

Con "Norma" de Bellini se inauguró la temporada del Teatro Colón

CON la reposición de la ópera *"Norma"* de Vincenzo Bellini ha quedado inaugurada la temporada lírica oficial del Teatro Colón, correspondiendo esta función a la primera del abono nocturno, serie que comprenderá este año 18 representaciones de ópera y ballet.

"Norma" que ha tenido en el Teatro Colón interpretaciones memorables: Raisa-Besanzoni (1918), Muzio-Bertana (1928); Milanov-Castagna (1942) y Callas-Barbieri (1949) está considerada entre las producciones más valiosas del repertorio lírico italiano del ochocientos.

Compuesta sobre un libreto de Felice Romani, a su vez tomado de la tragedia de Soumet y Belmontet *"Norma"* o "El Bosque de Irminsul", estrenada en París en 1831, esta famosa ópera sigue muy de cerca a *"La Sonámbula"*, obra dada a conocer en marzo de 1831 en el Teatro Cárcano de Milán.

En *"Norma"*, Bellini, mucho más aún que en *"Il Pirata"*, *"La Straniera"* o *"I Capuletti e i Montecchi"* alcanza la culminación de su arte que entronca directamente con el gran modelo fijado por Gluck en *"Alcestes"* y en las óperas de París, filtrado a través de las creaciones de Gasparo Spontini y Luigi Cherubini más cercanas en espíritu al genio creador del músico catanés.

El libreto trazado por Romani, proporcionó a Bellini la oportunidad de amplio lucimiento para su expresión dramática. La continuidad de la acción, que prescinde totalmente de bailables u otras escenas de complemento, se mantiene en un clima de austera y noble belleza clásica que hoy a los 123 años de su creación se afirma entre las expresiones más logradas y perdurables de la escuela operística italiana del siglo anterior, tan pródigo en obras maestras de este género.

La sublime invocación de "Casta Diva", la entrada de Adalgisa, los dos maravillosos dúos de los actos primero y segundo (hoy segundo y tercero), el monólogo de la protagonista que abre el tercer acto, precedido de una admirable introducción orquestal y el grandioso final, página de profunda vibración, bastarían por sí solos para fijar en forma imperecedera el genio italianísimo de Vincenzo Bellini.

La obra presenta enormes dificultades en el aspecto vocal ya que requiere cantantes dotados de condiciones hoy muy poco frecuentes. Pocas, poquísimas son las sopranos que actualmente cantan "Norma" y pocas también son las mezzo sopranos que abordan la parte de Adalgisa, sin mutilaciones y con todas las "fioriture" impuestas por el autor. Por un verdadero milagro, la Adalgisa de Ebe Stignani ha podido llegar a nuestros días, tras una carrera de casi treinta años de canto, conservando toda la belleza y el caudal de una voz purísima, de impecable línea musical, regida con facilidad y extensión notabilísimas. Stignani puede considerarse legítimamente la intérprete única e ideal de la parte que ha cantado en todos los grandes teatros líricos del mundo. Su sola presencia representa en esta temporada que

Los sacerdotes - obreros

III

Con los documentos y otras notas que siguen cerramos la información, amplia, por cierto, sobre un tema cuya importancia y repercusión nadie puede negar. Probablemente, continuaremos informando sobre él a nuestros lectores; la materia no ha sido agotada; las repercusiones se prolongarán a lo largo del tiempo. Sólo podemos asegurar que CRITERIO *no permanecerá ajeno a ellas.*

"La Iglesia entera en estado de misión y obediencia sobrenatural" pide en una carta pastoral el Cardenal Feltin

BAJO el título de *"Sobre un problema actual de apostolado misionero"*, la *Semaine Religieuse de Paris* (27 de febrero 1954) publicó la siguiente carta pastoral del Cardenal Mauricio Feltin:

"Mis queridos diocesanos: Los católicos de Francia atraviesan actulmente por una grave crisis. La intranquilidad alcanza a la opinión pública. La prensa se ha apoderado de ella y de ella se habla en todos los medios.

"Pero lo más serio es la confusión de las conciencias. Al lado de los que explotan o triunfan están las almas que sufren, las voluntades que se interrogan.

"En algunos se trata de una verdadera crisis de fe. Se ha conmovido su confianza en la Iglesia. A consecuencia de las recientes decisiones tomadas por la Jerarquía se atribuye a la Iglesia, en efecto, las más malévolas intenciones con respecto a la clase obrera y, con más amplitud, con respecto al pensamiento y al mundo modernos.

"Esta crisis de fe se la encuentra fatalmente en el plano de la acción. Sacerdotes y laicos comprometidos en el apostolado o en la investigación intelectual creen que el movimiento misionero, que se había afirmado bajo formas y en medios diversos, está definitivamente comprometido. Se preguntan lo que en adelante tendrán el derecho de pensar, de escribir o de emprender, para seguir siendo fieles a la Iglesia sin traicionar a sus hermanos incrédulos. Se rebelan o sufren en silencio, según el temperamento. Pero todos se sienten igualmente heridos.

"En presencia de este dolor y de esta crisis, me parece llegada la hora de hablar y de hacer una puntualización que, con toda lealtad, os debo.

I. POR QUE ROMA HA HABLADO

¿De qué se trata?

"De un comunicado relativo "a la experiencia de los sacerdotes-obreros", aparecido en la prensa el 14 de noviembre último. Esa nota, firmada por el cardenal Liénart, el cardenal Gerlier y yo, había sido redactada a la salida de una audiencia del Santo Padre y en pleno acuerdo con él.

"Esa declaración —que desde su origen no concernía sino a los sacerdotes seculares, con exclusión de los religiosos, los cuales dependen de sus superiores— no ha sido oficialmente invalidada después por ningún documento romano.

"A su respecto se han hecho los comentarios más inverosímiles. La mayoría la interpreta como una supresión pura y simple de esta forma de apostolado. Para disipar cualquier malentendido, parece indispensable comenzar este texto teniendo cuenta, tanto de la conversación que la declaración resumía cuanto de las reuniones de obispos franceses que la precedieron y la han seguido.

Una palabra de historia.

"¿Qué dice esa declaración?

"Después de diez años de existencia, comprueba el comu-

---

se inicia, un verdadero acontecimiento y su estupenda labor alcanza el carácter de solemnidad musical.

En cuanto a la protagonista encarnada por la soprano norteamericana Dorothy Dow, figura nueva para nuestro público, debemos afirmar que es una cantante joven, muy bien dotada vocalmente, intérprete de extraordinaria musicalidad y cuidada articulación italiana, pero a quien no conviene aún la parte de Norma, vibrante y heroica y de poderoso impulso dramático, vocal y escénico. Esta interesante artista reconocida en Europa como intérprete destacada de las óperas de Strauss, Bartok y otros creadores contemporáneos, debe volver a nuestro teatro para demostrar cuánto puede rendir en una obra adaptada a sus condiciones, lo que no le ha permitido evidenciar esta prematura encarnación de la heroína belliniana.

En el resto del reparto destacamos el empeño puesto de manifiesto por el tenor Marcos Cubas al abordar la ingrata parte de Pollione y la musicalidad y la nobleza de acentos del bajo Juan Zanin personificando a Oroveso. Las partes menores estuvieron a cargo de Cristi Bari y Humberto Di Toto que igualmente se desempeñaron con acierto.

La versión orquestal del maestro Ferruccio Calusio fué una elocuente demostración del cuidado y seriedad con que este músico encara su labor destacándose por la claridad y la flexibilidad de los matices y el equilibrio entre foso y escenario. Como siempre de gran eficacia la labor del coro, preparado por Tullio Boni y sin novedades la "regie" de Carlo Piccinato, a la que faltó espacio en el primer acto para la evolución de coristas y comparsas por una inadecuada disposición de la famosa encina de Irminsul, ubicada esta vez casi al borde del proscenio. El marco escénico conservado con acertada iluminación prestó una vez más su evocativo encanto a las inspiradas melodías del músico catanés.

Juan Andrés Sala.

Conciertos en homenaje al Papa San Pío X

LOS días 28 y 30 de junio y el 2 y 4 de julio próximos, tendrá lugar en el Salón de Actos del Colegio del Salvador, Callao 542, un gran homenaje sacro-musical al *Papa San Pío X*, recientemente canonizado y en ocasión de la celebración del Día del Pontífice. Tales actos, a realizarse a las 18.30 horas han sido organizados por la Comisión de Liturgia y Arte Sagrado del "Consejo de Superiores Mayores Religiosos" de la Argentina y bendecido por Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo, Dr. Santiago Luis Copello, Primado de la Argentina.

nicado "la experiencia de los sacerdotes-obreros, tal como ha evolucionado hasta el presente, no puede ser mantenida en su forma actual".

"¿Qué quiere decir esto?

"Imposible explicarlo sin remontarse al célebre juicio de Pío XI: "El gran escándalo del siglo XIX, es que la Iglesia ha perdido la clase obrera".

"No se ha esperado a 1943 para advertir que el mundo obrero estaba ausente de nuestras iglesias y que la Iglesia estaba ausente del mundo obrero. Desde hace más de veinticinco años, la Acción Católica, por la J. O. C. y la A. C. O ha emprendido un inmenso esfuerzo apostólico. La Asamblea de los cardenales y arzobispos no ha cesado de apoyarse sobre la acción de los militantes laicos, en permanente contacto con sus hermanos alejados de Cristo y de la Iglesia. Estos se han comprometido en el esfuerzo colectivo de la clase obrera para obtener todas las transformaciones sociales que reclaman la justicia y el amor, y lo han hecho en nombre de su cristianismo. 'Haciéndose sus capellanes, los sacerdotes manifestaban ya hasta qué punto se unían a los trabajadores y a todos su problemas de vida.

La Misión.

"Encuestas más recientes, sin embargo, revelaban que la separación entre la Iglesia y el mundo obrero era mucho más profunda de lo que se la imaginaba.

"Por lo cual, preocupado de llevar más lejos esta acción misionera, mi venerado predecesor invitaba, hace diez años, a sacerdotes jóvenes y generosos a consagrarse particularmente al mundo obrero, en el cual se han acumulado tantos sufrimientos. Los invitaba a compartir su vida, sus esperanzas y sus penas. Sobre todo les pedía dar allí un testimonio viviente de la reconfortante riqueza del catolicismo y de ser los ministros de la gracia de Cristo. Esos sacerdotes se comprometían en el mundo del trabajo con toda su fe, con todo su ardor y con todos sus valores sacerdotales.

Su verdadero y su falso rostro.

"El cardenal Suhard y los obispos que siguieron su ejemplo, de ninguna manera pedían que este apostolado estuviese rodeado de misterio, sino solamente que se cumpliera en el silencio, en espíritu de oración y de sacrificio. Por desgracia, una prensa ávida de noticias sensacionales se apoderó de estos sacerdotes trabajadores y los puso, muy a pesar de ellos, en el primer plano de la actualidad. Esto deformó en la opinión los objetivos de esta misión de Iglesia. La política también se mezcló. Se los presentó sea como agentes disfrazados del mundo capitalista, de cuyo sostenimiento se acusaba a la Iglesia, sea por el contrario, como levadura de desorden o de anarquía social.

"La realidad era más humilde.

"Esos sacerdotes no esperaban efectos inmediatos; sin embargo, sus oraciones y sus sacrificios obtuvieron innegables resultados. Primero, conversiones: muchas cartas procedentes de todos los medios sociales, lo atestiguan de una manera a veces sorprendente. Pero sobre todo, compartiendo la suerte de sus hermanos obreros, han dado un testimonio que ha ido infinitamente más lejos que sus talleres; ha atravesado las barreras de las clases sociales y las fronteras de Francia; ha comenzado por derribar el tenaz prejuicio según el cual la Iglesia de Cristo no sería la Iglesia de los pobres, sino la aliada del dinero.

Las razones de un ordenamiento.

"Pero entonces, dice indignada la opinión, ¿por qué suprimir los sacerdotes-obreros?

"Volvamos al comunicado. La Iglesia, afirmémoslo claramente, desea el mantenimiento "de un apostolado sacerdotal en pleno medio obrero".

"No se trata ni de una condenación, ni de una supresión sino de un ordenamiento.

"Ordenamiento profundo, es cierto, pues las condiciones enunciadas obligan a repensar las modalidades del apostolado de los sacerdotes de la Misión Obrera.

"¿Por qué la Iglesia pide estas modificaciones? Es primer lugar porque eran de temer y, de hecho se han manifestado, desviaciones. Quiere evitarlas, preocupada por mantener la pureza de su doctrina entre las fluctuaciones de diversas teorías. Por otra parte, el medio que estos sacerdotes iban a abordar hubiera exigido de ellos, además de la generosidad de que han dado prueba, excepcionales conocimientos en el orden teológico, espiritual y social, que habrían reclamado de ellos una larga preparación que las circunstancias de guerra y de post-guerra hacían imposible.

Compromiso temporal...

"Pero sobre todo imponía una puntualización en sentido preciso de la misión de los sacerdotes en el mundo obrero.

El primer fin perseguido se había modificado insensiblemente. En razón de la confianza que estos sacerdotes inspiraban a sus compañeros de trabajo se vieron cargados con el papel de consejeros, de árbitros, después de militantes o de responsables sindicalistas. Rehusar esta parte de riesgo o de lucha ¿no sería faltar a la solidaridad obrera? Algunos lo pensaron, y dieron así, poco a poco, primacía a la acción temporal sobre las preocupaciones espirituales. Por lo cual primero los obispos, después el Santo Padre, se sintieron en el deber de intervenir. Comprendían, ciertamente, las razones profundamente emocionantes que podían inspirar a esos corazones sacerdotales el deseo de compartir totalmente la condición obrera; pero tenían el deber de precisar hasta qué punto puede llegar la solidaridad, sin caer en el error o la confusión, y también de establecer la distinción entre la vocación sacerdotal y la función propia del laicado.

...y vocación sacerdotal

"Esta distinción de las tareas afirmada por la Jerarquía, no responde solamente a razones prácticas de división del trabajo. Tiene un fundamento doctrinal. Cuando la Iglesia envía sacerdotes al mundo obrero, ante todo les pide cumplir allí una misión propiamente sacerdotal, donde los laicos no pueden reemplazarlos y que no se confunde con el papel de estos últimos. El sacerdote debe hacerse todo para todos. Pero conserva, donde quiera que esté y haga lo que haga, una función sacerdotal que, si en todos no consiste en distribuir habitualmente los sacramentos, sigue siendo siempre una misión de oración y de comunicación de la gracia. El sacerdote es el hombre de la oración oficial, cuyo acto más eminente es el ofrecimiento del Sacrificio de la Misa, prolongado por el rezo del breviario. La oración personal, aun la más ferviente no basta y no reemplaza a la que el sacerdote cumple como ministro. Desconocerlo sería rebajar el sacerdocio tal como lo confiere el sacramento del Orden.

Sacerdocio y trabajo

"La Iglesia reconoce, como lo ha hecho siempre, la dignidad del trabajo manual, del que Cristo nos ha dado el primer ejemplo y al cual ha conferido una nobleza hasta entonces desconocida. Pero, si el trabajo manual no es incompatible con el carácter sacerdotal —la labor de los monjes y de muchos otros sacerdotes da fe— sería un sofisma querer establecer una identidad entre el sacerdocio y la condición obrera. Aun cuando cumpla un trabajo idéntico y de una duración igual a la de sus compañeros laicos, el sacerdote siempre sigue siendo diferente de ellos. En el mismo momento en que está profundamente comprometido en la condición humana y es verdaderamente el hombre de los hombres, el sacerdote es y seguirá siendo siempre un separado, un consagrado, un mediador, el hombre de Dios.

La Iglesia no ha intervenido por razones políticas...

"Así, las decisiones de noviembre, debo afirmarlo solemnemente para poner fin a lamentables calumnias, no han sido tomadas por razones de orden político. Durante su historia ya larga, la Iglesia ha dado suficientemente pruebas de su independencia con respecto a potencias de este mundo para que se le atribuya hoy una degradante actitud de cómplice o de esclava.

"En apoyo de esta afirmación se podría citar los innumerables documentos por los que ella condena los abusos del capitalismo y protesta contra los injustos sufrimientos del proletariado. La Iglesia sabe que la clase obrera, tomando cada vez más conciencia de sí misma, aspira a una profunda transformación de la organización social. Reconoce la legitimidad de esta aspiración, pero pide que sean respetados la dignidad de la persona humana y los principios de libertad, de justicia y de amor sin los cuales no habrá jamás verdadera liberación obrera.

...sino por razones doctrinales y pastorales

"Es pues por razones doctrinales y pastorales que el Papa y los obispos han hablado.

"Lo han hecho primero por amor a esos sacerdotes: para salvaguardar en ellos la primacía de lo espiritual.

"Pero esta solicitud alcanza igualmente a la clase obrera. Estas reglas han sido trazadas para garantizarle un Evangelio puro de toda aleación, para conservarle apóstoles y testigos sin desfallecimientos. Tienen por objeto, y es menester que tengan por efecto, mantener a la misión en su línea primitiva.

"Y aquí se impone una precisión. Algunos se atreven a reivindicar, en apoyo de todos sus compromisos temporales y hasta de sus opciones políticas personales, el patronato del cardenal Suhard, que querrían anexarse en su presente actitud. Yo debo en nombre de la verdad histórica, a la vez que en memoria de mi predecesor, restablecer los hechos. Fundando los sacerdotes-obreros, el cardenal tenía por única finalidad evangelizar la clase obrera y darle la presencia de la Iglesia de Cristo por sacerdotes que completaran la acción del laicado mediante la irradiación espiritual de su sacerdocio. "Puede ser grande la tentación para el sacerdote de tomar a su cargo funciones que no son las suyas y para las cuales los laicos únicamente tienen gracia de estado. Sabrá resistir a ello —aun si "la eficiencia" inmediata se encuentre disminuida. Pues su papel específico no es, de ninguna manera, dirigir lo temporal. Allí expira su competencia..." (1). En ningún momento el cardenal aceptó que se esperara un cambio de las estructuras económicas o sociales para anunciar el Evangelio.

II. LO QUE DEBEMOS HACER

"Era necesario decir por qué el Papa y los obispos han hablado y lo que ellos exactamente piden, a fin de precisar lo que debemos hacer. Esto está contenido en dos palabras: unión confiada con la Iglesia y acción concertada.

1º Unión con la Iglesia

"Algunos piensan encontrar una explicación y una solución a los recientes acontecimientos en una pretendida divergencia entre los obispos de Francia y el Santo Padre. Se engañan. Nuestra adhesión a la Sede Apostólica es entera e incondicional. Como la de los sacerdotes y fieles de

(1) "Le prêtre dans la cité", pastoral de cuaresma 1949, página 55.

nuestro país, no se funda sobre un temor servil, sino sobre un principio de nuestra fe, cuya incomparable eficacia, por lo demás, la historia nos revela. Este principio es la unión con la Iglesia y la obediencia al Papa.

"Católicos, no estamos aislados. Somos los miembros de una sociedad que es la Iglesia. En ella formamos un cuerpo cuya cabeza es Cristo. Y Cristo se ha elegido, en la persona de San Pedro y de todos los Papas que lo han sucedido sin interrupción, un Vicario, un reemplazante visible sobre la tierra: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia".

"Es en esta visión de fe que se debe juzgar y aceptar las decisiones de la Santa Sede. Jefe supremo de la Iglesia, el Papa ejerce una autoridad que es también la de un Padre. El Papa es el guardián de la fe y de la tradición de la Iglesia, con la cual pone a cada uno de nosotros en comunicación viviente. Pero está también tendido hacia el porvenir. Prepara las futuras etapas del pueblo de los bautizados en marcha hacia el reino definitivo.

"Por lo cual todo espíritu de buena fe puede y debe estar convencido de la firme voluntad de la Santa Sede de preparar las necesarias adaptaciones apostólicas para la evangelización de un mundo separado de Cristo y de un medio donde la Iglesia está ausente.

Lo que debe ser nuestra obediencia

"Estas sumarias reflexiones deben definir la obediencia de los católicos.

"Esta sola palabra obediencia, lo sé, provoca actualmente en todos los medios un movimiento de indignación que no es justo. Pues si este reflejo se explica quizás desde el punto de vista psicológico, dada la carencia y los abusos de la autoridad en los dominios profanos, no es justo: se confunde la obediencia auténtica con sus caricaturas que son la poltronería, la resignación pasiva, la inacción. La sumisión de los católicos al magisterio no tiene nada que ver con esa dimisión del sentido crítico y esa ausencia de iniciativa. Confiere grandeza a aquél que da prueba de ella. Su eminente dignidad le viene de que conforma nuestra voluntad de hombre sujeta al error, con la voluntad de Dios, nuestro Soberano Bien.

"Esta obediencia a la Iglesia debe ser *sobrenatural*, profundamente penetrada de oración y de sacrificio. Siempre cuesta obedecer, en particular cuando la sumisión pone en causa la orientación y el don de toda una vida. Pero la historia muestra que nada de grande se hace sin sufrimiento, nada de durable sin conformidad con las vistas de la Iglesia y de sus jefes.

"Por este contacto íntimo con Dios y por esta unión con Aquel que "lleva la solicitud de todas las Iglesias", la obediencia tendrá mucha más facilidad para hacerse *humilde*. Sobre esto cada uno puede interrogarse. ¿No es algunas veces una exagerada confianza en el propio juicio la que ha endurecido ciertas posiciones y dictado ciertas declaraciones o ciertas actitudes?

"Nuestra obediencia debe ser *paciente*, porque nada se hace de durable sin el tiempo, en particular en la Iglesia que tiene las promesas de la eternidad. Sacerdotes, militantes, escritores, se persuadirán de que la febrilidad a menudo compromete las mejores causas y que el silencio, la reflexión deben preceder a la acción y valen más que ciertas publicidades.

"De esta manera, la aquiescencia que se nos ha pedido no debe ser solamente una sumisión exterior, sino un asentimiento *íntimo*. Cesar de censurar, por la pluma o por la palabra es mucho ya. Pero nuestra fe nos invita a superar una resignación pasiva, más aparente que real, persuadiéndonos que Dios obra en su Iglesia.

2º *Acción concertada*

"Esta acción de la Providencia no nos dispensa de la nuestra, que las presentes circunstancias hacen más necesarias que nunca. Sería una reacción farisaica, indigna de un cristiano, interpretar los ordenamientos pedidos por Roma como un pretexto para dejar todo, o para continuar no haciendo nada. La mejor manera de salvar lo que puede y debe ser salvado en las almas como en los métodos, es trabajar con todas sus fuerzas, con toda su fe. No solamente no se trata de un retroceso, sino —el episcopado lo ha dicho en varias oportunidades y yo lo repito hoy expresamente— es necesario continuar la búsqueda en el dominio apostólico, hacer obra de imaginación, de invención.

"No es el momento de trazar los contornos de esta acción. Solamente quiero retener una de sus condiciones: debe ser una *acción concertada*.

"La Iglesia entera en estado de misión"

"Es la Iglesia entera la que debe ponerse en estado de misión". Importa pues que las iniciativas, tan conformes con nuestro temperamento nacional, no se cumplan en orden disperso, sino que sean constantemente sometidas a la aprobación atenta y cordial de los obispos y, por ellos, de la Santa Sede.

"Esta unión en el esfuerzo misionero debe manifestarse primero en los sacerdotes. No hay más que un solo sacerdocio. Pero es menester que estos sacerdotes, acordados entre sí y con la Jerarquía, lo estén igualmente con el laicado, sin el cual nada se hará.

Llamamiento a la oración...

"Por lo cual es necesario orar con todas nuestras fuerzas para que nada venga a comprometer el esfuerzo de aproximación comenzado por los sacerdotes-obreros. Todos los días, y a veces durante toda la noche, en el oficio litúrgico como en las horas de adoración silenciosa, se suceden con esta intención las almas en plegaria. Muchos sacerdotes ofrecen también la misa. ¡Y cuántos sufrimientos aceptados, en el medio obrero, para obtener de Dios que la Iglesia se haga más presente en el mundo del trabajo!

"Imposible, mis queridos diocesanos, que tantas oraciones sean vanas. Por lo cual al término de este mensaje que me han dictado a la vez mi angustia y la vuestra, quiero expresaros mi confianza.

"Sin duda no sabemos de qué estará hecho el mañana. Pero lo cierto es que la Iglesia, por naturaleza es apostólica. Lo cantamos en el *Credo*. Imposible pues que abandone a un mundo del que se siente tan dolorosamente separada. Los signos de esta fermentación del Espíritu Santo están por todas partes, en los hombres, en las mujeres que, hasta entonces, permanecían insensibles o mudos ante la indigencia espiritual de sus hermanos. Hoy la sienten como un escándalo y tienen la obsesión de su redención.

"Conservad pues fe y coraje, en la hora en que se juega en las conciencias un drama cuyo desgarramiento siento y comparto. No toméis esta invitación a la calma, a la obediencia y a la esperanza como la ignorancia de una evolución que se cumple o como un insulto a una miseria que no espera.

...y a las vocaciones misioneras

"Interpretadla, al contrario, como un llamamiento a vocaciones misioneras. Pues "la fe nace de la predicación, escribe San Pablo, ¿pero cómo podrían creer en Aquél que no han oído? ¿Cómo podrían escuchar si nadie predica?" (Rom., X, 14-15.)

"Roguemos pues al dueño de la mies: ¿podemos dudar de que no suscitará en su Iglesia los apóstoles o las instituciones que llevarán a todos y por todas partes el Evangelio?

"En este espíritu os entrego, terminando, las palabras del apóstol Santiago: "Tened paciencia, hermanos míos, hasta el advenimiento del Señor. Mirad: el labrador en la esperanza del precioso fruto de la tierra espera pacientemente hasta recibir la lluvia del otoño y la de la primavera. Vosotros también sed pacientes y afirmad vuestros corazones pues el advenimiento del Señor está pronto" (Santiago V, 7-8).

"Dada en París, con nuestra firma, el sello de nuestras armas y refrendada por el canciller de nuestro arzobispado, el 24 de febrero de 1954, en la fiesta de San Matías, apóstol.

La limitación del período de trabajo es sólo una medida de orden disciplinario, dice Monseñor de Provénchères, Arzobispo de Aix-en Provence

He aquí los puntos más importantes de una carta enviada el 11 de febrero a su clero, explicando la razón de las medidas adoptadas por la Jerarquía.

Lo que el Papa y los Obispos han tenido primordialmente como objeto es salvaguardar la vida sacerdotal y el apostolado sacerdotal de los clérigos enviados en calidad de misioneros en el mundo obrero. Todas las disposiciones adoptadas tienden a este fin.

Lo que quiere dar la Iglesia al mundo obrero son sacerdotes. Ella se los envía para que ejerzan en su seno su misión de sacerdotes, para que establezcan en él el Reino de Dios.

Ella no los envía para que hagan un trabajo de fábrica o practiquen una acción de militante obrero. Ella los había autorizado a aceptar un trabajo de obrero en la medida misma en que esto podría ayudarlo a vivir en parte la condición obrera y a cumplir en el mundo obrero un trabajo de sacerdote. Hasta se había en un comienzo pensado que estos sacerdotes, después de un cierto tiempo, podrían quedar desvinculados del trabajo manual para entregarse a actividades propiamente apostólicas. Esta concepción se ha modificado paulatinamente. No forma parte de mi propósito explicar las razones de esta evolución. Pero anoto dos peligros de desviaciones que se han manifestado.

Pronto (creo poder decir que contra las directivas de sus obispos) algunos sacerdotes-obreros han estimado un deber aceptar compromisos temporales en sindicatos y otros movimientos. Poco a poco algunos se han dejado acaparar por tales compromisos hasta el punto de que su misión sacerdotal parezca haber pasado a un segundo plano, o por lo menos de que quede disminuida su eficacia. Algunos arriesgaban confundir en parte su acción apostólica con sus compromisos temporales; no aparecían ya como los militantes permanentes del Evangelio; parecían ser los hombres de una clase, siendo así que el sacerdote ha de ser el hombre de todos, aun cuando haya sido enviado especialmente a algunos.

Al mismo tiempo la vida de oración de numerosos sacerdotes-obreros parecía comprometida. Habían llegado a suprimir el rezo del breviario en parte, y a veces en su totalidad, y ello de manera habitual. En estos últimos tiempos omitían frecuentemente la celebración de la misa. Quizás tenían el cuidado de mantener la unión con Dios mediante una plegaria en la vida. Pero el sacerdote no puede renunciar a su misión de permanecer en la oración oficial de la Iglesia: una de sus funciones principales es orar en nombre de todo un pueblo, por los vivos y los muertos. ¿Es necesario subrayar por lo demás hasta qué punto una vida intensa de oración es necesaria al sacerdote para conservar su espíritu eclesiástico?

Así pues son razones doctrinarias las que explican las decisiones del Santo Padre y de los Obispos. Han temido que sea alterada la noción misma de sacerdote. Hn querido "salvaguardar lo que constituye la misión propia del sacerdote".

El sacerdote no puede ser un hombre como cualquier otro, lleva en sí un misterio. Tomado de entre los hombres, ha sido "establecido para los hombres en sus relaciones con Dios" (*Hebr.* V, 1). Es necesario que aparezca a todos "como el servidor de Cristo y el dispensador de los misterios de Dios" (*I ad Cor.* VI, 1). Como su Maestro, se esforzará en hacerse en un todo semejante a aquellos a quienes va enviado, para que su mensaje sea más fácilmente escuchado. Pero habrá una asimilación que no podrá hacerse sin que quede comprometido su carácter sacerdotal; su consagración hace necesariamente de él, en cierta medida, un "separado", aunque no, por lo demás, un "aislado". Es "el hombre de Dios" entre sus hermanos.

Lo que la Iglesia no ha podido admitir es que sus misioneros, con el propósito de abrazar tan completamente como sea posible la condición obrera, lleguen a renunciar a las funciones más esenciales del sacerdocio. No se tiene el derecho de tocar al sacerdocio tal cual Cristo lo estableció".

Una deformación de esta clase inquietaba tanto más cuanto que algunos presentaban la vida del sacerdote-obrero como el tipo por excelencia de la vida sacerdotal. Esto exponía a arrojar el descrédito sobre la forma en que se ejercía habitualmente el sacerdocio en un ambiente evangelizado, y minimizar la misión de enseñanza del sacerdote, y el ministerio de los sacramentos, en particular de la Eucaristía.

Precisiones en lo que concierne al compromiso temporal

La Iglesia alienta a todos los cristianos a trabajar en una promoción colectiva del mundo obrero y en una organización del mundo dentro de la justicia (habitación, salario, establecimiento de la paz, construcción de una sociedad terrestre verdaderamente humana, etc.). Es necesario mejorar la condición obrera y poner fin a situaciones intolerables. Pero esta acción temporal sindical, política, es obra de los laicos. Ella no puede ser la de los sacerdotes, aun cuando éstos deben animar y sostener a los laicos. A los sacerdotes Cristo y la Iglesia han confiado una misión espiritual. Cuando los laicos no habían todavía tomado en manos los destinos de la sociedad, la Iglesia ha podido aceptar que sus sacerdotes asumieran tareas de suplencia. Pero esto no tiene razón de ser en el mundo obrero contemporáneo que posee todas sus instituciones. En todo caso no es posible confundir estas tareas con una misión sacerdotal.

Por lo demás, existe una manera de concebir el combate obrero que está vedada al cristiano. Tiene éste el derecho de "luchar por la defensa de los intereses del trabajador", siempre que esta lucha sea leal, que no tienda a despertar odios de clase sino a asegurar a la clase obrera la seguridad de que gozan las otras clases de la sociedad" (Discurso de Mons. Montini en la Semana Social de Génova). Por el contrario, no puede el cristiano aceptar una lucha concebida con espíritu de violencia, y que estimula los odios. Tal lucha va contra la ley evangélica de caridad.

Por fin, algunos pensaron que todo apostolado sacerdotal en el ambiente obrero sería ineficaz mientras no se haya echado al suelo la sociedad capitalista. Hay que consagrarse pues en primer término a esa acción revolucionaria: luego se evangelizará. Esta tesis ha sido expuesta por el Sr. Montuclard. Por el contrario, para la Iglesia la misión de evangelización ha de ser en sí misma independiente de los regímenes económicos y políticos: lleva en sí misma "la demostración del poder del Espíritu" (*I ad Cor.* II, 5). La Iglesia no puede consagrar sus apóstoles a una acción temporal muy alejada de la acción misionera.

Sobre los tres puntos señalados hubo confusiones y desviaciones en varios sacerdotes-obreros. El comunicado, publicado el 2 de febrero y firmado por 73 de entre ellos, ha venido a demostrar que los temores de la Jerarquía estaban bien justificados. Parece en verdad que algunos entre esos sacerdotes creyeron "deber aceptar, no las teorías marxistas, pero sí algunos métodos que son consecuencia de dichas teorías".

Aprehendidos por sus compromisos temporales, un buen número de entre ellos ha sido inducido a adaptar la concepción del sacerdocio a la que se hicieron de una acción revolucionaria, juzgada por ellos primaria e indispensable. Esto ha producido en ellos una noción intelectual falsa, o por lo menos una actitud práctica errónea en lo que concierne el sacerdocio.

La Jerarquía tenía el deber de impedir que semejante error se propague.

Precisiones en lo que concierne al trabajo manual

No existe incompatibilidad alguna entre el trabajo manual y el sacerdocio. San Pablo trabajó con sus manos; el trabajo manual es considerado honoríficamente en los monasterios. Está previsto que los sacerdotes de la misión obrera trabajarán varias horas por día.

Si se limita su tiempo de trabajo "es para colocarlos en situación de cumplir todas las obligaciones de oración y apostolado que asumieron al hacerse sacerdotes". La experiencia, en efecto, ha demostrado que al menos para muchos era difícil cumplir de manera habitual el horario de trabajo de un obrero, reservando por otra parte el tiempo que un sacerdote debe consagrar a la oración y al apostolado.

Por el momento está previsto que los sacerdotes de la Misión Obrera no trabajarán más que tres horas por día. Sus Obispos son los primeros en comprender que esa exigencia no les permitirá vivir la existencia de un obrero, y que esto los obliga a buscar una forma de vida muy distinta de la que habían adoptado los sacerdotes-obreros.

La experiencia dirá qué contactos son posibles.

Una vez logrados los enderezamientos necesarios, podría ocurrir que la Jerarquía permitiera una más larga duración del trabajo. Se trata aquí de una disposición de orden disciplinario.

Al terminar esta larga exposición de las disposiciones tomadas por el Santo Padre y por vuestros Obispos, planteo una cuestión.

¿No es al Papa y a los Obispos a quienes corresponde "determinar las formas de vida compatibles con el ejercicio del sacerdocio", decidir cuanto concierne al apostolado que debe ejercer la Iglesia para cumplir la misión recibida de su divino Fundador?

La obra de evangelización no puede ser relegada al segundo plano, dice el Arzobispo de Burdeos

EXTRAEMOS de la carta pastoral de cuaresma de Mons. Richaud, arzobispo de Burdeos (*Semaine Religieuse* de Burdeos, 19 de febrero):

(...) "La obra de evangelización no puede ser relegada al segundo plano, a la espera de que se realice el cambio de las estructuras políticas o sociales. Jamás los apóstoles de los primeros siglos habrían predicado el Evangelio si hubieran debido esperar, ante todo, la abolición de la esclavitud y comenzado a transmitir el mensaje cristiano después de ese primer cambio de estructura. No pusieron a los esclavos en rebelión contra sus amos. Pero arrojaron en el mundo la idea, mucho más eficaz, de la dignidad de todos los hombres llamados a vivir como hijos de Dios. Como lo decía Pío XI en ocasión de la Semana Social de Versailles, "la Iglesia no evangeliza civilizando, sino que civiliza evangelizando".

"Los ministros del Evangelio no han de ponerse pues a la cabeza de un movimiento de lucha reivindicativa, aunque estimen que un cambio de las condiciones materiales facilitaría singularmente la expansión de la vida espiritual. Pueden proclamarlo y deben mostrar valientemente que ciertas situaciones son incompatibles con la dignidad humana y cristiana. Pero es a los laicos, comprometidos en la vida cívica y social, a quienes corresponde trabajar efectivamente, y en conformidad con los principios cristianos, en la realización práctica de un orden mejor. Los especialistas de lo espiritual deben permanecer sobre su propio terreno, del mismo modo que Nuestro Señor, que se había desprendido de su vida y de su condición de artesano el día en que quiso ejercer públicamente su eminente sacerdocio y rehusó entrar en las maniobras políticas de los judíos, eludiéndolos cuando se quería hacer de El un rey y un jefe popular, respondiendo por la simple afirmación de un principio cuando se quería implicarlo en un movimiento nacional contra César.

"La obra de evangelización, para mantenerse sobrenatural, no debe ser ligada a ningún régimen humano, no debe ser comprometida, en el presente y en el futuro, por una co-

laboración con un movimiento intrínsecamente antirreligioso" (...)

Carta pastoral del cardenal Liénart

La *Semaine Religieuse* de Lille, del 21 de febrero publicó la carta pastoral de cuaresma del cardenal Liénart, que lleva por título: "Misioneros con la Iglesia". Después de referirse a la acción misionera de la Iglesia y al problema misionero en su diócesis, el cardenal dice que toda la comunidad cristiana debe ser misionera. Sólo al final de la pastoral, luego de señalar el apostolado misionero de los laicos y del clero, toca en concreto el tema de los sacerdotes-obreros:

(...) "¿El clero debe participar en esta acción apostólica desde el exterior? Sí, ciertamente, hay capellanes de Acción Católica y de acción social dedicados muy especialmente a la formación y a la asistencia de los laicos militantes. Están los sacerdotes de la Misión de Francia especialmente encargados del apostolado directo en los medios más descristianizados. Otros se habían hecho voluntariamente obreros para llevar hasta el seno del mundo del trabajo el testimonio de su fe y la presencia de la Iglesia. Si la Iglesia ha juzgado que, bajo esta forma, ese apostolado no debía ser proseguido y que el sacerdocio no podía sin inconvenientes identificarse con ningún otro estado, no entiende sin embargo prohibir a sus sacerdotes poner su sacerdocio al servicio del mundo obrero. Por el contrario, se aplica especialmente a cumplir su deber misionero en ese medio popular, que le es particularmente querido porque es el más desheredado. Quiere crear, con sus sacerdotes y sus laicos militantes, una misión obrera completa, en la que cada uno cumpla plenamente las funciones de su estado. Estima, en efecto, que si conviene a los laicos comprometerse en la acción temporal al mismo tiempo que en el apostolado, el sacerdote, por su parte, debe abstenerse, como Cristo y como la misma Iglesia, de intervenir directamente en los asuntos de este mundo y consagrarse únicamente a su ministerio sacerdotal que es de orden espiritual" (...)

Declaración de su eminencia el Cardenal Gerlier sobre los sacerdotes obreros

En la Asamblea general de Hombres de Acción Católica de Lyon, que tuvo lugar el 20 de febrero, su eminencia el Cardenal Gerlier hizo una declaración sobre los sacerdotes obreros, escuchada con gran emoción por todos los asistentes. Damos a continuación el texto íntegro:

"UNA de las intenciones más urgentes y más graves de nuestra oración en la hora actual es, ya lo adivinais, la que concierne a nuestros queridos sacerdotes obreros.

No esperéis de mí que trate aquí, con toda la amplitud que requeriría, esta cuestión capital. Pero ante la ansiedad dolorosa de un tan gran número de almas, en medio de tantos errores o de incomprensiones como se manifiestan, quiero, simple y brevemente, dar a vuestras almas de cristianos algunos puntos sólidos de orientación.

En este mismo momento en que os hablo se están celebrando en París reuniones de grave importancia. Una razón más que os explicará mi discreción.

Ante todo, es radicalmente falso y gravemente injurioso para la Iglesia imaginar que ella pretende abandonar en una hora como la nuestra a la clase obrera.

Renegaría del Evangelio y del Espíritu del Salvador si tal pensamiento tuviese. El primer párrafo de la declaración publicada el 14 de noviembre por los tres cardenales, a su regreso de Roma, declaración cuyo texto había aprobado el Santo Padre, recogía expresamente la voluntad formal de la Iglesia de no abandonar a ningún precio el esfuerzo que realiza para la evangelización de las masas trabajadoras, dolorosamente descristianizadas.

No es menos falso afirmar, como algunos creen poderlo hacer, que ciertas presiones de orden social o político habrían prácticamente determinado las recientes directrices formuladas por el Soberano Pontífice.

Si el Papa ha juzgado necesario, después de diez años de experiencia, modificar las condiciones en que se ejerce el apostolado sacerdotal en el medio obrero —modificación que puede dar lugar todavía a útiles investigaciones—, nos hemos podido constatar, después de hora y media de conversación libre y filial con él, que sus decisiones se inspiran únicamente en un doble y alto propósito pastoral.

El Vicario de Jesucristo ha querido, en primer lugar, *salvaguardar mejor las exigencias esenciales del sacerdocio* entre los viejos pioneros, que, con su entrega total a la clase obrera, hubiesen podido quedar comprometidos quizá invo-

luntariamente, en especial tratándose del santo sacrificio de la misa y del deber de la oración en nombre de la Iglesia. Ha querido, en segundo lugar —¿quién podrá no desearlo con él?—, *restituir* ante el hecho de ciertas alteraciones que las circunstancias habían podido explicar en parte, pero que no podían ser aceptadas, *el carácter verdadero y sagrado de la misión sacerdotal en el medio obrero;* misión de sacerdotes, enviados como sacerdotes y que, unidos fraternalmente a la muchedumbre de los pequeños, de los que sufren, de los oprimidos, son entre ellos los portadores de un mensaje espiritual, los representantes de la Iglesia de Jesucristo. No se trata, evidentemente, de que se desinteresen de sus aspiraciones legítimas por una mayor justicia ni de su rudo esfuerzo por llegar a ella. Pero deben dejar a los litigantes seglares el cuidado de tomar en el ámbito temporal las iniciativas y las actitudes que se encontrarían inevitablemente, en determinados momentos, incompatibles con el carácter sacerdotal. Vosotros sabéis además que la Iglesia reiteradas veces ha repetido a los militantes seglares este deber de ser los servidores de la justicia, y a todos, el de ser los apóstoles de la promoción obrera.

Las consecuencias prácticas de estas consignas soberanas entrañan evidentemente para nuestros sacerdotes obreros, cuya nueva designación resulte de lo que acabamos de decir, sacrificios a los que va anejo una verdadera aflicción. *Sería no tener corazón ni ser comprensivos el no admirarse profundamente de todo aquello que comporta para esos sacerdotes la obediencia heroica que se impone a su conciencia sacerdotal*, que no se puede entender más que a la luz de la fe, además de que no puede implicar —¿será necesario repetirlo?— ninguna traición que sería odiosa, a su fidelidad a la clase obrera. Por ruda que deba ser esta prueba nosotros la esperamos de ellos con el Papa por encima de ilusiones peligrosas con las que pueden ser tentados en esta hora dramática.

He aquí por qué he dicho y repito que tenemos todos un deber urgente y grave de rogar por ellos, deber que nos facilita la gran corriente espiritual del Año Mariano. Yo he pedido por todas partes la intercesión de las almas más fervientes, de los enfermos más probados, de los seres más crucificados, y he recibido muy conmovedoras respuestas. Todos juntos, queridos amigos rogaremos, no mañana sino hoy mismo por aquellos que merecen realmente nuestro apoyo afectuoso ante Nuestro Señor Jesucristo y la Inmaculada Virgen. La obediencia filial salvaguardará a la vez su sacerdocio y la grande y magnífica causa a la que han consagrado su vida. Una actitud contraria podría comprometerlo todo, y no se puede pensar en ello sin temblar.

Por nuestra Señora somos capaces de obtener de Dios lo que exige en la hora presente: la salud de las almas y la de la clase obrera, que no será jamás realmente feliz en tanto que no haya encontrado a Cristo".

Comunicado del Obispo de Nancy y Toul

MONSEÑOR Lallier, obispo de Nancy y Toul, que tiene sacerdotes-obreros bajo su jurisdicción, ha publicado el siguiente comunicado, reproducido por la Semaine Religieuse de la diócesis (28 de febrero):

"Sabéis qué lugar tenían los sacerdotes-obreros en mis preocupaciones y en mi corazón: estaban en el puesto más avanzado.

"Me parece por lo tanto que no debo dejar sin respuesta precisa tantas cuestiones como me han sido planteadas, de viva voz o por escrito, a su respecto. La diversidad de artículos publicados desde hace varios meses, la sorpresa, la tristeza, la dificultad que experimentan un gran número de entre vosotros para adherir de corazón a las decisiones de la Iglesia los inducen en la tentación de interpretar mal los documentos oficiales, de no ver en ellos el motivo esencial y el alcance exacto, de dejarse llevar a una especie de dimisión...

Esforcémonos juntos por ver claro.

"La decisión tomada no es ni una desaprobación del trabajo cumplido por los cristianos para la promoción obrera —¡es un imperioso deber!— ni una "condenación" del mundo de los trabajadores: por cerrado que esté hoy, por sus mismas estructuras, a las perspectivas de la fe, sabemos que Jesús quiso nacer allí y que será siempre más difícil a los ricos que a los pobres entrar en el reino de Dios.

"Si los cardenales afirman que "la experiencia de los sacerdotes-obreros no puede ser mantenida en su forma actual", no es porque esos sacerdotes han vivido y trabajado como obreros: lejos de comprometer la fe y la delicadeza de corazón de un sacerdote, el hecho de compartir verdaderamente las condiciones de vida, con frecuencia tan pobres y rudas, de los trabajadores, puede darle una conciencia más aguda de las responsabilidades del sacerdocio, sin impedirle, si lo quiere, cumplir su primer deber que es la oración.

"La mayor dificultad no está allí.

"Para comprender la preocupación del Santo Padre y de los obispos de Francia es menester referirse al Evangelio.

"Ciertamente, Jesús fué verdaderamente hombre; quiso para El todas las servidumbres de la condición humana, ¿pero se puede decir que El haya asumido perfectamente, para mejor amarlas, la condición de publicano, de pescador galileo, de samaritano? ¡Jamás! A ese precio hubiera sacrificado alguna cosa de la trascendencia del sacerdocio. Ahora bien, todo sacerdote es Cristo.

"Tampoco vemos en el Evangelio que Jesús haya nunca trabajado ni, con mayor razón, combatido para la elaboración de un orden temporal, aunque éste debiera ser más favorable a la difusión del Evangelio. En aquel tiempo ya, "millones de hombres estaban oprimidos": no vemos a Jesús "solidario de sus luchas".

"Por el contrario, parece que los sacerdotes-obreros, impresionados por la miseria temporal y espiritual del mundo de los trabajadores han querido hacer cuerpo con él y "arraigarse allí sin retorno". Han tomado más que "las condiciones de la vida obrera", han asumido "la condición obrera y la lucha de los trabajadores por su liberación". En efecto, persuadidos, a justo título, de que las estructuras políticas, económicas y sociales no son indiferentes a la evangelización, han querido trabajar *por sí mismos* en la elaboración de un mundo temporal mejor.

"Por grande que sea esta tarea, no es la de un sacerdote.

"Los obispos de Francia lo pensaban antes de que Roma interviniera y se preparaban para decirlo.

"Entonces, de dos cosas, una:

"O bien, todos los que entre vosotros no pueden resig-

narse a ver las masas laboriosas separadas de Cristo y de la Iglesia no querrán admitir que la trascendencia del sacerdocio estaba en causa, no querrán aceptar que se pida tan fuerte sacrificio a sacerdotes que han forzado nuestra admiración y dado a su obispo muchas pruebas de obediencia; se dejarán llevar a una especie de "dimisión". A causa de ésta, la Iglesia abandonará un poco más al mundo obrero...

"O bien, los que quieren la evangelización de los pobres —de los pobres que a menudo valen más que nosotros...— y la Buena Nueva hasta las extremidades de la tierra, se acordarán humildemente de la palabra de Cristo a los apóstoles: "El que a *vosotros* desprecia, *a mí* me desprecia". Se unirán a su obispo, más que nunca consciente de las responsabilidades que tiene, y lo ayudarán a cumplir la promesa de los cardenales: "A ningún precio, la Iglesia abandonará los esfuerzos que prosigue para la evangelización de las masas laboriosas".

"Que todos, desde hoy, nos den su oración, quizás lo que más nos ha faltado desde los comienzos de la Misión Obrera... Con frecuencia se ha dicho que los que asumían su responsabilidad: "son sacerdotes aislados". Esta palabra expresa muy exactamente lo que fué la soledad de algunos sacerdotes o laicos consagrados a las más rudas tareas. Nuestras comunidades cristianas no les estaban lo suficientemente unidas por una profunda simpatía y una ardiente oración.

"Necesitamos de una y otra para no abandonar esta difícil misión.

"Todo hombre verá la salvación de Dios" (Is. XL, 5). El mismo lo ha prometido.

"¡Que nuestra oración, nuestra audacia, nuestra humilde fidelidad a la Iglesia fuercen a Dios a cumplir su palabra!".

Carta de un sacerdote español

LA *Croix* del 25 de febrero, publicó la emocionante carta que un sacerdote de Bilbao dirigió a su redactor en jefe:

"Mi querido amigo en Cristo: quiero hacerle llegar el sentimiento de angustia de muchos sacerdotes españoles que, hasta hoy, han seguido con afectuosa ansiedad la experiencia de los sacerdotes-obreros.

"Dios sólo sabe cuánto se los ama por aquí, con qué admiración se los ha seguido paso a paso y *cuánto bien han hecho entre nosotros, entre nuestro clero* que comparte las mismas inquietudes misioneras.

"En la hora en que fueron tomadas las decisiones eclesiásticas, que en ningún momento hemos pensado discutir, nos hemos sentido impresionados por la terrible prueba a la cual iban a ser sometidos nuestros queridos hermanos. Nuestro corazón se comprimió y, por un momento, nos sucedió dudar de si todos, entre ellos, tendrían la fuerza de heroísmo sobrehumano que las medidas adoptadas les exigían.

"Queremos pedirles públicamente perdón por haber dudado. Estamos seguros de que después de habernos dado sublimes lecciones de espíritu sacerdotal y de caridad cristiana, sabrán darnos la lección todavía más grandiosa de la heroica obediencia.

"Queremos decirles que tenemos necesidad de esa heroica obediencia, la cual tanto nos falta en la porción de Iglesia en la que vivimos, que es ciegamente fiel, ciertamente, pero que también está excesivamente apegada a formas antiguas y se muestra desconfiada en lo que concierne al trabajo de nuestros hermanos del otro lado de los Pirineos.

"Eran muchos los que aquí auguraban, que predecían un fin desastroso de la experiencia del sacerdote-obrero, que olfateaban en ella gérmenes de herejía y de cisma.

"¡Por las entrañas de Cristo, no les deis razón, ni siquiera en apariencia, para que no nos abrumen con el peso de su infinita inercia! (...)

La Asamblea de los Cardenales y Arzobispos reprueba al periódico "La Quinzaine"

LOS cardenales y arzobispos de Francia, reunidos en París los días 10 y 11 de marzo, dieron al final de su reunión, el siguiente comunicado, fechado 11 de marzo:

"En dos oportunidades ya, la Asamblea de los cardenales y arzobispos ha debido llamar la atención de los sacerdotes y militantes de la Acción Católica sobre el peligro que, para su fidelidad a la Iglesia, representaba la lectura de "La Quinzaine".

"Hoy no puede callar más su reprobación formal de la actitud tomada por este periódico con respecto a la Iglesia y a la Jerarquía, en el drama doloroso que acaba de provocar la emoción de la opinión pública.

"Ante los ataques y las insinuaciones de que se ha hecho eco apasionado y que ha alimentado este boletín, la Jerarquía ha guardado por mucho tiempo silencio. Lo que se le ha reprochado. Estaba en derecho de esperar que respetaría, como ella, el sufrimiento de sus sacerdotes.

La Asamblea de los cardenales y arzobispos tiene el deber de declarar expresamente que se engaña a la opinión pública. Todo sucede como si esta ocasión hubiese sido aprovechada con entusiasmo para dirigir una campaña sabiamente orquestada contra el Santo Padre y el episcopado, una parte del clero y de los fieles.

"No se dice la verdad cuando se pretende que la Iglesia abandonará en adelante al mundo obrero. La Jerarquía siente, desde hace años, la angustia de la miseria espiritual de las masas populares, al mismo tiempo que denuncia las injusticias sociales, causas de su miseria material. No ha esperado las censuras, demasiado tardías, de ciertos periodistas que hoy descubren ese problema.

"Desde hace más de cincuenta años ha llamado a los cristianos a una acción social realizadora. Es así como hace cerca de treinta años que ha asignado a la Juventud Obrera Cristiana primero, después al laicado adulto de la Acción Católica Obrera, ayudados por sacerdotes especializados en el apostolado obrero, una misión de evangelización. Fué la Jerarquía, y ella sola, la que hace diez años tomaba la responsabilidad de enviar sacerdotes a las fábricas para llevar allí el mensaje redentor. Es ella la que hoy busca la forma nueva de una misión de los sacerdotes en el mundo obrero, escuchando atentamente a los que tienen el derecho de hablar en nombre de los medios obreros: los militantes laicos, los sacerdotes que habían querido compartir la vida obrera, sus sufrimientos y sus esperanzas, en fin, los sacerdotes de las parroquias obreras que viven en medio de su pueblo, mezclados a todos los acontecimientos de las familias obreras y que dan entre ellas el testimonio de una vida pobre y de un celo pastoral muy activo.

"No se dice la verdad cuando se declara que las últimas medidas han sido tomadas por motivos políticos o bajo presiones exteriores. Los que no quieren ver aquí más que un asunto de disciplina, muestran por lo mismo cómo se les escapan las verdaderas dimensiones del problema. Sin duda, los periodistas laicos tienen alguna dificultad en comprender las profundas razones, de orden doctrinal, espiritual y religioso que han provocado estas medidas... ¡Que se informen con exactitud o que se callen sobre este punto! La Jerarquía está aquí en su propio dominio, el del sacerdocio; es a ella sola, y no a ellos, que pertenece fijar las condiciones en las cuales es posible, apostólica y sobrenaturalmente fecunda una vida sacerdotal, fundada sobre una fe ardiente en la acción de Jesucristo y en el misterio de la Iglesia.

"No se dice la verdad cuando se pretende que el cardenal Suhard tenía otras vistas que las de la jerarquía

actual. Sus formales y reiteradas declaraciones a sus colegas de la Asamblea, que durante años han trabajado constantemente con él en la elaboración de los proyectos misioneros (Misión de París, Misión de Francia) sus escritos personales ponían siempre la condición de la fidelidad a las "obligaciones eclesiásticas" y a la Iglesia, como una exigencia esencial de la rectitud y de la eficacia del apostolado misionero de los sacerdotes.

"No se dice la verdad cuando se reprocha a la Jerarquía no haber tenido contacto con sus sacerdotes y de no haberlos advertido con tiempo. Reuniones, y con frecuencia prolongadas durante horas enteras, han tenido lugar en varias oportunidades, tanto en el plano nacional cuanto en las diócesis con cada obispo. En diversas circunstancias, la Jerarquía ha hecho las advertencias necesarias para evitar cualquier desviación que pudiera comprometer la experiencia. Precisándose cada vez más las inquietudes acerca de algunos sacerdotes, la Jerarquía redactada, en noviembre de 1951, un directorio destinado a los sacerdotes obreros, con vistas a recordar los puntos fundamentales de su vida de sacerdotes (misa, breviario, ausencia de responsabilidades temporales en las organizaciones obreras). Quería dar a los obreros, no militantes de acción sindical o política, sino plenamente sacerdotes y únicamente sacerdotes.

"La Asamblea de los cardenales y arzobispos condena severamente la mentirosa campaña de cierta prensa. Pide a todos los católicos que aman a su Iglesia apretarse más que nunca alrededor de la Jerarquía en la acción misionera que quiere proseguir para "la evangelización de los pobres", que se mantengan serenos y se muestren como verdaderos hijos de la Iglesia, libres y valientes en su fe clarividentes y lúcidos frente a los ataques que hacen sufrir a su Madre".

EDITORIAL DE "LA QUINZAINE"

En su número del 15 de marzo, *La Quinzaine* respondió a la Declaración de la Asamblea de los cardenales y arzobispos, con un editorial titulado "L'émotion des chrétiens témoigne de leur fidélité".

"Por grande que sea nuestro sufrimiento ante la declaración de los cardenales y arzobispos del 11 de marzo, nos esforzaremos por rechazar de nuestro corazón la indignación, la rebelión y el desaliento. Frente al golpe que se descarga sobre *La Quinzaine* y que sentimos como una profunda injusticia, experimentamos la fuerza de nuestra fidelidad desconocida. Tenemos el deber de hacer reconocer esta fidelidad a la Iglesia por los que en el mundo son los primeros jueces de ella, nuestros obispos.

"Hoy se ve claramente que no hemos sido comprendidos en la profundidad de nuestras intenciones".

Después de señalar su solidaridad con los sacerdotes-obreros y con sus teólogos defensores, dice:

..."No tenemos la intención de entablar una polémica con la Jerarquía. No más hoy que ayer, discutiremos la autoridad del Magisterio. Pero deseamos ser juzgados sobre lo que nosotros hemos escrito, no sobre lo que otros han podido escribir. En lo que en nuestras columnas o en otras partes ha sido escrito, había quizás tal o cual expresión que podía prestarse a un malentendido. Lo esencial no está allí; está en la expresión de una innegable emoción colectiva que ha revestido en su conjunto un alto valor de fidelidad y que es necesario saber escuchar y comprender.

..."Lo que hoy está en causa es la expresión de la opinión pública en la Iglesia.

"¿Cómo hablar, en efecto, de director de orquesta, cuando se conoce la amplitud y la espontaneidad de la emoción suscitada, no solamente entre los militantes obreros, sino también en los medios más diversos de la opinión católica? La Asamblea de los Cardenales y Arzobispos afirma en su declaración "que ella escucha atentamente a los que tienen el derecho de hablar en nombre de los medios obreros". Nosotros podríamos recordar que *La Quinzaine* no está redactada por periodistas que descubrirían hoy el problema de la miseria espiritual y material de las masas populares, sino por militantes, algunos de los cuales tienen también el derecho de hablar en nombre de los medios obreros. Pero ¿qué importa? Pues ¿qué hemos escrito de distinto de lo que han dicho y escrito los que, según la declaración tienen el derecho de hablar: "los militantes laicos", y por ejemplo un gran número de militantes de la Acción Católica Obrera —los "sacerdotes de las parroquias obreras que viven en medio de su pueblo" y de los cuales nosotros hemos recibido múltiples testimonios— los sacerdotes, en fin y sobre todo "que habían querido compartir la vida obrera, sus sufrimientos, sus esperanzas"? No hemos dicho nada de distinto de lo que han afirmado, creemos, a los obispos, los representantes de los que, en el desgarramiento, han dejado su trabajo.

..."Lo que se dijo era duro, sin duda. Pero era un testimonio auténtico que traducía, no la reflexión abstracta de algunos intelectuales de gabinete, que inventarían problemas, sino los sentimientos y las reacciones de millares y millares de cristianos, militantes obreros y muchos otros, de los cuales hemos sido portavoces.

..."*La Quinzaine* no expresa una doctrina, expresa hombres. Lo que esos hombres piensan, lo que esos hombres escriben, lo saben nuestros obispos que han recibido sus cartas y que a nuestra vez hemos escrito y repetido públicamente. Ayer, en muchas familias obreras, los militantes que no traicionaban a ssu hermanos de trabajo perdían la fe. Hoy, en parte gracias a los sacerdotes-obreros, ocurre que la conservan. Pero cuando ellos expresan su fe, a su manera, a través de su vida, de sus luchas, de sus esperanzas, se clama al escándalo. Es necesario, sin embargo, que esos hombres puedan hablar y ser escuchados. Tienen formas de expresión que les son propias y que es menester saber escuchar. Si no hablan en la Iglesia, hablarán, pero fuera de la Iglesia. El fondo del problema está allí. Arrebatándoles sus medios de expresión, muchos, sin duda, serán conducidos a la apostasía.

..."En fin, ¿cómo interpretar como ataques e insinuaciones, como llamamiento a la separación, lo que no era sino un grito angustioso, lanzado por una parte importante del pueblo cristiano hacia los que tienen la responsabilidad, tan pesada, del porvenir de la Iglesia en Francia y en el mundo?

"La adhesión de esos militantes a la Iglesia, de esos cristianos, jamás ha sido tan grande. Jamás hemos sentido tanto el lugar que la Iglesia tiene en nuestras vidas.

..."Somos de los que piensan que las reacciones de los militantes que nosotros expresamos pueden y deben expresarse en el interior de la Iglesia universal. Nuestros obispos no ignoran —o, en todo caso, no deberían ignorar— que muchos cristianos, encontrando muchas dificultades para expresarse en el interior de la Iglesia, están tentados desde hace algunos años, sea a abandonar la Iglesia, sea a encerrarse en pequeñas células espirituales al margen de la Iglesia.

"Uno de nuestros esenciales esfuerzos y una de nuestras primeras tareas han sido abrir a esos cristianos nuevas posibilidades de expresión y de vida en la Iglesia. Ciertamente, sabemos que es ésta una tarea larga y difícil, quizás la de toda una vida y más.

"Pero, mientras otros pensaban que no había nada que hacer en esta dirección, nosotros siempre pensamos que nuestro deber era abrir la Iglesia, toda la Iglesia, a los problemas del mundo y de ayudar a nuestros amigos a hacerlo, cada uno según su nivel.

"No nos disimulamos que hoy esta tarea ha venido a ser más difícil que nunca y que algunos responsables eclesiásticos han hecho el juego a los que dicen que no hay nada que hacer en la Iglesia. Pero lo que se arriesga —la vida de la Iglesia de Cristo en el mundo— es demasiado grave para que nos desalentemos. Supera mucho a nuestras personas para que lo renunciemos, a pesar de los ataques a nuestro honor de cristianos.

"Muy por el contrario, todo ha sido hecho para mostrar que era necesario dirigirse finalmente al Santo Padre y al episcopado, hacerse escuchar de ellos, informarlos. ¿No es dar una gran señal de confianza en la Iglesia y en sus jefes, a pesar de todo lo que podría hacer pensar lo contrario, creer que es posible un día ser escuchado por ellos?

..."No pensábamos que el respeto a la autoridad implicase, sobre todo en un problema de tanta complejidad, aun después de una primera decisión, el silencio: tanto más cuanto es la misma Jerarquía la que hace un llamado a la opinión y desea escucharla. (...)

Inmenso es el servicio prestado a la Iglesia

El 15 de noviembre de 1953, cuando se iniciaba la situación de crisis, J. P. Dubois-Dumée, escribía en La Revue Nouvelle *(Bélgica) un amplio artículo sobre los sacerdotes-obreros. A pesar de su fecha, publicamos sus conclusiones al cerrarse esta información, ya que, anticipándose a los sucesos, sitúan el problema en su verdadero lugar: Es necesario poner orden en la concepción misma del apostolado frente al mundo moderno.*

"¿QUE pasará? ¿La experiencia misional de los sacerdotes-obreros será condenada? ¿detenida? ¿mantenida bajo ciertas condiciones? Es demasiado pronto, en el momento en que escribimos, para decirlo. Y, en un sentido, eso no tiene importancia. La solución que se le dé, *cualquiera que sea*, no tendrá valor si no sirve de punto de partida para un vigoroso esfuerzo de reflexión y de acción.

"Al cabo de diez años, se dice que ha llegado la hora de salir del estado experimental y de "poner orden". Es querer quemar las etapas. Ignorar la amplitud de una tarea apenas comenzada.

"Ciertamente, los ordenamientos son necesarios. Pero el verdadero problema está en otra parte. De nada servirá mantener la experiencia o suprimirla si, en esta ocasión, no se aborda de frente el conjunto de la cuestión misional, tal como se presenta hoy en Francia (y en otros países). No es tanto en el apostolado de los sacerdotes-obreros donde es necesario poner orden (sin negar, una vez más, la necesidad de ciertas reformas); es en la concepción misma del apostolado frente al mundo moderno y, en particular, frente al movimiento obrero. Que se esté de acuerdo o no con el ensayo de solución que representan los sacerdotes-obreros, *no se puede negar que hay planteado un problema, un problema que los sobrepasa.*

"Desde este punto de vista, habrán prestado a la Iglesia inmensos servicios: el de restablecer un contacto, por débil que sea, con un mundo cerrado, el de alertar a los cristianos sobre las dimensiones reales de la tarea apostólica, el de poner en cuestión actitudes que amenazan con hacer pantalla entre la Iglesia y el pueblo, el de despertar, en los sacerdotes y en los fieles, inquietudes saludables. Desde ahora nos impiden dormir tranquilos. Agradezcámoselo".

Verdad y unidad

("La Vie Intellectuelle", abril 1954)

¿QUE significa para nosotros el retiro de los sacerdotes-obreros? Precisemos: para nosotros, que no somos sacerdotes-obreros; para nosotros, simples cristianos; para nosotros, más especialmente, que de cerca o de lejos estamos asociados, constantemente o por intermitencias, redactores o simples lectores, al esfuerzo de esta revista.

Cuando buscamos la respuesta a esta cuestión precisa que nos concierne, nos sentimos tentados a ampliarla, planteándonos cuestiones que nos conciernen menos directamene. Por ejemplo: ¿qué es lo que significa para la Iglesia en Francia y para toda la Iglesia el retiro de los sacerdotes-obreros? ¿Qué significa para los mismos sacerdotes-

obreros? Cuestiones más amplias, a las que no podemos responder, o a las que no podemos dar sino un comienzo de respuesta. No porque de alguna manera nos detenga una especie de oportunismo despreciable; sino porque la respuesta no nos pertenece, o porque no la vemos con claridad. En materia tan grave importa no decir sino lo que se piensa, acordándose del precepto evangélico: "Que vuestro lenguaje sea Sí o No; todo lo que se dice de más viene del Malo". No debe decirse sino lo que se puede firmar con un Sí sin reserva, en el cual se esté personalmente comprometido. No nos pertenece, pues, decir lo que el retiro de los sacerdotes-obreros significa para ellos mismos: a ellos corresponde dar la respuesta, y darla no a nosotros, sino a Cristo; nosotros no podemos ayudarlos de otra manera que como un hermano ayuda a su hermano, por la oración, por la amistad y, quizás por un diálogo directo, que sabrá hacer lugar al silencio. Tampoco nos pertenece decir lo que el retiro de los sacerdotes-obreros significa para la Iglesia. Pues si somos de la Iglesia, y sí, a este título, la respuesta nos concierne y tiene necesidad de nuestro *sí*, no podemos pretender formularla solos. La respuesta no pertenece a una fracción de la Iglesia ni a la Iglesia de un instante, pertenece a la Iglesia viviente en su totalidad jerárquica y en su continuidad temporal, y en ella al Espíritu Santo. Nosotros no podemos otra cosa que contribuir, por nuestra parte y en nuestra lugar, a buscarla. Esta contribución no puede ser eludida colectivamente por los católicos de Francia. Mas para ser propuesta de modo útil, exige mucha información y reflexión. Y es sin duda prudente, para la mayoría de nosotros, y en todo caso para el firmante de estas líneas, atenerse a los que la pueden afirmar con inmediata certeza.

Lo que viene a ser considerar únicamente la cuestión planteada al principio: ¿qué significa para *nosotros* el retiro de los sacerdotes-obreros? Pues sobre este punto sí podemos y debemos responder. Si no lo hiciéramos "gritarían las piedras"; otros gritarían en nuestro lugar, deformando y explotando falsamente lo que habríamos creído necesario callar; y ya han gritado demasiado.

Nuestra respuesta se encierra en algunas palabras, sin duda torpes, pero que expresan una certidumbre. Nosotros comprobamos que el retiro de los sacerdotes-obreros ha sido sentido por nosotros (por cada uno de nosotros, por mí), como una herida, como una amputación de algo vivo que era nuestro. Quizás no sabíamos, o no sabíamos sino confusamente, cuánto nos importaba la existencia de los sacerdotes-obreros. Ahora lo sabemos.

Intentemos precisar esta comprobación, darle su sentido. Ante todo no queremos atribuirle un sentido que no tiene. Lo dicho más arriba basta para hacer comprender que no pensamos aumentar indebidamente su alcance, hacer de nuestra respuesta a nuestra pregunta la respuesta a la pregunta más amplia que concierne a la Iglesia. Comprobar nuestra herida, no es hacer de ello una "objeción": de ninguna manera entendemos "protestar" contra el retiro de los sacerdotes-obreros, ni discutir los motivos, el fundamente, incluso la necesidad de esta medida. Cuando un organismo vivo se siente atacado en alguno de sus miembros, eso no significa necesariamente que el choque experimentado provenga de una fuerza hostil, o de un error, o de un accidente; puede también venir de la mano de un cirujano clarividente que "ataca" un miembro en peligro: la reacción inmediata del organismo no es suficiente para decidir de ello.

Pero hay un punto sobre el cual esta reacción no engaña. Cuando una herida es de esta manera sentida, alguna ligadura vital ha sido tocada. La realidad de esta ligadura está probada de esta manera. Muchos cristianos de Francia ignoraban su relación con los sacerdotes-obreros. La presente prueba se las revela, y por el mismo hecho les revela, más esencialmente, sus relaciones con la Iglesia universal, de la que los sacerdotes-obreros son los sacerdotes, y sus vinculaciones con ese mundo, en el cual los sacerdotes-obreros habían entrado profundamente. Este es quizás el beneficio, pagado muy caro, del acontecimiento. Hemos sido "invitados a la atención". De estos vínculos revelados por una dolorosa tensión, estamos invitados a experimentar su fuerza, y a apretarlos, puesto que por ellos para la vida.

No son solamente los lazos de la amistad fraternal de tal o cual de entre nosotros con tal o cual sacerdote-obrero, o de todos en la Iglesia por todos los que saben probados; o los vínculos de la caridad, de esta caridad que nos une a todos en la comunión de la Iglesia Católica, y de esta misma caridad que empuja a la Iglesia hacia todos los mundos nuevos donde hay hombres que salvar. Son también los vínculos de la fe. O mejor, los vínculos de la caridad se descubren esenciales a la misma vida de la fe. Nosotros que, poco o mucho, más o menos bien, hemos tratado de vivir de la fe, y de hacerlo en este mundo, de decir el sí de la fe a Cristo con todo nuestro ser de hombres que se deben a un mundo, sabemos hoy que nos es imposible lograrlo solos, y que la verdad, adhesión a Dios, es también comunión con la Iglesia y con los hombres. La adhesión íntima de nuestra fe a Dios que habla, *interior intimo meo, superior summo meo*, implica y exige el coloquio con la Iglesia, ese cambio del *auditus fidei* y de la *protestatio fidei*, cuyo tipo nos lo da la liturgia del bautismo: implica y exige también, para ser fe viva, un coloquio con el mundo, *cogitatio fidei*, del que habla Santo Tomás y que es el diálogo, en nosotros, de la fe y de todas las cuestiones de los hombres. Tenemos Padres en la fe, tenemos hermanos en la fe, tenemos un magisterio de fe; nuestra fe no puede vivir más que en la comunión con ellos. También tenemos en este mundo compañeros que no comparten nuestra fe; y nuestra fe tiene necesidad de probarse a su contacto, en un "desacuerdo" que es un diálogo, para hacerse adulta y capaz de comunicación. "¿Quién *se* dice que soy?" "¿Quién decís *vosotros* que soy?": esas dos preguntas de Cristo prepararon la profesión de fe de los Doce, a la que Pedro dió forma.

La liturgia de la Iglesia oriental hace preceder el canto del *Credo* por esta invitación del diácono a los fieles: "Amémonos unos a otros, a fin de que en la unidad de espíritu confesemos...", a lo que la asamblea responde: "...al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consustancial e indivisible". Se puede ver en ese diálogo litúrgico la expresión de una necesidad de la fe. Tenemos necesidad de toda la Iglesia para creer en Cristo Hijo de Dios, y esta necesidad de unidad da su sentido a nuestra obediencia al mismo tiempo que la exige. Pero también necesitamos de "los de afuera", de su presencia inquieta u hostil alrededor de la asamblea mística, para creer en Cristo con una fe "apostólica".

Los sacerdotes-obreros eran para nosotros los signos vivientes de esa doble (y diferente) "comunión" necesaria con la Iglesia y con los hombres. Su retiro nos ha hecho comprender mejor lo que querían decir esos signos. Hoy desaparece el signo. Pero queda la realidad. Los vínculos del cristiano tanto con la Iglesia cuanto con los hombres son esenciales a la vida de la fe. No podemos, sin morir, dejar que se rompan.

Th. G. Chifflot, O. P.

LIBROS

Una buena biografía de Almafuerte

QUIENES hayan leído con alguna asiduidad las páginas de CRITERIO habrán tenido frecuentes oportunidades de apreciar la seria versación y el fino juicio estimativo puestos de manifiesto por Romualdo Brughetti en sus críticas sobre artes plásticas. Si la curiosidad de ellos se extendiera ahora a la lectura del interesante libro que, con el título de **Vida de Almafuerte**, y por intermedio de la editorial Peuser, acaba de publicar el referido escritor, fácil les sería comprobar en éste la existencia de aptitudes nada comunes, no sólo para evocar tipos y para reconstituir ambientes, sino también, y sobre todo, para captar el sentido último y dominante de la realidad así restaurada y así revivida. Claro es que en la actual circunstancia contaba el biógrafo de Almafuerte con grandes probabilidades de llegar a ser fidedigno como tal. Hijo de un íntimo amigo del poeta (y hasta ahijado de éste, según tengo entendido), Brughetti vivió en círculos familiares al autor de las **Milongas clásicas** y pudo obtener así una imagen muy cierta del que un día sería su personaje, imagen conseguida no directamente (pues hacia 1917, que fué cuando murió Pedro B. Palacios, su ahijado debía de ser niño) sino por medio de abundantes testigos "de vista".

En posesión de tales elementos informativos, y movido por su instintiva simpatía hacia el tema encarado, el autor de estas animadas páginas ha logrado proporcionarnos una versión viva y lógica de una existencia en la que la pasión por la justicia y la devoción por el arte corrieron íntimamente consubstanciadas durante años fecundos como pocos en obras, en actos y en gestos singularísimos. La infancia con su temprana decepción, la primera adolescencia con su fe y con sus dudas en materia religiosa, la juventud ardiente y quimerista, los insobornables años de la edad viril, la ancianidad olímpica, solitaria y austera, y los últimos días de una carrera empleada del principio al fin en una sola lucha contra todo y contra todos, desfilan ante los ojos del lector con la temperatura, el brillo y el acento de lo más real. Y acabamos de corroborar así los firmes rasgos de una estampa humana que nos habíamos forjado con los heterogéneos medios puestos a nuestro alcance por la obra literaria y por lo que nos había sido dado leer y escuchar acerca de tan original conciencia y de tan dramático destino.

Constreñido a definirlo en pocas palabras, bien puede cualquiera recordar lo de "místico en estado salvaje" (que era lo que Rimbaud le parecía a Claudel) y decir que Almafuerte fué un apóstol en bruto o, si se prefiere, en estado de naturaleza. Para serlo en plenitud de lo otro, vale decir, de gracia, le faltó a Pedro B. Palacios la actitud fundamental del cristiano: esa paulina humildad a la que ninguna flaqueza del prójimo puede causar irritación sino caritativos sentimientos. Almafuerte (como buen romántico, en el sentido no literario sino filosófico del vocablo) creía que todo podía ser arreglado por vías naturales, acaso porque su vago rousseauneanismo le hacía pensar en una específica bondad humana a la que sólo la sociedad, una sociedad impía y egoísta, había sido capaz de malear y de torcer. Si el poeta de **El misionero** hubiera tenido barruntos entrañables acerca de lo que fué y de lo que en sí supone el pecado original, quizá su acción habría sido distinta, y quizá su apostolado habría subido a la esfera en que debió desarrollarse. Y digo **debió**, porque en virtud de su sólida fe de los primeros años y hasta en razón de una devoción mariana que los azares del agitado y confuso pensar no pudieron desarraigarle del todo, Almafuerte estaba constituído para llegar a ser por completo lo que en realidad no fué sino a medias: un serio y efectivo colaborador en la sobrenatural empresa de difundir la verdad y de restablecer (empezando por **de dentro**, como diría Quevedo) la justicia. Pero en esta radical frustración también hubo grandeza, y esa grandeza se percibe principalmente en los versos de Palacios, los cuales, no obstante su formulación (incompatible con nuestro gusto literario actual), impresionan hondamente por la indefinible angustia que los informa y que en ocasiones parece proceder, no de la zona mental donde la preocupación social o política suele tener su no siempre limpia fuente, sino en el estrato espiritual, incomparablemente más puro y más profundo, donde las inefables ansias del alma hablan un lenguaje que no se parece en nada a los de la tierra.

También era romántica (¡y cómo!) la concepción que Almafuerte tenía del poeta. Éste no podía ser para él sino una criatura más o menos sacerdotal a la que todo respeto le era debido y a la que ningún privilegio le debía ser negado. Persona intocable, el vate (digámoslo con palabra adecuada) constituía la encarnación de lo mejor de la sociedad y, por lo tanto, debía tener su asiento, o su trono, en la cumbre de ella, y recibir de ella, desde tan excelsa región, el consabido acatamiento. Acreedor innato y permanente de los demás mortales, el bardo (empleemos otra denominación conveniente) estaba en todo su derecho al proceder como procedió en el suceso que paso a relatar. Acompañado por Bufano (que solía asistir a nuestro hombre durante sus estadas en Buenos Aires, y que fué quien me contó la anécdota), Almafuerte entró una tarde en una casa de óptica de la calle Florida para hacer arreglar unos anteojos. Reparado el desperfecto, el empleado se puso a garabatear la boleta para la caja. Y aquí estalló la cólera de Apolo, que más bien parecía la de Júpiter, a juzgar por el número y la calidad de los rayos y de las centellas que descargó sobre el comercio y la industria. "¡Cómo! —decía el iracundo liróforo—. ¿Boletas a mí? ¿Pagar yo? ¿No sabe usted que soy Almafuerte? ¿Desde cuándo pagan los poetas de mi importancia?" A las voces del indignado cliente acudió alguien que tenía autoridad en la casa y que a lo mejor no era demasiado devoto de Mercurio, ya que, sonriendo con inteligencia, rompió el enojoso papelito y entregó sin cargo al apolíneo dios las gafas que acababan de componerle, no sin pensar quizá (sobre todo si el sensible comerciante llevaba sus infidelidades a Hermes hasta el punto de frecuentar las páginas de la famosa novela cervantina) en el extraño parecido existente entre aquel poeta que, por serlo, se consideraba exento de la obligación de dar al César lo del César y aquel otro soñador para quien fué una revelación asombrosa la que le hizo cierto ventero al decirle que los caballeros andantes llevan siempre dinero entre las camisas de su somero bagaje.

Tampoco Brughetti ha dejado de advertir esa curiosa semejanza, ni menos de pensar que, si la hubo, fué porque Almafuerte tuvo mucho de Don Quijote. Como el hidalgo manchego, el poeta de Buenos Aires confundió sus sueños con la bajuna realidad, amó a los débiles y a los menesterosos, odió a los opresores de sus semejantes, fustigó sin descanso a los soberbios, luchó de palabra y obra contra una grey barberil y bachilleresca que en su caso presentó el aspecto de tales y cuales parásitos de la Universidad y de la Legislatura, arremetió contra gigantes que solían tener la forma de estos caudillos o de aquellos comisarios, y se comportó en todo momento como un noble y esforzado campeón de las causas universalmente perdidas. Esta digna sustentación moral (firme en la abnegación de las ideas y de la conducta) hace olvidar lo que en la obra escrita de Almafuerte aparece expresado de modo a veces tan chabacano, y hasta lo que en alguna parte de ella bordea la doctrina peligrosa, enuncia conceptos limítrofes de la blasfemia o se precipita en los abismos del peor delirio verbal, acaso no por deliberación del escritor sino por imperio de la retórica que lo avasallaba.

Pese a todo, el autor de las **Evangélicas** fué cristiano. Y, como tal, tiene validez su legado y verdadero sentido su existencia de luchador, de luchador cuyos objetivos finales (teleológicos podría haber dicho Unamuno) no fueron sin duda los que la crítica superficial ha querido atribuirle. No. Almafuerte no guerreó por razones docentes, ni sociales, ni políticas, ni americanistas, sino por otras más altas y más trascendentes. Almafuerte era un hombre con una sed inextinguible de bien, de verdad y de justicia. Y si esa sed acabó convirtiéndosele en una tortura tremendamente angustiosa fué porque quien la sentía no buscó, para saciarla, el manantial a que de niño se acercó tantas veces. Almafuerte peleó por lo que hay que pelear, pero no como soldado de línea, sino como franco-tirador. Guerrillero de la buena causa, su acción careció de orden y de disciplina hasta el punto de convertirse en peligrosa para él mismo y escandalizadora de los demás. Quedan en pie, sin embargo, su buena intención, algunos versos realmente conmovedores y una limpieza de vida que es un ejemplo para cuantos tienen una pluma en la mano.

Brughetti ha organizado con tino los datos conseguidos en una larga búsqueda, y, entre ellos, ha tenido el buen acuerdo de transcribir textos que aclaran y amplían el sentido de los actos del personaje. Ningún criterio más adecuado si se tiene presente que la obra de Almafuerte nació y creció por móviles del momento, y que no hay en ella nada que no se relacione directamente con las sucesivas peripecias de quien la llevó a cabo. Otra de las virtudes del biógrafo de Palacios podría ser la que representa el haberse mantenido a igual distancia de lo histórico y de lo novelesco, no apegándose demasiado a lo testimonial ni inclinándose más de la cuenta hacia lo fantasioso. Su trabajo resulta así de una seriedad que no cae en la aridez y de una amenidad que no se resuelve en humo de pajas. Todo ello me alegra, y todo ello ha de alegrar, sin duda alguna, a quienes echaban de menos la existencia de un libro claro, honrado y bien escrito en el que Almafuerte apareciera reflejado en sus exactas proporciones de hombre y de poeta.

Francisco Luis Bernárdez

EL BUSCADOR (novela policial); autor: Patric Quentin; traductor: María Inés Bellocq; editor: Emecé (colección Cuadernos de El Séptimo Círculo); 103 páginas.

EL **Buscador**, que fuera editado primeramente en **El Séptimo Círculo**, inaugura ahora esta nueva colección de Emecé, destinada a reeditar títulos ya aparecidos en aquélla y agotados.

A pocos meses de su casamiento un hombre vuelve para festejar la Navidad con su esposa; regresa habiendo cumplido un viaje que le asegurará el futuro. No encuentra a su mujer en el departamento de ambos; encuentra el cadáver de un hombre. No se convence de que ella lo ha matado, pero descuenta que el cadáver le significa un peligro; lo oculta, y sale en búsqueda de la esposa que apenas conoce. **El Buscador** es el relato de esa búsqueda, la peripecia de un hombre que se acerca a algo que continuamente se le escapa.

No se trata, pues, de una novela típicamente policial —una narración que tiene como objeto sostener el interés del lector mediante el conjunto sin salida de las circunstancias que rodearon un crimen— sino de una narración tensa, cuyo atractivo reside en las al-

ternativas de la tensión que establece entre el lector y lo narrado.

Como en la vida real, en esa peripecia las figuras se permutan: lo que era no es, y es lo que no era. La duda germina y canjea, los rostros muestras zonas de pronto comprendidas, los que persiguen son los perseguidos. Si se recuerda "El Ministerio del Miedo", de Graham Greene, se recordará que lo mismo ocurría allí. Si aquí de algún modo se sugiere alguna oscura y transitoria correspondencia entre ambas obras —la profunda melancolía que penetra sus modos de decir, por sobre todo; un llegar a las cosas casi sin ilusión o con el sentimiento anticipado de su pérdida; cierto dejo punzante que excede al ámbito de lo dicho— no es para afiliar en nada la obra de Patric Quentin; no para devaluarla con una relación de dependencia que no existe, sino bien por el contrario para señalarle su nivel, que es, en este caso, el de un gran escritor del género. **El Buscador** es el relato absorbente, intenso, punzante, de una persecución que fácilmente podría haber llegado al simbolismo y que el autor cierra modestamente con un idilio para alegría de todos los lectores que queremos que las cosas acaben bien, aunque llegado el caso no sepamos como hacerlo nosotros.

B. U.

RAUCHO (novela); autor: Ricardo Güiraldes; editor: Emecé; 192 páginas.

EN sus distintos peldaños Dante, Cervantes, Güiraldes, han acabado por ser escritores de una sola obra; es en función de la Commedia, del Quijote, de Don Segundo Sombra, que volvemos sobre sus otros trabajos y que vemos allí una y otra vez calidades que hubieran permanecido perdidas o ignoradas sin la erudición a que obliga la importancia de sus obras principales. La Vita Nuova o las Novelas Ejemplares son en sí obras capaces de justificar la gloria, pero de otros autores que no hubieran alcanzado a ser Dante ni Cervantes. Luego —no es una cuestión de cronología en lo que a la aparición de las obras se refiere—, existiendo ya la Commedia o el Quijote, son obras dignas de Dante y de Cervantes y reiteran la calidad de sus autores.

Del mismo modo Raucho, obra menor de Güiraldes, con sus limitaciones, con su mala gramática, con su rosario de metáforas no absorbidas por el relato, su sensualidad más enumerativa y exasperada que sentida, su voluntad de estilo —o su modo de época que envejece con ella— con todo lo que pueda tener de negativo y caduco, tiene sin embargo cualidades que corroboran la calidad del autor de Don Segundo. Debajo de toda esa serie de sobras está la sencillez que conmueve y sostiene, una inmediatez que únicamente necesita librarse de sus molduras para mostrar su nobleza indiscutible. Cuando asoma definitivamente en Don Segundo, nos damos cuenta de que existió siempre y reconocemos en sus obras menores, aquí, por ejemplo, en Raucho, los signos que la sindican debajo de los propósitos literarios, esto es, de los que nunca acaban por dejar nada digno de ser llamado literatura. Lo único digno de ser llamado tal, la gran literatura, ha surgido siempre, en última instancia, de propósitos extraliterarios. Las obras completas de un autor son siempre un palimpsesto; cada una de ellas es una de sus biografías. No digo que el conjunto sea el relato de su vida, ni que ninguna de ellas, tampoco, lo sea. Cada una es la vida que pudo haber vivido el autor en la coincidencia con su personaje. Entre esa vida y la suya, real, la relación existe siempre. Cuál es, no resulta fácil de decir, pero existe. Así, Raucho Galván, el protagonista de esta novela, tiene por iniciales de su nombre R. G., las mismas dos iniciales del nombre de Ricardo Güiraldes.

B. U.

QUÉ ES EL CATOLICISMO, por Ismael Quiles, S. J. (Colección Esquemas), Editorial Columba. Bs. Aires, 1954.

OBRA verdaderamente meritoria y valiosa la que ha realizado el Padre Quiles al condensar de manera auténtica y completa la vastedad de un tema como es el del catolicismo visto en sus múltiples aspectos histórico, dogmático y litúrgico, en un esquema tan breve.

Con espíritu equilibrado y realista se propuso describir panorámicamente la esencia, estructura y vida de la Iglesia Católica. Y comienza por anotar, ante todo, la sensación de paradoja que ésta produce al hombre moderno que la mira con ojos simplemente humanos: absolutamente divina por un lado, profundamente humana por otro; con dogmas que exceden a la razón, y a la vez fundamentados racionalmente; intransigente y hasta intolerante con las herejías, y al mismo tiempo una doctrina de amor y de fraternidad; con la pretensión de ser única, verdadera y obligatoria, y simultáneamente defensora de los derechos humanos, del respeto a la persona y de la libertad individual; sobrenatural y por encima de las culturas, de las nacionalidades, de los regímenes políticos, y a la vez sociedad humana, terrena, temporal y mezclada a las culturas con las que convive; sorprendentemente perdurable en su historia de dos mil años, no obstante los ataques externos y las deficiencias internas, y al mismo tiempo materialmente inerme frente a los poderes terrenales de la política y del espíritu; exigente como ninguna otra religión, con afirmaciones y pretensiones sobrehumanas, tanto en lo que de sí afirma cuanto en sus dogmas, su moral y su disciplina, y por otra parte seguida por inmenso número de fieles, simples unos con la "fe del carbonero", sabios e ilustrados otros en todas las ramas del saber. Paradoja que ha sido extremada todavía por teólogos y filósofos no católicos y hasta por católicos simplistas al punto de confundirla con el absurdo y lo irracional y abriendo un abismo entre la fe y la razón.

Señala el Padre Quiles que para resolver esta aparente contradicción no se ha de perder de vista la bipolaridad de la Iglesia: si se considera parcialmente su aspecto humano, con todas las deficiencias que implica tanto en su estructura cuanto en su historia, se cae en el escepticismo acerca de sus fundamentos y valor divinos; si en cambio se acentúa excesivamente su carácter sobrenatural y se olvidan sus rasgos humanos y temporales, se cae en una actitud de ciego dogmatismo que pretende justificar, cuando no negar, las imperfecciones inherentes a toda organización de hombres. El punto de vista exacto está entre un naturalismo racionalista y un sobrenaturalismo irracionalista, entre un escepticismo que niega lo evidente y un ingenuo dogmatismo que considera divino y sobrenatural lo que sólo es de origen humano.

Los capítulos siguientes contienen la enumeración y apreciación de las fuentes históricas de la Iglesia; la explicación, siempre sintética, del Credo, con la noción general de dogma y la descripción de los principales dogmas relativos a Dios, Jesucristo y la Santísima Virgen, la Iglesia y el hombre. Substanciosas aunque concisas, las reflexiones sobre el problema suscitado por los dogmas en su relación con la razón humana; y clara y precisa la visión de la liturgia y de la estructura de la Iglesia.

Particularmente interesante es el capítulo V, en el que se trata del Catolicismo ideal y del Catolicismo real. Real es el que en concreto se nos presenta y en el cual debemos vivir; ideal aquel en el cual las autoridades y los miembros tienen plena conciencia de su dignidad, de su misión y de sus obligaciones, cumplidas sin prevaricaciones ni desalientos. Una Iglesia así, ni siquiera puede decirse que existiera en los tiempos apostólicos. Las deficiencias no han faltado a lo largo de su historia. Hay tres tipos de defectos en la Iglesia, históricos y actuales: la carencia de espíritu eclesiástico, la exageración del mismo y la debilidad simplemente humana. Los dos primeros, con relación al conjunto de la obra, son estudiados con alguna detención. Como así también las notas características de la Iglesia.

Muchos otros temas, interesantes y tentadores, ha debido dejar de lado el autor en su exposición necesariamente esquemática. Pero, ciertamente, si no podía dar más en un libro de alrededor de 80 páginas, debe reconocerse que tampoco se las podía aprovechar mejor. Es una síntesis jugosa y sugestiva, que ya quisiéramos siquiera como mínimum de conocimiento para mucha gente, aun católica, que está ayuna de la verdadera noción del Catolicismo.

Juan Julio Costa

G r a g e a

Apareció alguien a quien no le interesa publicar en "La Nación". Es el crítico bibliográfico de **Americas**, la revista de la Unión Panamericana, que en el número de junio, al reseñar **La sala de espera, de Eduardo Mallea**, dice que su principal falla es la monotonía y que cada uno de los cuentos podría servir de tema a un bello tango en la mejor tradición del género. "La impresión final que deja (el libro) es la de que esta colección de neuróticos estaría mejor en la sala de espera de un psicoanalista", termina diciendo... Juegos Florales en Junín. Los convocados son poetas, literatos y artistas de la pluma en general, filósofos, teólogos, sociólogos e historiógrafos. Hay tres mil pesos, flor natural, medalla de oro y diploma para el vencedor absoluto, quien podrá, además, elegir la Reina de la Fiesta que quiera, aunque (Art. 9º) "es conveniente, por razón de tiempo, que media hora antes de la fiesta, la elija de entre las jóvenes que componen, cual Princesas, la Corte de Amor en número impar". Los interesados en diploma, medalla, dinero y reina pueden pedir datos a Comisión Organizadora de Juegos Florales de Junín, Rivadavia 32, Junín... Dunstan Thompson ha publicado en Nueva York **The dove with the bough of olive**, novela católica que, según "Time", al mezclar frivolidades con profundidades celestiales, pone a su autor en mortal peligro de terminar en Hollywood... "Un católico puede recorrer los Estados Unidos sin ninguna dificultad, aun cuando sea sacerdote. Pero si desea discusiones, las encontrará en todas partes y verá que su iglesia es objeto de temores, sospechas, resentimientos y agudas burlas". Este párrafo no es de un libro editado por la Masonería Norteamericana, sino de **Catholicism in America**, editado por **The Commonweal**, y pertenece al prólogo de George N. Shuster. El libro está redactado por 17 autores, de los que 15 son católicos, y es de valiente autocrítica. Respecto al comunismo, los católicos americanos tienen en buena parte una posición puramente negativa, sin detenerse a pensar en el por qué de su oposición. En materia científica, parece que, según Julian Pleasants, han progresado, pues su esfuerzo es el 10 % del de los no católicos, mientras que hace veinte años era el 3 %. En materia cultural, Will Herberg (uno de los dos no católicos que contribuyen al volumen) dice que hay "una deplorable rapidez por parte de muchos católicos americanos cultos e inteligentes, en comprometerse con la estupidez, la estulticia y la mediocridad, siempre que ésta se mantenga dentro de los límites de la "moralidad"... A 60 millas de Nueva York se realizarán en agosto discusiones interraciales, organizadas por católicos, sobre la "Psicología del Prejuicio"... Sheed & Ward ha publicado en inglés la autobiografía de Eugenio Zolli, que fuera Gran Rabino de Roma y se convirtiera al catolicismo en 1945... Thomas Mann dijo no a la invitación de la Asociación Herderiana, para concurrir a Weimar con motivo del sesquicentenario de la muerte de Herder. Razón aparente: Weimar está en la zona oriental... El vigilante Tomás Salvador ganó el último premio de novela "Ciudad de Barcelona". Más agua para el molino de los que sostienen que España es un Estado policial... Archibald Mc Leish fué electo presidente de la American Academy of Arts and Letters... El libro que más se ha vendido en el mundo después de la Biblia es "Las aventuras de Tarzán", de Edgar Rice Borroughs, con 35 millones de ejemplares. A su favor debe decirse que el otro le lleva varios siglos... Barbas en remojo para los jurados criollos: Luigi Pintus demandó a la organización Saviat de Venecia. Motivo: ésta organizó un concurso literario con dos millones de liras de premio al vencedor. Pintus envió un trabajo con tres copias que hizo sellar ante escribano y comprobó luego que ni siquiera lo habían abierto. Resultado: pleito y desprestigio...

Jaime Potenze

C R I T E R I O

Aparece los segundos y cuartos jueves de mes

AÑO XXVII — **24 de junio de 1954** — **Nº 1214**

SUSCRIPCION		SUSCRIPCIONES DE AYUDA	
Anual	$ 60.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	„ 40.—	De protección	„ 500 anuales

Número suelto, $ 3.50 — Número atrasado, $ 5.—

Pago adelantado

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires.

Las suscripciones que el interesado no anule expresamente antes de su vencimiento, se consideran renovadas.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista

ALSINA 840 — **BUENOS AIRES** — **T. E. 34 - 1309**

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 13 a 19

P R O F E S I O N A L E S

A B O G A D O S

Ricardo Julio Alberdi
Abogado
Sarmiento 930 - 6° P. B — T. E. 35 - 4800

Carlos Fausto Chiovino
Abogado
Sgo. del Estero 286 - 3er. Piso - Dto. 6
T. E. 37 - 7189 Buenos Aires

José Oscar Colabelli
Abogado
Avda. de Mayo 749 - 2° Piso Dto. 10
T. E. 34 - 0727 Buenos Aires

Miguel Angel Cárcano
José Manuel Saravia
Abogados
Reconquista 46 T. E. 34 - 8074

Luis Gervasio Drago
Abogado
Junín 1488 T. E. 84 - 3164

Dr. Angel Gómez del Río
Abogado
Corrientes 115 - Paraná (Entre Ríos)

Eduardo Lucio Grandoli
Abogado
25 de Mayo 401 - 4° Piso
T. E. 31 - 7092 y 4741 Buenos Aires

Rodolfo González del Solar
Abogado
Bdo. de Irigoyen 112 - 2° Piso
T. E. 38 - 6443 Buenos Aires

Horacio Larreguy
Abogado
Sarmiento 722 - 5° Piso — T. E. 34 - 6722

Roberto H. Lanusse
Abogado
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Benjamín Nazar Anchorena
Abogado
Av. Pte. R. S. Peña 760 — T. E. 34 - 3839

Carlos Pereyra Iraola
Abogado
Santa Fe 788 T. E. 31 - 0887

Jaime Potenze
Amadeo Soler
Abogados
Procurador JUAN PABLO OLGUIN
San Martín 244 Esc. 204 - T. E. 34-0329
Buenos Aires
Plaza Zabala 383 (1er. P.) U. T. E. 82080
Montevideo

Roque R. Repetto
Abogado
Sarmiento 930 - 6° P. A — T. E. 35 - 4137

Aldo Luis Rossetto
Carlos María Bourdieu
Abogados
Florida 229 - Esc. 625 — T. E. 34 - 4384

Virgilio Tedín Uriburu
Abogado
Avda. Corrientes 569 - 4° Piso
T. E. 31 - 8631 y 3665 Buenos Aires

Federico Videla Escalada
Abogado
Talcahuano 395 T. E. 35 - 1390

P. A. Yurrebaso Viale
Abogado
Viamonte 825 - 2° Piso
T. E. 31 - 3666 y 4092 Buenos Aires

Zavalía Lagos, Gándara, Cané
Estudio Jurídico
Reconquista 657 T. E. 32 - 5637

A R Q U I T E C T O S

E. Figueroa Bunge
F. Beccar Varela
Arquitectos
Reconquista 657 T. E. 32 - 3087

Vargas y Aranda
Arquitectos
San Martín 683 - T. E. 31-1211 - Bs. As.
Calle 31 - U. T. E. 619 - Punta del Este

Luis Vernet Basualdo
Arquitecto
Posadas 1359 Buenos Aires

I N G E N I E R O S

Emilio M. C. Devoto
Ing. Civil
Mendoza 3457 Capital

Fernando R. Lanusse
Ing. Civil
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Roberto Leggiero
Ing. Civil
Belgrano 3252 T. E. 30 - 3179

Carlos E. Olivera
Ing. Civil
Cemento Armado
Avda. de Mayo 1370 T. E. 38 - 4549

Ricardo M. Puelles
Ing. Agrónomo
Paraná 1231 T. E. 42 - 7253

Pablo D. Ricagni
Ing. Civil
Amenábar 37 - Dto. 2 — T. E. 72 - 9266

Jorge A. Scotto
Ing. Civil
Bolívar 177 T. E. 33 - 3730

Silvio Pablo Uberti
Ing. Industrial
Bdo. de Irigoyen 128 — T. E. 38 - 3432

Raúl F. Torreguitar
Ing. Industrial
Superí 1825 T. E. 73 - 3910

Antonio J. Vilá
Ing. Industrial
Malabia 2364 T. E. 71 - 4768

M E D I C O S

Dr. Héctor F. Bameule
Enfermedades del Sistema Nervioso
General Artigas 620 T. E. 66 - 1762

Carlos Jorge Lotti
Clínica Médica - Aparato Digestivo
Montevideo 1560 - 3er. P. — T. E. 42-7367
Pedir hora

Miguel F. Méndez Trongé
Médico Oculista
Arenales 2117 T. E. 44 - 3997

Dr. Luis María Baliña
Enfermedades de la Piel
Maipú 975 T. E. 31 - 2253

Dr. Ovidio Bianchi
Cirugía General
Avellaneda 2175 T. E. 66 - 6278

Roberto Nicholson
Ginecólogo
Juncal 1875 T. E. 44 - 4881
Pedir hora

Clínica y Sanatorio Córdoba, S. A.
Maternidad - Cirugía - Especialidades
Avda. Córdoba 3371 T. E. 86 - 4001

Dr. Jorge Olivera
Médico

Dr. Jorge Tamini
Enfermedades del Pulmón
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 20 hs.
Río Bamba 118 - 1er. P. — T. E. 48 - 5672

Raúl A. Devoto
Clínica Médica
Melo 1994 T. E. 44 - 2029
Consultas: Lunes, Miércoles y Viernes de 18 a 20 hs. - Pedir hora

Dr. Carlos J. García Díaz
Médico de Niños
Avda. Callao 531 T. E. 71 - 1210
Reservar hora

Dr. Ramiro C. Rodríguez
Dermatólogo
Obligado 3127 T. E. 70 - 6371
Pedir hora

Dr. Guillermo Zorraquín (hijo)
Médico Cirujano
Juncal 1188 T. E. 42 - 0469

Dr. Sebastián Alberto Rosasco
Médico Cirujano de Niños

V A R I O S

Antonio J. Cafferata
Escribano Titular del Registro N° 161 de la Capital Federal
Montevideo 1330 T. E. 42 - 9977

Dr. Juan Carlos Puelles
Ciencias Económicas
Avda. Callao 1707 T. E. 44 - 3969

CORREO Argentino Central (B) | FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 231 | TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 476



Editorial C R I T E R I O, S. R. L.
Cap. m$n. 50.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

$ 3.50

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso
24 DE JUNIO DE 1954